

NATHANIEL HAWTHORNE

HISTORIAS BREVES



HISTORIAS BREVES

Nathaniel Hawthorne

Historias breves

(selección)



DICHOSO EL ARBOL

ÍNDICE

El artífice de la belleza	6
El entierro de Roger Malvin	40
El joven Goodman Brown	67
Ethan Brand	87
La ambición del forastero	109
La hija de Rapaccini	123
Wakefield	162

EL ARTÍFICE DE LA BELLEZA



UN ANCIANO que, con su bonita hija colgada del brazo, pasaba por la calle, emergió de la penumbra de la noche nubosa penetrando en la luz que proyectaba la vidriera de una pequeña tienda sobre el pavimento. Era una especie de ventana salediza, y en su interior estaban suspendidos una gran variedad de relojes de pared, algunos de similar, otros de plata, y uno o dos de oro, con sus esferas vueltas en dirección contraria a la calle, como negándose con grosería a informar a los transeúntes qué hora era. Dentro del negocio estaba sentado un joven, frente al escaparate, con su pálida tez inclinada atentamente sobre una delicada pieza mecánica sobre la cual se proyectaba el concentrado fulgor de una lámpara con pantalla.

—¿Qué puede estar haciendo Owen Warland? —murmuró el viejo Peter Hovenden, relojero retirado y antiguo maestro de ese mismo joven sobre cuya ocupación se estaba interrogando—. ¿Qué puede estar haciendo este muchacho? Durante los últimos seis meses nunca pasé

por su negocio sin verlo trabajar tan afanosamente como ahora. Debe tratarse de algo distinto a sus habituales tonterías en busca del movimiento perpetuo. Y aún sé lo suficiente de mi antiguo oficio como para estar seguro de que lo que tanto lo ocupa en este momento no es una parte del mecanismo de un reloj.

—Quizá, padre —dijo Annie, sin demostrar mucho interés en el asunto—, Owen esté inventando un nuevo tipo de cronómetro. Creo que no le falta ingenio para ello.

—¡Bah, criatura! Carece del tipo de ingenio necesario para inventar algo mejor que un juguete holandés —respondió el padre, quien ya antes había recibido no pocos disgustos por el talento desordenado de Owen Warland—. ¡Maldito sea su ingenio! Su único efecto fue entorpecer la precisión de algunos de los mejores relojes de mi negocio. Si su ingenio pudiera construir algo mayor que un juguete, tal como te dije, ino sería raro que intentara sacar el sol de su órbita y trastornar el curso del tiempo!

—¡Shhh, padre! que puede oírte —susurró Annie, apretando el brazo del viejo—. Sus oídos son tan delicados como sus sentimientos, y tú sabes con qué facilidad se alteran éstos. Sigamos caminando.

Así fue que Peter Hovenden y su hija Annie siguieron su camino sin volver a hablar, hasta que en un callejón lateral de la ciudad se encontraron frente a la puerta abierta de una herrería. Adentro se veía la forja, ora llameante e iluminando el alto y oscuro cielorrasso, ora confinando su fulgor a una angosta franja del piso sembrado de carbón, según el fuelle exhalara su aliento sobre las brasas o volviera a aspirarlo dentro de sus vastos pulmones de cuero. En los intervalos de luminosidad era fácil distinguir objetos en los rincones remotos del taller y herradu-

ras colgadas de la pared; y en la fugaz penumbra el fuego parecía arder en medio de la vaguedad de un espacio abierto. En medio de los rojos destellos que se alternaban con la oscuridad se movía la figura del herrero, digna de ser contemplada en el contraste pintoresco de luz y sombra, donde el resplandor pugnaba con la noche, como si se estuvieran arrebatando mutuamente su gentil vigor. En eso el hombre extrajo de las brasas una barra de hierro al rojo blanco, la depositó sobre el yunque, levantó su poderoso brazo y pronto quedó envuelto en las miríadas de chispas que los golpes de su martillo esparcían en la penumbra circundante.

—Este sí que es un espectáculo agradable —dijo el viejo relojero—. Sé lo que significa trabajar con el oro, pero denme una maza y me quedaré con el hierro. El herrero aplica su trabajo sobre algo real. ¿Qué opinas tú, hija?

—Te suplico que no hables tan alto, padre —susurró Annie—. Robert Danforth te oirá.

—¿Y qué tiene de malo que me oiga? —preguntó Peter Hovenden—. Vuelvo a repetir que es bueno y sano depender de la fuerza bruta y la realidad, y ganarse el pan con el brazo desnudo y curtido del herrero. Al relojero se le confunde la cabeza de tanto trabajar con engranajes que se mueven dentro de otros engranajes, o pierde la salud o la agudeza de su vista, como sucedió en mi caso, y se encuentra en medio de la vida, poco más o menos, sin poder desempeñar su oficio, ni ningún otro, y para peor demasiado pobre para vivir con holgura. Así repito: denme la fuerza bruta a cambio de mi dinero. Y además, ¡cómo libra este trabajo de insensateces al hombre! ¿Alguna vez oíste decir que un herrero fuese tan tonto como Owen Warland?

—¡Bien dicho, tío Hovenden! —vociferó Robert Danforth desde la fragua, con una voz sonora, profunda y alegre que resonó en el techo—. ¿Y qué opina la señorita Annie de esa teoría? ¿Supongo que pensará que es más delicado ser un chapucero arreglador de relojes de dama que forjar una herradura o hacer una parilla?

Annie arrastró a su padre hacia adelante sin darle tiempo a contestar.

Pero es menester retornar al negocio de Owen Warland y dedicar más atención a su historia y su carácter que la que Peter Hovenden, o probablemente su hija Annie, o el antiguo discípulo de Owen, Robert Danforth, habrían creído digna de un personaje tan insignificante. Desde la época en que sus pequeños dedos pudieron sostener un cortaplumas Owen se había destacado por un sutil ingenio, que elaboraba hermosas tallas en madera reproduciendo principalmente figuras de flores y pájaros; otras veces parecía apuntar hacia los ocultos misterios de la mecánica. Pero siempre lo hacía en busca de la belleza y nunca intentaba imitar algo de uso práctico. No construía, como la mayoría de los artesanos aplicados, pequeños molinos de viento en un rincón del granero ni molinos de agua en el arroyo más cercano. Quienes descubrieron dicha particularidad en el niño, y pensaron que era digna de ser observada con detenimiento, tuvieron algunas veces motivo para suponer que intentaba imitar la maravillosa dinámica de la Naturaleza, ejemplificada en el vuelo de los pájaros o en la actividad de los animalitos. Parecía tratarse, en verdad, de un nuevo rumbo del amor a la belleza, similar al que podría haberlo convertido en poeta, pintor o escultor, y que se hallaba tan completamente despojado de toda vulgaridad utilitaria como

podía estarlo en cualquier arte. Contemplaba con singular disgusto los mecanismos rígidos y regulares de las máquinas comunes. Cuando cierta vez lo llevaron a ver una máquina de vapor, con la esperanza de que su comprensión intuitiva del principio mecánico se viera complacida, palideció y se sintió enfermo, como si le hubieran enfrentado con algo monstruoso y antinatural. Su espanto se debió en parte al tamaño y la terrible potencia del obrero mecánico; porque la naturaleza de la mente de Owen era proclive a lo microscópico, y tendía instintivamente a lo diminuto, en armonía con su figura menuda y la maravillosa pequeñez y delicadeza de sus dedos. No era que su sentido de la belleza estuviera rebajado a lo primoroso. La idea de lo bello no guarda relación con el tamaño y puede desarrollarse perfectamente tanto en un espacio reducido sólo apto para la investigación microscópica, como en el vasto ámbito en el que se mide un arco iris. Pero, de todos modos, la específica pequeñez de sus objetos y logros hacía que el mundo fuera más incapaz que en cualquier otra actividad de apreciar el genio de Owen Warland. Los parientes del joven no vieron pues nada mejor —y quizá no lo había— que emplearlo como aprendiz de un relojero, con la esperanza de que su extraño ingenio pudiera ser regulado y orientado a fines utilitarios.

Pero ya hemos dicho cuál era la opinión de Peter Hovenden sobre su aprendiz. No pudo sacar nada en limpio del muchacho. Es cierto que la velocidad con que Owen asimiló los misterios del oficio fue inconcebible, pero olvidaba o despreciaba totalmente el objeto principal de la actividad de un relojero, y le importaba tan poco la medición del tiempo que parecía estar inmerso en la eterni-

dad. Sin embargo mientras Owen permaneció bajo la vigilancia de su viejo maestro, su falta de carácter, unida a órdenes estrictas y estricta vigilancia, lograron frenar su excentricidad creadora. Pero cuando concluyó el período de aprendizaje y se hizo cargo del pequeño negocio que Peter Owen debía abandonar a causa de su mala vista, la gente descubrió qué poco eficiente era Owen Warland para guiar al viejo y ciego Padre Tiempo a lo largo de su curso cotidiano. Uno de sus proyectos más racionales consistió en conectar un dispositivo musical al mecanismo de sus relojes para que todas las estridentes disonancias de la vida se tornaran melodiosas, y cada fugaz momento cayera en los abismos del pasado como dorada gota de armonía. Si le confiaban un reloj familiar para reparar —uno de esos relojes altos, antiguos, que casi se han hecho aliados de la naturaleza humana a fuerza de mesurar la vida de muchas generaciones— se encargaba de organizar con figuras un baile o cortejo fúnebre sobre su venerable cuadrante, simbolizando las doce alegres o melancólicas horas. Varias monstruosidades de ese género destruyeron totalmente la reputación del joven relojero entre esa gente reposada y prosaica que sostiene la opinión de que no se debe jugar con el tiempo, ya lo consideren un medio de progreso y prosperidad en este mundo o una preparación para el venidero. Su clientela disminuyó rápidamente... una desventura que, desde luego, Owen Warland consideró como uno de sus mejores sucesos, pues estaba cada vez más absorto en una ocupación secreta que reclamaba toda su ciencia y destreza manual, y que lo obligaba a desplegar todas las facultades características de su genio. Esta empresa lo había absorbido durante muchos meses.

Luego que el viejo relojero y su bonita hija lo observaron desde la oscuridad de la calle, Owen Warland cayó preso de una alteración nerviosa que hizo temblar sus manos con tanta violencia que no pudo continuar la delicada labor a la que estaba entregado.

—¡Era Annie en persona! —murmuró—. Debería haberlo sabido al sentir las palpitaciones de mi corazón, aun antes de oír la voz de su padre. ¡Ah, cómo late! Difícilmente pueda volver a trabajar esta noche en este exquisito mecanismo. ¡Annie, queridísima Annie! deberías impartir firmeza a mi corazón y mi mano, y no hacerlos estremecer de este modo. Pues si me empeño en dar forma al espíritu mismo de la belleza, y en darle movimiento, lo hago sólo por ti. ¡Oh!, apacíguate corazón, sé cauto! Si mi trabajo se frustra de este modo tendré sueños vagos e insatisfechos que me dejarán sin ánimo para mañana.

Mientras se esforzaba por retomar su trabajo se abrió la puerta del negocio dando paso nada menos que a la robusta figura que Peter Hovenden se había detenido a admirar, en medio de las luces y sombras de la herrería. Robert Danforth traía consigo un pequeño yunque de su propia factura y especial diseño, que el joven artista le había recientemente encargado. Owen examinó la obra y dictaminó que estaba hecha según sus deseos.

—¡Claro, claro que sí! —dijo Robert Danforth, y su vozarrón llegó al negocio como el sonido de un contrabajo—. En mi especialidad me considero tan bueno como el mejor, aunque haría una triste figura en la tuya con un puño como éste —agregó riendo, y colocando su enorme mano junto a la muy delicada de Owen—. ¿Pero qué importa eso? Yo pongo más fuerza en un solo golpe de maza

que la que tú has gastado desde que eras aprendiz. ¿No es verdad?

—Es muy probable —respondió la voz baja y débil de Owen—. La fuerza es un monstruo terrenal. No tengo pretensiones de tenerla. Mi fuerza, cualquiera que ella sea, es totalmente espiritual.

—Bueno, Owen, ¿qué estás haciendo? —le preguntó su antiguo discípulo, y su voz volvió a tener una potencia tal que el artista se encogió, especialmente porque la pregunta se refería a un tema tan sagrado como el sueño absorbente de su imaginación—. La gente dice que tratas de lograr el movimiento perpetuo.

—¿El movimiento perpetuo? ¡Disparates! —replicó Owen Warland con un movimiento de disgusto, pues estaba lleno de petulancia—. Nunca se logrará lograrlo. Es un sueño que puede engañar a hombres cuya mente está trastornada con lo material, pero no a mí. Además, aunque fuera posible, no valdría la pena que me desvelara por él, sólo para que lo utilizaran en trabajos como los que ahora realizan el vapor y la fuerza hidráulica. No ambiciono que me honren con la paternidad de un nuevo tipo de máquina desmotadora de algodón.

—¡Eso sería verdaderamente divertido! —bramó el herrero, estallando en risas tan estruendosas que el mismo Owen, y las campanas de cristal sobre su mesa de trabajo, vibraron al unísono—. ¡No, no, Owen, ningún hijo tuyo tendrá articulaciones y coyunturas de hierro! Bueno, no quiero distraerte más. Buenas noches, Owen, y buena suerte. Y si necesitas alguna ayuda, siempre que ésta se resuelva con un buen golpe de martillo sobre el yunque, ¡estoy a tus órdenes!

Y lanzando otra carcajada el gigantón abandonó la tienda.

—¡Qué extraño! —murmuró Owen Warland para sus adentros, apoyando la cabeza sobre su mano—. Todas mis cavilaciones, mis propósitos, mi pasión por la belleza, mi conciencia del poder para crearla —un poder tan delicado, tan etéreo, que este gigante terrenal no puede siquiera imaginar— todo, itodo me parece vano y ocioso cada vez que Robert Danforth se cruza en mi camino! Si lo encontrara más seguido me volvería loco. Su fuerza recia, bruta, oscurece y confunde lo espiritual que yace dentro de mí. Pero yo también seré fuerte a mi modo. ¡No me rendiré ante él!

Sacó una diminuta pieza mecánica que estaba bajo una campana de cristal y la colocó bajo la luz concentrada de su lámpara; y observándola atentamente a través de una magnífica lupa, procedió a trabajar con un delicado instrumento de acero. Sin embargo, después de un instante, se recostó contra el respaldo de su silla y se estrujó las manos con una expresión de horror en el rostro, haciendo que sus menudas facciones se vieran tan impresionantes como podrían haberlo sido las de un gigante.

—¡Cielos! ¡Qué he hecho! —exclamó. El hálito, la influencia de esa fuerza bruta... ha aturdido y embotado mis sentidos. He dado el toque justo —el toque fatal— que temía desde el primer momento. Todo ha terminado... el trabajo de meses, el objeto de mi vida. ¡Estoy perdido!

Y allí permaneció sentado, sumido en su extraña desesperación, hasta que la llama vaciló en el portalámparas y dejó al Artífice de la Belleza sumido en las tinieblas.

Así es como las ideas se desarrollan dentro de la imaginación y, a pesar de ser tan hermosas y dotadas de un valor superior a todo lo que el hombre puede definir como valioso, corren el riesgo de quebrarse y aniquilarse por el contacto con la realidad. El requisito de todo artista ideal es poseer una fuerza de voluntad difícilmente compatible con la delicadeza. Debe conservar la fe en sí mismo mientras el mundo incrédulo lo hostiga con su absoluto escepticismo; debe erguirse contra la humanidad y ser el único discípulo de sí mismo, tanto con su genio como con los objetos hacia los que éste se dirige.

Por un tiempo Owen Warland sucumbió ante esta severa, pero inevitable prueba. Pasó unas cuantas semanas de desaliento con su cabeza apoyada tan continuamente sobre las manos que los vecinos apenas tenían la oportunidad de verle el rostro. Cuando al fin volvió a mostrarlo a la luz, un cambio frío, opaco, indefinido era perceptible en él. Sin embargo, a juicio de Peter Hovenden, y de aquellas inteligencias sagaces que piensan que la vida debe estar regulada como un mecanismo de reloj por contrapesos de plomo, la alteración fue totalmente favorable. Owen se transformó ahora, en verdad, en un empeñoso trabajador. Era sorprendente observar la apagada gravedad con que inspeccionaba los engranajes de un antiguo y enorme reloj de plata, deleitando así a su propietario, quien lo había lucido en el bolsillo de su chaleco durante tanto tiempo que lo consideraba parte de su propia vida y por ende vigilaba celosamente su cuidado. En mérito a la buena fama así adquirida, Owen Warland fue invitado por las mismas autoridades para regular el reloj del campanario de la iglesia. Tuvo tanto éxito en este trabajo de interés público que ahora los mercaderes recono-

cían entre dientes sus virtudes en la Bolsa; la enfermera susurraba sus bondades mientras servía la poción en el aposento del enfermo, el amante lo bendecía en la hora de su cita; y la ciudad en general agradecía a Owen la puntualidad con que servía el almuerzo. En otras palabras, el pesado lastre que reposaba sobre su espíritu mantenía todo en orden, no sólo dentro de su propia esfera sino en todos los lugares donde se oían los metálicos acentos del reloj de la iglesia. En esas circunstancias, un detalle minúsculo de su nuevo estado de ánimo era que cuando le pedían que grabara nombres o iniciales sobre cucharas de plata, inscribía las letras solicitadas en el estilo más llano posible, omitiendo la gran cantidad de floreos caprichosos que hasta entonces distinguían ese tipo de trabajo.

Un día, durante la época de esta feliz transformación, el viejo Peter Hovenden fue a visitar a su antiguo aprendiz.

—Bueno, Owen —dijo— me alegra oír tan buenas referencias de ti por todos lados, y especialmente las que provienen del reloj de la ciudad, el cual te elogia al dar cada una de las veinticuatro horas. Bastará que te libres por completo de tus absurdas ideas sobre la belleza, que ni yo ni ningún otro ni para colmo tú mismo pudo jamás entender... bastará que te libres de ellas y tu éxito en la vida será tan seguro como la luz del día. Vaya, si sigues por este camino, incluso es posible que me atreva a encargarte la reparación de mi viejo y querido reloj; creo que excepto mi hija Annie no tengo nada tan valioso en el mundo.

—Es difícil que me atreva a tocarlo, señor —respondió Owen con tono deprimido; la presencia de su viejo maestro lo agobiaba.

—Con el tiempo, con el tiempo serás capaz de hacerlo —dijo el anciano.

Con la confianza que le daba su pasada autoridad el viejo relojero continuó inspeccionando el trabajo que Owen tenía en ese momento entre manos, junto con otras reparaciones en marcha. El artista, en tanto, apenas podía levantar la cabeza. No había nada tan opuesto a su naturaleza como la fría, poco imaginativa sagacidad del hombre, en contacto con la cual todo lo demás se convertía en un sueño, excepto la materia más densa del mundo físico. Owen gimió interiormente y rogó fervientemente poder librarse de él.

—¿Pero qué es esto? —exclamó abruptamente Peter Hovenden, levantando una polvorienta campana de cristal debajo de la cual había un mecanismo tan delicado y minúsculo como el sistema anatómico de una mariposa—. ¿Qué tenemos aquí? ¡Owen! ¡Owen! en estas pequeñas cadenas y ruedecillas y diales hay algo de brujería. ¡Mira! Con un pellizco de mis dedos te salvaré del peligro futuro.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Owen Warland, incorporándose con admirable energía—. ¡Si no quiere volverme loco no toque eso! La más ligera presión de su dedo me destruiría para siempre.

—¡Ajá, jovencito! ¿De eso se trata? —dijo el viejo relojero, mirándole con suficiente agudeza como para torturar su alma con la corrosión de la crítica mundana—. Bueno, entonces sigue tu propio camino. Pero te prevengo una vez más que en este diminuto mecanismo reside tu espíritu maligno. ¿Puedo exorcizarlo?

—¡Usted es mi espíritu maligno —respondió Owen, muy excitado—, usted y el mundo duro y vulgar! Mis lastres son los pensamientos de plomo y desaliento que

cargo sobre mis espaldas. De lo contrario ya habría cumplido hace mucho tiempo la función para la que he nacido.

Peter Hovenden sacudió la cabeza, con esa mezcla de desprecio e indignación con la que la humanidad, de la cual era hasta cierto punto un representante, se siente autorizada a juzgar a todos los simplones que buscan otros premios distintos del polvoriento que se encuentra a la vera de los caminos. Luego se retiró, con un dedo levantado y una mueca en la cara, mueca que persiguió los sueños al artista durante muchas noches. En el momento que se produjo la visita de su viejo maestro, Owen estaba quizás a punto de retomar el trabajo abandonado, pero el desagradable episodio lo hizo recaer en la postración de la que había estado surgiendo lentamente.

Pero la tendencia innata de su alma no había hecho otra cosa, en medio de su aparente letargo, que acumular nuevas energías. Cuando avanzó el verano descuidó su negocio casi por completo y permitió que el Padre Tiempo, en la medida en que el viejo caballero estaba representado por los relojes de pared y bolsillo bajo su cuidado, marchara a la deriva por la vida humana, sembrando infinita confusión en el desfile de las desconcertadas horas. Desperdiciaba los días, decía la gente, deambulando por los bosques y los prados y a lo largo de la costa de los arroyos. Allí se entretenía como un niño cazando mariposas u observando los movimientos de los insectos acuáticos. Había algo verdaderamente misterioso en la atención con que contemplaba estos juguetes vivientes, mientras revoloteaban a merced de la brisa, o examinaba la anatomía de un soberbio insecto que había apresado. La caza de mariposas era un símbolo apropiado para la búsqueda del ideal al cual había consagrado tantas horas do-

radas. ¿Pero podría su mano un día atrapar la idea de la belleza, tal como capturaba la mariposa que le servía de emblema? Eran días dulces, sin duda, y en armonía con el alma del artista. Estaban llenos de concepciones brillantes que refulgían a través de su mundo intelectual tal como las mariposas lo hacían a través de la atmósfera exterior; y para él eran reales por un instante, sin el afán y la perplejidad y los múltiples desengaños que acompañan a los esfuerzos por hacerlas visibles al ojo humano. ¡Qué pena que el artista, ya trabaje en poesía o con cualquier otro material, no se conforme con el goce interior de la belleza, y pretenda en cambio perseguir el misterio fugaz más allá del confín de su dominio etéreo, destruyendo su frágil vida cuando la apresa con ataduras materiales! Owen Warland sentía el impulso de exteriorizar sus ideas en forma tan irresistible como cualquiera de los poetas o pintores que han adornado el mundo con una belleza más tenue y apagada, copia imperfecta de la riqueza de sus visiones.

La noche era ahora el momento en que lentamente avanzaba hacia la recreación de la única idea que acaparaba toda su actividad intelectual. Siempre, al aproximarse el crepúsculo, regresaba silenciosamente a la ciudad, se encerraba en su negocio, y cincelaba con paciente delicadeza durante muchas horas. Algunas veces lo sobresaltaban los golpes del sereno, quien, cuando todo el mundo quería dormir, descubría el resplandor de una lámpara a través de las hendijas de las persianas de Owen Warland. La luz del día actuaba sobre su mórbida sensibilidad como si fuera una Indiscreción que perturbaba sus labores. Por lo tanto, en los días nublados, permanecía sentado con la cabeza entre las manos, envolviendo, por así decirlo, su delicado cerebro con la bruma de sus cavilaciones indefi-

nidas; porque era un alivio escapar de la gran nitidez con la que estaba obligado a configurar sus pensamientos durante los afanes nocturnos.

Fue arrancado de su sopor por la aparición de Annie Hovenden, que entró en la tienda con la desenvoltura de una cliente y también con algo de la familiaridad de una amiga de la infancia. Su dedal de plata se había perforado y quería que él lo reparase.

— Pero no sé si condescenderá a hacer algo tan burdo —dijo riendo— ahora que está tan atareado en insuflar espíritu a la materia.

— ¿De dónde sacó esa idea, Annie? —dijo Owen, sorprendido.

— Oh, de mi propia cabeza —respondió ella— y de algo que le oí decir hace mucho tiempo, cuando usted no era más que un niño y yo una chiquilla. Pero dejemos eso, ¿arreglará mi pobre dedal?

— Haré cualquier cosa que me pida, Annie —dijo Owen Warland—, cualquier cosa, incluso trabajar en la forja de Robert Danforth.

— ¡Eso sí que sería digno de verse! —replicó Annie, observando con imperceptible desdén la figura menuda y delicada del artista—. Bueno, he aquí el dedal.

— Pero qué extraña idea tuvo, esa de la espiritualización de la materia —dijo Owen.

Y en ese momento tuvo la sospecha de que esa joven poseía el don de comprenderlo mejor que el resto del mundo. ¡Y cuánta ayuda y vigor podría darle en su solitaria empresa el conquistar la simpatía del único ser que amaba! Los hombres cuyos propósitos están aislados de los asuntos comunes de la vida —ya sea porque están adelantados a los demás hombres o apartados de ellos—

experimentan a veces una sensación de frío moral, que estremece el espíritu como si éste hubiera alcanzado las heladas soledades que rodean el Polo. Owen Warland sentía lo que podían sentir el profeta, el poeta, el reformador, el criminal, o cualquier otro hombre con anhelos humanos pero separado de la multitud por un destino peculiar.

—¡Annie —exclamó, palideciendo como un muerto ante la sola idea—, con cuánto placer le contaría el secreto de mi búsqueda! Creo que usted sabría valorarla correctamente. Sé que lo escucharía con un respeto que no puedo esperar del mundo duro y material.

—¿Y cómo no habría de hacerlo? ¡Seguro! —respondió Annie Hovenden con una risa ligera—. Vamos, explíqueme cuál es el significado de esta pequeña peonza, cincelada con tanta delicadeza que podría haber sido el juguete de la Reina Mab. ¡Mire! La pondré en movimiento.

—¡Deténgase! —gritó Owen—. ¡Deténgase!

Annie no había hecho más que tocar suavemente, con la punta de una aguja, la diminuta parte del mecanismo complejo que ya hemos mencionado, cuando el artista la tomó de la muñeca con tanta fuerza que la hizo lanzar un fuerte grito. Se asustó al ver la crispación de intensa furia que convulsionó el rostro de Owen. Un instante después él ocultó la cabeza entre las manos.

—Váyase, Annie —murmuró—. Me he engañado y debo sufrir por ello. Deseaba comprensión y pensé, imaginé, soñé que usted podría brindármela. Pero carece del talismán, Annie, que le abriría la puerta de mis secretos. Ese toque ha deshecho el trabajo de meses y el pensamiento de una vida. No es su culpa, Annie, ¡pero me ha destruido!

¡Pobre Owen Warland! Ciertamente se había equivocado, pero su error era perdonable; pues si algún espíritu

humano podía reverenciar los procesos que eran tan sagrados ante sus ojos, ese espíritu hubiera sido el de una mujer. Quizá ni siquiera Annie Havenden lo habría desilusionado de haber estado iluminada por la profunda inteligencia del amor.

El artista pasó el invierno siguiente en una forma tal que convenció a todos los que todavía habían depositado una esperanza en él de que estaba, en verdad, irrevocablemente perdido en lo que concernía al mundo y destinado a una vida oprobiosa. El fallecimiento de un pariente lo puso en posesión de una pequeña herencia. Ésta lo liberó de la necesidad de trabajar asiduamente y puesto que había perdido la tenaz orientación de un gran propósito —grande, al menos para él— se abandonó a las costumbres de las cuales, era válido suponer, la sola fragilidad de su organismo habría bastado para tenerlo a resguardo. Pero cuando la parte etérea de un genio se oscurece, la parte terrenal sufre una influencia mucho más incontrolable, pues el carácter pierde en ese momento el equilibrio que la Providencia había ajustado tan bien, y que en las naturalezas más vulgares se acomoda por otros medios. Owen Warland puso a prueba todas las formas de felicidad que es posible encontrar en el desenfreno. Contempló el mundo a través del medio dorado del vino, y observó las visiones que burbujean tan alegremente alrededor del borde del vaso, y que pueblan el aire con imágenes de placentera locura, que demasiado pronto asumen una forma fantasmal y desdichada. Incluso cuando ya se había experimentado este cambio funesto e inevitable, el joven había continuado vaciando la copa de los encantamientos, pese a que los vapores no hacían más que cubrir la vida con tinieblas y llenar esas tinieblas con

espectros que se burlaban de él. Había un cierto fastidio del espíritu que, por ser real, por ser la sensación más profunda de la que el artista tenía conciencia entonces, era más intolerable aún que cualquier miseria y horror que la fantasía pudiera conjurar en el vino. En el segundo caso podía recordar, aun en medio de su tragedia, que todo no era más que una ilusión; en el primero, la pesada angustia era su vida real.

De ese peligroso estado lo rescató un incidente que más de una persona presenció, pero que ni siquiera los más perspicaces pudieron explicar, ni sacar conclusiones acerca de su influencia sobre la mente de Owen Warland. Fue muy sencillo. En una cálida tarde de primavera, mientras el artista estaba sentado entre sus licenciosos compañeros con un vaso de vino frente a él, una espléndida mariposa entró por la ventana abierta y revoloteó alrededor de su cabeza.

—¡Ah! —exclamó Owen, que había bebido bastante—. ¿Estás viva nuevamente, hija del sol y compañera de juegos de la brisa estival, luego de tu desolada siesta de invierno?

Y dejando su vaso medio lleno sobre la mesa, partió y nunca se supo que hubiera tomado otra gota de alcohol.

Y entonces, otra vez, reanudó sus vagabundeos por los bosques y prados. Se podía imaginar que la brillante mariposa que había entrado por la ventana como algo etéreo, mientras Owen se hallaba con sus toscos compañeros de juerga, era en verdad un espíritu encargado de recordarle la vida pura, ideal que tanto lo había espiritualizado entre los hombres. Se podía imaginar que había salido en busca de ese espíritu en sus moradas soleadas, pues una vez más, como durante el verano anterior, fue

visto deslizándose suavemente allí donde una mariposa se hubiese posado y sumirse en su contemplación. Cuando levantaba vuelo sus ojos seguían la visión alada, como si su trazo aéreo pudiera mostrarle el camino del cielo. ¿Pero cual podía ser el propósito de la intempestiva labor que había reiniciado, como bien lo sabía el sereno por los rayos de luz que se escapaban por las rendijas de las persianas? La gente de la ciudad tenía una sola explicación comprensible de todas estas excentricidades. ¡Owen Warland había enloquecido! ¡Qué eficazmente universal —qué satisfactorio, también, y tranquilizador para la sensibilidad herida de la mezquindad y la estupidez— este método fácil de interpretar lo que subyace más allá de la perspectiva vulgar del mundo! Desde los días de San Pablo hasta los de nuestro pobre y menudo Artífice de la Belleza, se ha aplicado el mismo talismán a la resolución de todos los misterios que hay en las palabras o los hechos de los hombres que hablan o actúan con demasiada sabiduría o rectitud. En el caso de Owen Warland el juicio de sus conciudadanos puede haber sido correcto. Quizás estaba loco. La falta de afecto —el contraste entre él y sus vecinos que eliminó el efecto moderador del ejemplo— era suficiente como para enloquecer a cualquiera. O es posible que hubiese tomado una dosis tan alta de radiación etérea como para sentirse desubicado, en sentido terrenal, por la combinación con la vulgar luz del día.

Una noche, cuando el artista había retornado de sus habituales vagabundeos y arrojaba el resplandor de su lámpara sobre la delicada pieza cincelada tantas veces interrumpida, pero siempre retomada, como si su destino estuviera imbuido en ese mecanismo, fue sorprendido por la entrada del viejo Peter Hovenden. Owen nunca se

encontraba con ese hombre sin una opresión en el corazón. De todos los hombres del mundo él era el más terrible, pues su agudo entendimiento aceptaba con certidumbre lo que veía y descreía inflexiblemente de lo que no veía. En esa oportunidad el viejo relojero sólo pronunció un par de palabras amables.

—Owen, mi muchacho —dijo—, mañana por la noche quisiéramos verte en casa.

El artista comenzó a musitar una excusa.

—Oh, pero debes venir —insistió Peter Hovenden— en homenaje a los días en que formabas parte del hogar. Vaya, muchacho, ¿no sabes que mi hija Annie se ha comprometido con Robert Danforth? Hemos organizado una pequeña fiesta, dentro de nuestra humildad, para celebrar el acontecimiento.

—Ah —dijo Owen.

Este breve monosílabo fue todo lo que articuló. Para el oído de Peter Hovenden el tono parecía frío e indiferente, pero en él estaba todo el gemido ahogado del pobre corazón del artista, que estrujó dentro de su alma como un espíritu maligno que debía aprisionar. Sin embargo se permitió un ligero desahogo, imperceptible para el viejo relojero. Levantó el instrumento con el que se disponía a comenzar su trabajo y lo dejó caer sobre el diminuto mecanismo que le había costado, nuevamente, meses de reflexión y labor. ¡El golpe lo destrozó por completo!

La historia de Owen Warland no habría sido una representación tolerable de la vida tumultuosa de aquellos que se esfuerzan por crear belleza si, entre otras influencias frustrantes, el amor no se hubiera interpuesto para hacer vacilar su mano. Exteriormente no había sido un enamorado ardiente ni emprendedor; la carrera de su pa-

sión había confinado totalmente sus tumultos y vicisitudes a la imaginación del artista de la que ni aun Annie había tenido algo más que su percepción intuitiva de mujer. Pero desde el punto de vista de Owen cubría todo el espectro de su vida. Olvidando la ocasión en que ella se había mostrado incapaz de responder intensamente a su amor, había insistido en vincular todos sus sueños de éxito artístico con la imagen de Annie. Ella era la forma visible con la que se le presentaba el poder espiritual que veneraba, y ante cuyo altar se proponía depositar una ofrenda muy poco indigna. Por supuesto que se había engañado: Annie Hovenden no tenía los atributos que su imaginación le había otorgado. Los aspectos que ella asumía en sus visiones interiores eran en mucho criaturas de su propia imaginación, lo mismo que lo sería el misterioso mecanismo si algún día llegaba a concretarse. Si se hubiera convencido de su error gracias al éxito amoroso, si hubiera atraído a Annie contra su pecho, reteniéndola y haciéndole perder su cualidad angélica, volviéndola una mujer común, tal vez la desilusión lo hubiera vuelto, con energía concentrada, al único objeto que llenaba su vida. En cambio, si hubiera encontrado la Annie que imaginaba su suerte había sido tan rica en belleza que quizá por esta misma redundancia habría materializado lo bello en muchos modelos más valiosos que el que ahora lo afanaba. Pero el disfraz con que llegó la pena, la certidumbre de que el ángel de su vida le había sido arrebatado y entregado a un vulgar hombre de tierra y hierro, que jamás podría necesitar o apreciar sus desvelos... ése era el colmo de la perversidad del destino, por el cual la existencia humana aparecía demasiado absurda y contradictoria como para ser el escenario de otra esperanza u otro temor. Nada le

quedaba a Owen Warland, salvo quedarse inmóvil en su asiento, como un hombre aturdido por un golpe.

Pasó un tiempo enfermo. Después de la mejoría su menudo y frágil cuerpo se cubrió con un blando acolchado de carne que antes jamás había lucido. Sus flacas mejillas se redondearon; su delicada y pequeña mano, espiritualmente diseñada para realizar trabajos exquisitos, engordó más que la de un niño rechoncho. Su físico adquirió un aspecto tan infantil que podría haber inducido a un forastero a palmearle la cabeza... deteniéndose, sin embargo, a mitad de camino, para preguntarse qué clase de niño era ése. Fue como si el espíritu lo hubiese abandonado, dejando al cuerpo desarrollar una especie de existencia vegetativa. No era que Owen Warland estuviera idiotizado. Podía hablar, y no lo hacía irracionalmente. En verdad la gente comenzó a catalogarlo como charlatán, pues tendía a perderse en largas y tediosas divagaciones sobre los maravillosos artilugios que se mencionaban en los libros que había leído, pero que había aprendido a reconocer como absolutamente ficticios. Entre ellos enumeraba al Hombre de Bronce construido por Alejandro Magno, y la cabeza de Bronce del fraile Bacon; y tratándose de épocas más recientes, al pequeño carruaje de caballos automáticos que, se decía, había sido fabricado para el Delfín de Francia; y un insecto que zumbaba junto al oído como una mosca viva, y que sin embargo no era otra cosa que un mecanismo compuesto de diminutos resortes de acero. También se contaba la historia de un pato que nadaba y graznaba y comía; pero si algún honesto ciudadano lo hubiera comprado para la cena habría descubierto que lo habían estafado con una simple reproducción mecánica.

—Pero ahora estoy convencido —decía Owen Warland— que todas esas historias no son más que imposturas.

Luego confesaba, en tono misterioso, que antes pensaba de manera diferente. Que en sus días de ocio y ensueño había considerado posible, en cierto sentido, espiritualizar las máquinas; y combinar con esta nueva especie de vida y movimiento así creada una belleza capaz de realizar el ideal que la Naturaleza se había propuesto alcanzar con todas sus criaturas, si bien nunca se había tomado el trabajo de materializarlo. No parecía, empero, conservar un recuerdo muy claro del procedimiento por el cual pensaba realizar ese objeto, ni del diseño en sí.

—Ahora he desistido de todo eso —solía decir—. Fue sólo un sueño con los que los jóvenes se engañan a sí mismos. Ahora que he adquirido un poco de sentido común me causa risa.

¡Pobre, pobre y caído Owen Warland! Eran los síntomas de que había dejado de habitar el halo sublime que nos rodea. Había perdido su fe en lo invisible, y ahora se enorgullecía, como siempre lo hacen los infelices de su tipo, de la sabiduría que rechaza incluso mucho de aquello que el ojo percibe, y sólo confía ciegamente en lo que la mano toca. Ésta es la calamidad que asola a los hombres en los que se extingue la parte espiritual y sólo persiste en ellos ese entendimiento grosero que los asimila cada vez más a las cosas de las que sólo éste puede tomar conciencia. Pero el espíritu no había muerto en Owen Warland, sólo dormía.

No han quedado informes de la forma en que volvió a despertar. Quizás un dolor convulsivo rompió el pesado letargo. Quizá, tal como ya había sucedido, la mariposa se acercó y revoloteó en torno a su cabeza volviendo a ins-

pirarlo —pues, en realidad, esta criatura de luz siempre desempeñaba una misión misteriosa para con Owen— y a devolverle el viejo propósito de su vida. Ya fuera el dolor o la felicidad lo que corrió por sus venas, su primer impulso fue agradecer al cielo por haberlo transformado nuevamente en el ser pensante, imaginativo y agudamente sensible que había dejado de ser largo tiempo atrás.

—Y ahora manos a la obra —dijo—. Nunca me sentí tan fuerte para hacerlo como ahora.

Sin embargo, pese a que se sentía fuerte, lo que lo estimuló a retomar su labor más diligentemente fue el temor de que la muerte lo sorprendiera en medio de su trabajo. Esta ansiedad es, quizá, común en todos los hombres que empeñan su corazón en una meta muy alta. Tan alta, desde su propio punto de vista, que la importancia de la vida queda condicionada al logro de su objetivo. Mientras amamos la vida por sí misma, pocas veces tememos perderla. Cuando la deseamos para alcanzar un fin, reconocemos la fragilidad de su contextura. Pero junto a esta sensación de inseguridad se desarrolla una fe vital en nuestra invulnerabilidad a los dardos de la muerte, pues parece como si la Providencia nos hubiera asignado una actividad determinada, que daría al mundo motivos de congoja si quedara inconclusa. ¿Puede pensar el filósofo, henchido con la inspiración de una idea que habrá de reformar a la humanidad, que ha de ser desgajado de su existencia sensible en el preciso instante en que toma aliento para pronunciar la palabra iluminadora? Si muriera en ese trance, los siglos fatigados podrían desgastarse —toda la arena vital del mundo podría caer, grano por grano— antes que otro intelecto estuviera preparado para realizar el concepto que podía haber sido enunciado

en ese momento. Pero la historia proporciona muchos ejemplos en los cuales el espíritu más precioso, corporizado en una época cualquiera con forma humana, se extinguió prematuramente, sin margen suficiente, tal como el mundo puede discernirlo, para cumplir su misión en la tierra. Muere el profeta, y el hombre de corazón aletargado y mente lerda sobrevive. El poeta deja su canto inacabado, o lo concluye fuera del alcance de los oídos mortales, en un coro celestial. El pintor —tal como lo hizo Allston— deja la mitad de su concepción sobre la tela, para apenarnos con su belleza imperfecta, y asciende a pintar el cuadro completo de los tonos del cielo, dicho esto sin ninguna intención irreverente. Pero en realidad los planes inconclusos de esta vida no se completan en ninguna parte. Este aborto frecuente de los proyectos más queridos del hombre debe interpretarse como una prueba de que los deseos terrenales, incluso sublimados por la devoción o el genio, no tienen valor, excepto en la medida que se los toma como ejercicios y manifestaciones del espíritu. En el cielo cualquier pensamiento común es más elevado y melodioso que el cántico de Milton. ¿Agregaría acaso el genio una estrofa a un poema dejado trunco en la tierra?

Pero retornemos a Owen Warland. Tuvo la fortuna, buena o mala, de alcanzar la meta de su vida. Pasemos por alto un largo período de reflexión profunda, de esfuerzo anhelante, de trabajo minucioso y de agotadora ansiedad, seguido de un instante de triunfo solitario. Imaginemos todo esto y contemplemos luego al artista, en una noche de invierno, solicitar acogida junto a la chimenea de Robert Danforth. Allí encontró a ese hombre de hierro, con su robusta humanidad, bastante entibiado y atemperado por las influencias domésticas. Y allí tam-

bién estaba Annie, transformada ahora en una matrona, con muchos rasgos de la naturaleza simple y vigorosa de su marido, pero imbuida, tal como Owen Warland aún suponía, de una gracia más fina que le permitía ser la intermediaria entre la fuerza y la belleza. Sucedió, asimismo, que esa noche el viejo Peter Hovenden estaba invitado al hogar de su hija, y lo primero que el artista encontró fue su bien recordada mirada de fría y penetrante crítica.

—¡Mi viejo amigo Owen! —exclamó Robert Danforth, incorporándose y apretando los delicados dedos con una mano acostumbrada a manejar barras de hierro—. ¡Por fin te has dignado a visitarnos! Temía que tu movimiento perpetuo te hubiera embrujado haciéndote olvidar los buenos tiempos.

—Estamos muy contentos de verlo —dijo Annie, mientras un sonrojo teñía sus mejillas de matrona—. Un buen amigo no debe estar apartado tanto tiempo.

—Bueno, Owen —preguntó el viejo relojero a modo de saludo—. ¿Cómo marcha la belleza? ¿Has podido crearla al fin?

El artista no respondió de inmediato pues lo sorprendió la aparición de un chiquillo robusto que gateaba por la alfombra... un diminuto personaje que había surgido misteriosamente de la nada, pero cuyo físico era tan vigoroso y real que parecía moldeado con las sustancias más densas que puede proporcionar la tierra. La prometedor criatura se arrastró hasta el recién llegado y luego de sentarse sobre su trasero, tal como Robert Danforth describió luego su postura, contempló a Owen con una mirada tan sagaz que la madre no pudo evitar cambiar con su marido una mirada de orgullo. Pero el artista se sintió turbado por el gesto del niño, al imaginar un parecido con

la habitual expresión de reproche de Peter Hovenden. Podía imaginar al viejo relojero comprimido en esa figura infantil, escrutándolo con esos ojos de bebé, y repitiendo, tal como acababa de hacerlo, la pregunta maliciosa:

—¡La belleza, Owen! ¿Cómo marcha la belleza? ¿Has podido crearla al fin?

—Lo he conseguido —respondió el artista, con un fugaz brillo de triunfo en los ojos y una sonrisa luminosa surgida, a pesar de todo, de tan hondos abismos de la mente que era casi triste—. Sí, amigos, es cierto. ¡He triunfado!

—¡En verdad! —exclamó Annie, con una alegría virginal que volvió a asomar en sus facciones—. Es lícito que ahora pregunte cuál era el secreto, ¿no?

—Naturalmente. Es para revelarlo que he venido —respondió Owen Warland—. ¡Usted conocerá, y verá, y tocará, y tendrá el secreto! ¡Pues, Annie —si es que todavía puedo llamar con ese nombre a la amiga de mis años de infancia—, es para su regalo de bodas que he cincelado este mecanismo espiritualizado, esta armonía en movimiento, este misterio de la belleza! Llega tarde, es verdad, pero cuando más avanzamos en la vida, los objetos empiezan a perder la tonalidad de frescura y nuestras almas la delicadeza de la sensibilidad, que más necesitamos para el espíritu de la belleza. Sí —disculpe que se lo diga, Annie—, si usted sabe valorar este objeto nunca podrá llegar demasiado tarde.

Mientras hablaba mostró algo que parecía un alhaje-ro. Estaba finamente tallado en ébano por su propia mano, y ostentaba una caprichosa tracería de perlas incrustadas que representaban a un niño persiguiendo una mariposa, la que en otro lado se convertía en un espíritu alado y se remontaba al cielo; mientras que el niño, o joven,

había obtenido tanta fuerza de su vigoroso anhelo que ascendía de la tierra a las nubes, y de allí a la región celestial, para conquistar la belleza. El artista abrió el estuche de ébano y le rogó a Annie que apoyara su dedo en el borde. Ella lo hizo, pero estuvo a punto de gritar cuando brotó una mariposa revoloteando, y luego de asentarse en la punta de su dedo, permaneció posada y abanicando la vasta magnificencia de sus alas salpicadas de púrpura y oro, como en el prelude de un vuelo. Es imposible expresar con palabras la gloria, el esplendor, el delicado encanto que se fundían en la belleza de ese objeto. La mariposa ideal de la naturaleza estaba allí representada con toda su perfección, no con la configuración de los insectos desvaídos que se mecen entre las flores terrenales, sino de esos otros que flotan a través de los prados del Paraíso para que los ángeles niños y los espíritus de las criaturas difuntas se distraigan con ellos. Un precioso polvillo se notaba sobre sus alas y el resplandor de sus ojos parecía animado por la vida. El fuego de la chimenea brillaba en torno a esta maravilla... las velas relucían sobre ella, pero parecía centellear con fulgor propio, iluminando el dedo y la mano estirada en que reposaba con una irradiación blanca semejante a la de las piedras preciosas. Su belleza perfecta hacía olvidar toda consideración de tamaño. Si sus alas hubieran alcanzado al firmamento la mente no se habría sentido más colmada ni satisfecha.

—¡Maravillosa! ¡Maravillosa! —exclamó Annie—¿Está viva?

—¿Viva? Seguro que sí —respondió su esposo—. ¿Crees que un mortal puede tener el ingenio necesario para hacer una mariposa, o si lo tuviese se molestaría en

hacerlo, cuando cualquier chiquillo puede atraparlas en una tarde de verano?

—¿Viva? ¡Naturalmente! Pero sin duda este hermoso estuche es obra de nuestro amigo Owen, y realmente es digno de mérito.

En ese instante la mariposa volvió a agitar las alas con un movimiento tan real que Annie se sobresaltó, e incluso se asustó, pues no obstante el dictamen de su esposo no atinaba a decidir si se trataba en verdad de una criatura viva o de un mecanismo prodigioso.

—Está viva —repitió, con más seriedad que antes.

—Juzgue usted misma —dijo Owen Warland, quien observaba fijamente su rostro.

Entonces la mariposa se elevó por el aire, revoloteó en torno a la cabeza de Annie y se dirigió hacia un rincón lejano de la sala, donde se la percibía nítidamente por el resplandor estelar con que batía sus alas. El niño seguía desde el suelo su trayectoria con ojitos sagaces. Después de volar alrededor de la habitación la mariposa volvió, describiendo una espiral, y se asentó nuevamente sobre el dedo de Annie.

—¿Pero está viva? —exclamó ella una vez más, y el dedo sobre el que, se había posado el espléndido misterio temblaba tanto que la mariposa se vio obligada a conservar el equilibrio con sus alas—. Dígame si está viva, o si usted la creó.

—¿Es necesario preguntar quién la creó para que sea hermosa? —contestó Owen Warland—. ¿Viva? Sí, Annie, se podría decir que tiene vida porque ha absorbido mi propio ser, y en el secreto de esta mariposa, y en su encanto —que no es solamente exterior sino tan profundo como la totalidad de sus sistemas—, están representados

el intelecto, la imaginación, la sensibilidad, el alma de un Artífice de la Belleza. Sí, yo la creé. Pero —y en ese momento algo cambió en sus facciones— esta mariposa ya no es para mí lo que era cuando la contemplaba desde lejos, en las ensoñaciones de mi juventud.

—Sea lo que fuere es un bonito juguete —dijo el herrero, sonriendo con regocijo infantil—. Me pregunto si condescendería a posarse sobre un dedo grande y torpe como el mío. ¡Alcánzame, Annie!

Siguiendo las instrucciones del artista, Annie tocó la punta del dedo de su esposo con la del suyo propio y, luego de una corta demora, la mariposa aleteó de uno al otro. Enseguida preludió un segundo vuelo mediante un batir de alas similar al que había ejecutado en el curso del primer experimento, aunque no idéntico. A continuación abandonó el dedo del herrero, se elevó hacia el techo en una curva que se fue ampliando gradualmente, recorrió una dilatada trayectoria alrededor del cuarto y volvió con un movimiento ondulante al punto de partida.

—¡Vaya, esto derrota a la naturaleza! —exclamó Robert Danforth, enunciando la alabanza más sincera que era capaz de expresar y, en verdad, si se hubiera interrumpido allí, a un hombre de vocabulario más culto no le habría resultado fácil ser más elocuente—. Confieso que es algo que escapa a mi entendimiento. ¿Pero qué importa? ¡Un solo golpe de mi maza tiene más utilidad que los cinco años de trabajo que nuestro amigo Owen ha derrochado en esta mariposa!

En ese instante el niño palmoteó y emitió una profusión de sonidos ininteligibles, reclamando en apariencia que le dieran la mariposa para jugar con ella.

Mientras tanto, Owen Warland miraba por el rabillo del ojo a Annie, intentando descubrir si compartía la opinión de su esposo sobre el valor relativo de lo bello y lo práctico. Por encima de toda la amabilidad que había desplegado con él, en medio de todo el asombro y la admiración con que había contemplado la obra prodigiosa de sus manos y la encarnación de su idea, había empero un oculto desdén... demasiado secreto quizá para su conciencia y sólo perceptible por el discernimiento tan intuitivo del artista. Pero en las últimas etapas de su empresa Owen se había elevado tanto que semejante descubrimiento no podía convertirse en una tortura. Sabía que ni el mundo, ni Annie, como representante de éste, podrían —no obstante todas las alabanzas— pronunciar jamás la palabra adecuada, ni experimentar el sentimiento justo que habría constituido una recompensa perfecta para un artista que, al simbolizar una moral sublime por medio de un artilugio material —convirtiendo en oro espiritual lo que era terrenal—, había captado la belleza con su artesanía. Tampoco era ese el momento para aprender que la recompensa por todo logro trascendente se debe buscar en el logro mismo, pues toda otra búsqueda es vana. Sin embargo había un aspecto de su obra que Annie y su esposo, e incluso Peter Hovenden, podrían haber comprendido en su totalidad y que los habría convencido de que su labor de años había sido totalmente provechosa. Owen Warland podría haberles dicho que esa mariposa, ese juguete, ese obsequio de bodas que un pobre relojero hacía a la esposa de un herrero, era en verdad una joya de arte que cualquier monarca habría comprado con honores y abundante fortuna, y hubiera atesorado entre las rique-

zas de su reino como la más singular y maravillosa de todas. Pero el artista sonrió y se guardó el secreto.

—Padre —dijo Annie, pensando que una palabra de elogio del viejo relojero complacería a su antiguo aprendiz—, ven aquí y admira esta linda mariposa.

—Veamos —respondió Peter Hovenden, y se levantó de su silla, con una mueca que siempre parecía dudar, como él mismo lo hacía, de todo lo que no fuera pura existencia material—. He aquí mi dedo para que se pose sobre él. La comprenderé mejor una vez que la haya tocado.

Pero, para aumentar el asombro de Annie, cuando la punta del dedo de su padre tocó la punta del dedo de su marido, sobre el que aún descansaba la mariposa, el insecto aflojó sus alas y pareció a punto de desplomarse. Y a menos que sus ojos la estuvieran engañando, incluso los deslumbrantes lunares de oro que adornaban las alas y el cuerpo de la mariposa se pusieron opacos, y la púrpura reluciente tomó un tinte oscuro y el brillo estelar que resplandecía en torno a la mano del herrero se atenuó y desapareció.

—¡Se muere! ¡Se muere! —gritó Annie, alarmada.

—Ha sido cincelada con mucha delicadeza —dijo el artista con mucha calma—. Como les he dicho, está impregnada de esencia espiritual... llámenla magnetismo, o como quieran. En una atmósfera de dudas y desprecio su exquisita susceptibilidad sufre, tal como sufre el alma de quien le comunicó su propia vida. Ya ha perdido su belleza y en pocos momentos el mecanismo estará irreparablemente dañado.

—Aleja tu mano, padre —suplicó Annie, palideciendo—. Aquí está mi hijo. Dejémosla reposar sobre su mano

inocente. Muy bien, quizá su vida se reanime y sus colores brillen más que nunca.

Su padre retiró el dedo con una sonrisa agria. Entonces la mariposa pareció recuperar la facultad de moverse voluntariamente, en tanto que sus colores parecieron recobrar gran parte de su brillo original, y la radiación estelar, que era su atributo más etéreo, volvió a formar una aureola en torno a ella. Al principio, cuando la mariposa fue trasladada de la mano de Robert Danforth al dedito de la criatura, su radiación se hizo tan intensa que proyectó literalmente la sombra del pequeño contra la pared. Mientras tanto el niño estiró su mano regordeta tal como había visto hacer a sus padres y contempló con infantil deleite el batir de las alas del insecto. Sin embargo, tenía una extraña expresión de sagacidad que le hizo sentir a Owen Warland la impresión de que se trataba del viejo Peter Hovenden, redimido de su seco escepticismo por la ilusión infantil, aunque sólo en forma parcial.

—¡Qué astuto parece el monito! —susurró Robert Danforth a su esposa.

—Nunca vi una expresión así en el rostro de un niño —respondió Annie, admirando a su propio hijo, y con sobrada razón, mucho más que a la artística mariposa—. El bebito comprende el misterio mejor que nosotros.

La mariposa refulgía y se apagaba, como si supiera, al igual que el artista, que en la naturaleza del niño había algo que no era enteramente cordial. Por fin se elevó de la manecita de la criatura con un grácil movimiento que pareció remontarla sin ningún esfuerzo; como si los instintos aéreos con los que la había dotado el espíritu de su amo transportaran involuntariamente a esta delicada visión hacia una esfera más sublime. Si no hubiera hallado

obstáculos quizás habría volado hasta el cielo y quizá conquistado la inmortalidad. Pero su brillo se reflejó con el techo, la exquisita tersura de sus alas rozó esa materia terrenal, y una o dos chispas cayeron flotando como polvo de estrellas y quedaron centelleando sobre la alfombra. Luego la mariposa descendió aleteando y, en lugar de volver al niño, se sintió aparentemente atraída hacia la mano del artista.

—¡De ningún modo! ¡De ningún modo! —murmuró Owen Warland, como si el fruto de su labor hubiera podido entenderlo—. Ya has salido del corazón de tu amo y no puedes volver a él.

Con un vaivén oscilante, y emitiendo un trémulo destello, la mariposa enfiló a duras penas, por así decirlo, hacia el niño, y se dispuso a posarse sobre su dedo. Pero, mientras aún estaba suspendida en el aire, el pequeño hijo de la fuerza arrojó un manotazo al maravilloso insecto y lo apresó en su puño, con la expresión incisiva y astuta de su abuelo reflejada en su semblante. Annie gritó. El viejo Peter Hovenden lanzó una risa fría y cruel. Usando su fuerza el herrero separó los dedos de la criatura y encontró sobre la palma un pequeño montón de fragmentos brillantes, de los que el misterio de la belleza había fugado para siempre. En cuanto a Owen Warland, contemplaba plácidamente lo que parecía la ruina del trabajo de toda su vida. Había atrapado una mariposa muy diferente de ésta. Cuando el artista se remontó lo suficiente para obtener la belleza, el símbolo mediante el cual la hizo perceptible a los sentidos mortales perdió valor ante sus ojos, en tanto que su espíritu se colmaba con el goce de la realidad.

EL ENTIERRO DE ROGER MALVIN



UNO DE LOS pocos sucesos de las guerras contra los indios susceptibles de recibir la luz de luna de lo novelesco, fue la expedición emprendida en defensa de las fronteras en el año de 1725, que terminó con la célebre «batalla de Lovell». La imaginación, si tiene el juicio de dejar en la sombra ciertos incidentes, encuentra mucho que admirar en el heroísmo de la pequeña tropa que combatió en proporción de dos a uno en las entrañas del territorio enemigo. La evidente valentía desplegada por ambos bandos se ajustó a la concepción civilizada del coraje; y los propios anales de la caballería podrían sin bochorno registrar las hazañas de uno o dos individuos. La batalla, fatal para quienes lucharon, no tuvo consecuencias tan infortunadas para el país; pues dispersó las fuerzas de una tribu y condujo a la paz que reinó en los años siguientes. La historia y la tradición son extraordinariamente detalladas en sus recuentos de este suceso; y el capitán de una avanzada de colonizadores adquirió tanta fama militar como los victoriosos caudillos de legiones.

Pese al empleo de nombres ficticios, algunos hechos contenidos en las páginas siguientes serán reconocidos por quienes han oído, de labios de los viejos, acerca de la suerte de los pocos combatientes que quedaron en condiciones de replegarse tras la «batalla de Lovell».

* * *

Los primeros rayos del sol bañaban con su luz alegre las copas de los árboles, bajo los cuales se habían dejado caer aquella víspera un par de hombres heridos y agotados. Su lecho de hojas secas de roble se esparcía sobre el pequeño espacio llano al pie de una roca, situada cerca de la cima de uno de los suaves promontorios que moldean los contornos de esa parte del país. La mole de granito, que levantaba su lisa superficie unos seis u ocho metros sobre sus cabezas, no dejaba de asemejarse a una enorme lápida, sobre la cual las vetas parecían componer una inscripción en caracteres olvidados. En un trecho de varios acres a la redonda, los robles y otros árboles de madera dura tomaban el lugar de los pinos que poblaban aquella zona. Cerca de nuestros caminantes se erguía un robusto roblecillo.

La grave herida del hombre mayor probablemente lo había privado de sueño, ya que se enderezó penosamente hasta quedar sentado tan pronto dio el primer rayo de sol en la copa del árbol más alto. Las hondas líneas de su rostro y sus cabellos entrecanos denotaban que había pasado de la edad madura; pero su musculatura, salvo por los efectos de la herida, habría sido tan capaz de soportar fatigas como en el vigor temprano de la vida.

La debilidad y el agotamiento marcaban ahora sus rasgos; y la mirada desesperanzada que dirigió a las profundidades del bosque probaba su convencimiento de que se aproximaba el fin de su peregrinaje. A continuación volvió los ojos hacia el compañero recostado a su lado. El joven —pues escasamente era un hombre crecido— reposaba con la cabeza sobre el brazo, inmerso en un sueño agitado que a cada momento parecía estar a punto de romperse debido a las punzadas de sus heridas. Con la mano derecha agarraba un mosquete y, a juzgar por la violenta expresión de su semblante, en su sopor volvía a presenciar el conflicto del cual era uno de los pocos sobrevivientes. Un grito—potente y penetrante en el delirio de su sueño—se abrió camino como un murmullo imperfecto entre sus labios y, sobresaltándose hasta de oír el delgado sonido de su propia voz, despertó súbitamente. El primer acto de revivir recuerdos fue preguntar lleno de ansiedad por el estado del compañero herido. Este último sacudió la cabeza.

—Reuben, mi chico —dijo—, la roca a cuya sombra nos sentamos será la lápida de un viejo cazador. Todavía nos faltan leguas y leguas de monte desolado; y de nada me serviría que el humo de mi propia chimenea estuviera al otro lado de aquel cerro. La bala india era más mortífera de lo que yo creía.

—Está cansado por estas tres jornadas —replicó el joven—, y otro poco de descanso lo recuperará. Quédese aquí sentado mientras busco en el bosque las hierbas y raíces que tienen que servirnos de sustento. Cuando hayamos comido se apoyará en mí y enderezaremos nuestras caras rumbo a casa. No dudo que con mi ayuda podrá aguantar hasta algún fuerte fronterizo.

—No me quedan dos días de vida, Reuben —dijo con calma el otro—, y no pienso agobiarte más con mi inútil cuerpo, cuando a duras penas puedes con el tuyo. Tus heridas son hondas y vas con rapidez perdiendo fuerzas. Sin embargo, si te apresuras solo, puedes salvarte. Para mí no hay esperanza. Voy a aguardar la muerte aquí.

—Si ha de ser así, me quedo entonces a cuidarlo —dijo Reuben, resuelto.

—No, hijo mío, no —objetó su compañero—. Deja que el deseo de un moribundo tenga influencia en ti. Dame una vez la mano y ándate. ¿Piensas que aliviará mis últimos momentos la idea de que te abandono a una muerte más lenta? Te he amado como un padre, Reuben; y en una ocasión como ésta debo tener algo de la autoridad de un padre. Te ordeno que te vayas, para poder morir en paz.

—¿Y porque ha sido un padre para mí debo entonces dejarlo que perezca y quede sin enterrar en la espesura?—exclamó el joven—. No. Si es verdad que se acerca su fin, voy a cuidar de usted y voy a recibir sus últimas palabras. Cavaré cerca de esta roca una tumba en la que, si la debilidad me rinde, yaceremos los dos; o, si el cielo me da fuerzas, me abriré camino a casa.

—En las ciudades y dondequiera que residen los hombres —respondió el otro—, entierran a los muertos; los esconden de la vista de los vivos. Pero aquí, donde quizás no va a oírse un paso en cien años, ¿por qué no descansar a cielo abierto, cubierto sólo por las hojas de roble cuando el viento de otoño las esparza? En cuanto a un monumento, aquí está esta roca gris, en la que labraré con mano moribunda el nombre de Roger Malvin; y el caminante en días futuros sabrá que duerme aquí un cazador y un

guerrero. No tardes, pues, por este despropósito; y apresúrate, si no por tu bien, por el de la que se sentirá desconsolada.

Malvin pronunció estas últimas palabras con voz quebrada y su efecto sobre el compañero fue más que evidente. Le recordaban que había otros deberes menos cuestionables que compartir la suerte de un hombre a quien de nada beneficiaría con su muerte. Tampoco puede aseverarse que ningún sentimiento egoísta pugnó por penetrar al corazón de Reuben, aunque la conciencia lo hacía resistirse con mayor ahínco a los ruegos de su compañero.

—¡Qué horrible es esperar el lento paso de la muerte en estas soledades! —exclamó—. El bravo no se acobarda en la batalla; y, cuando hay amigos alrededor del lecho, incluso una mujer puede morir sin perder el aplomo; pero aquí...

—No voy a amilanarme, ni aun aquí, Reuben Bourne —lo interrumpió Malvin—. No soy un hombre de débil corazón y, si lo fuera, existe un soporte más seguro que el de los amigos terrenales. Eres joven y amas la vida. Vas a necesitar más consuelo que yo en tu lance postrero. Y cuando me hayas depositado en la tierra y estés solo, y la noche descienda sobre el bosque, vas a sentir toda la amargura de mi muerte, que ahora puedes esquivar. Pero no quiero incitar un motivo egoísta en tu naturaleza generosa. Déjame por mi bien, de modo que, tras rezar una oración por tu seguridad, me quede tiempo para rendir cuentas sin que me perturben las penas de este mundo.

—Y su hija, ¿cómo me atreveré a mirarla a los ojos? —inquirió Reuben—. Va a preguntarme por la suerte de su padre, cuya vida juré defender con la mía. ¿Debo de-

circle que marché con él tres días desde el campo de batalla y que lo abandoné para que pereciera en la espesura? ¿No sería mejor recostarme y morir a su lado que regresar a salvo y contarle esto a Dorcas?

—Dile a mi hija —dijo Roger Malvin— que aunque tú mismo estabas gravemente herido, y débil, y agotado, por varias leguas dirigiste mis pasos vacilantes y que me abandonaste sólo a instancias de mis sinceras súplicas, porque yo no quería que tu sangre me manchara el alma. Dile que fuiste leal en el dolor y en el peligro y que si tu flujo vital hubiera podido salvarme, se habría derramado hasta la última gota. Y dile que serás algo máspreciado que un padre, que mi bendición cae sobre ambos y que mis ojos moribundos columbran un camino largo y placentero que habrán de recorrer en compañía.

Mientras hablaba, Malvin casi se levantó; y el vigor de sus palabras finales pareció colmar el bosque agreste y desolado con una visión de felicidad. Pero cuando se desplomó, exhausto, en el lecho de hojarasca, se extinguió la luz que se había encendido en los ojos de Reuben. Este sentía que era pecaminoso y era necio pensar en la felicidad en aquellos momentos. Su compañero observaba cómo cambiaba de expresión y trató, con generosa maña, de inducirlo a su propio bien.

—Tal vez me equivoco respecto al tiempo que tengo por vivir —continuó—. Puede ser que, con pronta ayuda, me recupere de mi herida. Los fugitivos delanteros ya deben de haber llevado noticias del combate fatal a las fronteras y van a enviar partidas de socorro para quienes estamos en estas condiciones. Si te encuentras con una de éstas y los traes aquí, ¿quién quita que pueda sentarme otra vez frente a la chimenea?

Una sonrisa lastimera cruzó el rostro del moribundo al insinuar aquella esperanza infundada; la cual, empero, no dejó de producir efecto en Reuben. Ni el mero egoísmo ni la afligida situación de Dorcas lo habrían impelido a abandonar al compañero en esa coyuntura; pero sus deseos se apresuraron a adoptar la idea de que podía salvarse la vida de Malvin y su temperamento optimista elevó casi hasta ser certeza la remota posibilidad de conseguir ayuda humana.

—Ciertamente hay razones, poderosas razones, para esperar que haya amigos no muy lejos —dijo a media voz—. A las primeras escaramuzas salió huyendo un co-barde, ileso y de seguro a muy buen paso. Todo hombre recto en las fronteras se terciaría el mosquete al oír la noticia; y, aunque ningún grupo va a adentrarse tanto en los bosques, tal vez me los encuentre a un día de camino.

—Aconséjeme con sinceridad —dijo, dirigiéndose a Malvin, dudoso de sus propios motivos—. ¿Si se encontrara en mi lugar, me abandonaría mientras hubiera vida?

—Hace ya veinte años —replicó Roger Malvin suspirando, pues era consciente de la gran diferencia entre ambos casos—, hace veinte años que escapé junto con un amigo del cautiverio de los indios cerca de Montreal. Caminamos muchos días por el bosque hasta que al fin, rendido por el hambre y el cansancio, mi amigo se echó al suelo y me rogó que lo dejara, pues sabía que si yo me quedaba ambos pereceríamos. Y, con pocas esperanzas de obtener socorro, hice una almohada de hojas secas bajo su cabeza y partí apretando el paso.

—¿Y volvió a tiempo para salvarlo? —preguntó Reuben, pendiente de las palabras de Malvin como si fueran a profetizarle éxito.

—Sí —respondió el otro—. Llegué al campamento de unos cazadores antes del anochecer de ese mismo día. Los conduje al lugar donde mi camarada esperaba la muerte; y ahora vive sano y vigoroso en su granja, en tierras colonizadas, mientras yo estoy herido aquí en las profundidades del territorio inexplorado.

Este ejemplo, de mucho peso sobre la decisión de Reuben, venía robustecido, sin que él lo supiera, por la fuerza oculta de muchos otros motivos. Roger Malvin se daba cuenta de que estaba a punto de obtener la victoria.

—Ahora vete, hijo mío, y que el cielo te ayude —dijo—. No te regreses con tus compañeros cuando te los encuentres, sino que manda aquí a tres o cuatro que estén disponibles para buscarme; y créeme, Reuben, mi corazón estará más alegre con cada paso que des con dirección a casa.

Pero se dio, tal vez, un cambio en su expresión y en su voz mientras decía esto; puesto que, después de todo, era un sino espantoso quedarse agonizando en la espesura.

Reuben Bourne, apenas medio convencido de estar obrando correctamente, se levantó por fin y se dispuso a partir. Pero antes, contra la voluntad de Malvin, recogió una provisión de hierbas y raíces, lo único que habían comido en los dos últimos días.

Colocó estas inútiles raciones al alcance del moribundo, para quien igualmente apiló un lecho de hojas secas de roble. Luego, subiendo a la cima de la roca, que por un lado era áspera y escabrosa, arqueó el roblecillo y amarró su pañuelo de la rama más alta. Tal precaución no era innecesaria para guiar a quien viniera en busca de Malvin, pues ningún flanco de la roca, excepto el amplio y liso frente, se podía ver desde cierta distancia debido a la tupida

broza del bosque. El pañuelo había servido para vendar una herida en el brazo de Reuben. Cuando lo ató al árbol juró por la sangre que lo manchaba que iba a regresar, bien a salvar la vida de su compañero, bien a depositar su cadáver en la tumba. Bajó después y esperó cabizbajo las palabras de despedida de Malvin.

La veteranía de este último le dictó prolijos consejos acerca del viaje del joven por el bosque no hollado. Hablaba sobre el tema con calmada seriedad, como si enviara a Reuben al combate o de caza mientras él se quedaba en la seguridad del hogar, y no como si el rostro humano que pronto iba a desampararlo fuera el último que jamás contemplara. Pero antes de terminar flaqueó su entereza.

—Lleva mi bendición a Dorcas y dile que mi última oración será por ella y por ti. Pídele que no guarde aversión porque me dejaste, pues la vida no te habría pesado si con su sacrificio me hubieras hecho un bien. Se casará contigo después de haber llorado un rato por su padre. ¡Que el cielo les conceda largos años felices y que los hijos de sus hijos estén al pie de su lecho mortuario! Y, Reuben —añadió, mientras por fin se abría paso el desaliento de la mortalidad—, regresa, cuando hayan sanado tus heridas y otra vez tengas bríos, regresa a esta roca agreste, entierra mis huesos en una sepultura y reza una oración por ellos.

Los colonos de aquellas fronteras guardaban un respeto casi supersticioso por los ritos de entierro, proveniente tal vez de las costumbres de los indios, que guerreaban con los muertos igual que con los vivos. Y hay muchos casos de sacrificio de la vida en un intento por sepultar a quienes habían sido derribados por la «espada de la selva». Reuben, por tanto, reconocía la enorme im-

portancia de la promesa que con toda solemnidad hizo de regresar y efectuar las exequias de Roger Malvin. Era patente que este último, al expresarse de todo corazón en el adiós, ya ni siquiera trataba de convencer al joven de que la ayuda más rápida serviría para preservar su vida. Reuben sabía en su fuero interno que nunca más vería la cara viva de Malvin. Su generosidad lo habría constreñido a demorarse, hasta pasar la escena de la muerte; pero las ganas de vivir y la esperanza de la dicha le habían animado el corazón y era incapaz de resistirlas.

—Es suficiente —dijo Roger Malvin tras escuchar la promesa de Reuben—. Ándate, y que Dios te dé alas.

Sin decir nada el joven le apretó la mano, dio media vuelta y se alejó.

Empero, cuando con paso lento y vacilante había recorrido un corto trecho, lo hizo volver la voz de Malvin.

—Reuben, Reuben —llamaba débilmente.

Reuben se arrodilló junto al agonizante.

—Levántame y recuéstame en la roca —fue su último ruego—. Así mi cara queda mirando a casa y podré verte por un momento más mientras te pierdes entre los árboles.

Habiendo hecho la deseada modificación en la postura de su compañero, Reuben reemprendió el solitario peregrinaje. Al principio caminó más rápido de lo que era compatible con sus fuerzas, pues una especie de sentimiento de culpa, que en ocasiones atormenta a los hombres en sus acciones más justificadas, lo impulsaba a ocultarse de los ojos de Malvin.

Pero después de haber pisado un largo rato la crujiente hojarasca regresó a hurtadillas, movido por una curiosidad desenfadada y lancinante y, escondido tras la

raíz terrosa de un árbol descuajado, acechó atentamente al hombre abandonado. No se nublaba el sol de la mañana y árboles y arbustos inhalaban el dulce aire del mes de mayo. Sin embargo, la faz de la naturaleza parecía ensombrecida, como si se compadeciera de la agonía mortal y del dolor. Roger Malvin levantaba las manos en fervorosa oración, algunas de cuyas frases se deslizaban por la quietud del bosque y penetraban en el corazón de Reuben, atormentándolo con ramalazos indecibles. Pedían, con acentos quebrantados, por la felicidad de éste y la de Dorcas. Al oír esto el joven, la conciencia, ó algo parecido, lo urgía fuertemente a regresar y otra vez reclinarsse al pie de la roca.

Sentía cuán duro era el destino de aquel ser bueno y generoso que había abandonado en la adversidad. La muerte llegaría como un cadáver que se acercara lentamente, reptando por el bosque y asomando de árbol en árbol, cada vez más cerca, sus espantosos y congelados rasgos. Pero igual suerte habría corrido Reuben de haberse demorado otro crepúsculo. ¿Quién puede reprocharle que rehuyera tan inútil sacrificio? Mientras lanzaba una mirada de despedida, un soplo de brisa agitó el pequeño pendón que colgaba del roblecillo y le hizo recordar a Reuben su promesa.

* * *

Varias circunstancias se aunaron para retardar al caminante herido en su regreso a la frontera. Al segundo día las nubes, encapotando el cielo, le hicieron imposible ajustar el rumbo según la posición del sol. Sólo sabía que cada impulso de sus ya casi extintas fuerzas lo alejaba

aún más del hogar que buscaba. Las bayas y otros frutos silvestres le suministraban el escaso sustento. Es cierto, a veces pasaban saltando frente a él manadas de venados y las perdices al oír sus pisadas batían las alas y volaban, pero había agotado sus municiones en la batalla y no tenía con qué derribarlos. Las heridas, inflamadas por el constante esfuerzo del que dependían sus esperanzas de sobrevivir, corroían su fibra y a ratos le confundían la razón. Pero, incluso en los extravíos de la mente, el joven corazón de Reuben se aferraba a la existencia; y sólo cuando por fin fue incapaz de dar un paso más, se desplomó bajo un árbol, obligado a esperar allí la muerte.

En esta situación fue descubierto por una partida que a las primeras nuevas del combate fue despachada a socorrer a los sobrevivientes. Lo condujeron a la colonia más cercana, que resultó ser su lugar de residencia.

Dorcas, con la sencillez característica de antaño, veló al pie del lecho del pretendiente herido y administró ese bálsamo que es don exclusivo de la mano y del corazón de la mujer. Por varios días la memoria de Reuben vagó soñolienta entre los peligros y fatigas que había atravesado y no pudo dar respuestas claras a las preguntas con que muchos estuvieron prontos a importunarlo. No habían circulado detalles de primera mano sobre la batalla, ni tampoco sabían las madres, las esposas y los hijos si los seres queridos estaban retenidos en cautiverio o bajo la más firme cadena de la muerte. Dorcas abrigó sus temores en silencio, hasta una tarde en que Reuben despertó de un sueño agitado y pareció reconocerla más conscientemente que en ningún momento previo. Percibió ella que su mente se había aclarado y no pudo seguir reprimiendo la ansiedad filial.

—¿Y mi padre, Reuben? —comenzó a decir; pero un cambio en la expresión de su enamorado la detuvo.

El joven se crispó como por un dolor agudo y la sangre fluyó violentamente a sus mejillas macilentas. Su primer impulso fue cubrirse la cara; pero, al parecer con un esfuerzo extremo, se enderezó a medias y habló con vehemencia, defendiéndose de una acusación imaginaria.

—Tu padre fue herido de gravedad en el combate, Dorcas; y me pidió que no cargara con él, únicamente que lo llevara a la orilla del lago para poder calmar la sed y allí morir. Pero yo no quería abandonarlo en ese trance y, aunque yo también sangraba, le di apoyo. Le presté la mitad de mis fuerzas y partí con él. Caminamos juntos tres días y tu padre aguantó más de lo que yo esperaba; pero, cuando desperté al amanecer del cuarto día, lo encontré débil y agotado. No podía seguir. Su vida se escapaba rápidamente

—¡Murió! —gimió Dorcas desmayadamente.

A Reuben le pareció imposible admitir que su egoísta amor a la vida lo había hecho alzar el vuelo antes de que se consumara el destino del padre.

No habló más. Se limitó a agachar la cabeza y, entre la vergüenza y el agotamiento, se recostó de nuevo y hundió la cara en la almohada. Dorcas lloró al ver confirmados sus temores; pero, habiéndolo previsto tanto tiempo, el golpe no fue tan violento.

—¿Cavaste en la espesura una tumba para mi pobre padre, Reuben? —fue la pregunta con que manifestó su devoción filial.

—Mis manos estaban débiles, pero hice lo que pude —contestó el joven con acento apagado—. Sobre su cabe-

za se levanta una noble lápida. ¡Quisiera el cielo que mi sueño fuera tan profundo como el suyo!

Dorcas, notando el extravío de las últimas palabras, por el momento no hizo más preguntas; pero su corazón encontró alivio pensando que a Roger Malvin no le faltaron los ritos funerales que fue posible conferirle. La historia del coraje y la lealtad de Reuben no perdió nada cuando ella la repitió a sus amigos; y el infeliz muchacho, cuando salía tambaleándose a tomar el aire, recibía de todas las bocas la miserable y humillante tortura del elogio inmerecido. Todos convenían en que se había ganado el derecho de pedir la mano de la doncella a cuyo padre le había sido «fiel hasta la muerte»; y, como mi relato no es de amor, baste decir que en unos pocos meses Reuben se convirtió en el esposo de Dorcas Malvin. Durante la boda la novia se cubría de rubores, pero el rostro del novio estaba pálido.

En el pecho de Reuben Bourne había ahora un reato inconfesable, algo que había de ocultar con suma cautela a la mujer que más quería y en quien más confiaba. Deploraba honda y amargamente la cobardía moral que había refrenado sus palabras cuando estuvo a punto de revelarle la verdad a Dorcas. Pero el orgullo, el temor de perder su cariño, el miedo del desprecio general, le prohibían enmendar su falsedad. No creía merecer censura alguna por haber abandonado a Roger Malvin. Su presencia, el vano sacrificio de su vida, sólo habría añadido otra agonía innecesaria a la hora final del moribundo; pero el encubrimiento le había impartido a un acto justificable muchos de los efectos de la culpa. Así, Reuben, mientras que la razón le decía que había obrado bien, padecía en alto grado los horrores mentales que castigan al autor de

un crimen secreto. Ciertas asociaciones de ideas a veces lo llevaban a imaginarse casi que era un asesino. También, durante años, lo rondó un pensamiento que, aunque se daba cuenta de cuán insensato y extravagante era, no estaba en su poder desterrar de su mente. Era la obsesiva y atormentadora fantasía de que su suegro todavía esperaba, al pie de la roca, sobre las hojas secas, vivo, la ayuda prometida. Estos espejismos, sin embargo, se iban como venían y él nunca los tomaba por realidades; pero en los estados de ánimo más tranquilos y lúcidos era consciente de tener una promesa por cumplir y de que un cadáver insepulto lo llamaba desde la espesura. No obstante, las consecuencias de su engaño eran tales que le impedían obedecer aquel llamado. Ahora era demasiado tarde, no podía pedir la ayuda de los amigos de Roger Malvin para efectuar la postergada inhumación; y los temores supersticiosos, de los que nadie era más susceptible que las gentes de los poblados fronterizos, le impedían ir solo.

Tampoco sabía cómo buscar en el ilimitado bosque virgen la piedra lisa y con una inscripción en cuya base reposaba el cadáver: los recuerdos de cada etapa de su trayectoria eran confusos y del último tramo no quedó en su mente impresión alguna. Había, sin embargo, un impulso continuo, una voz que sólo él oía, que le ordenaba ir a cumplir con su promesa; y tenía la impresión de que, en caso de decidirse a abrir trocha, sería conducido derecho hasta los huesos de Malvin. Pero año tras año, sin oírlo pero sí sintiéndolo, pasaba sin atender el llamamiento. Su obsesión secreta llegó a ser como una cadena que le agarrotaba el alma y como una serpiente que le roía el corazón. Se convirtió en un hombre triste, desalentado e irritable.

Pasados unos años tras su boda, comenzaron a hacerse visibles ciertos cambios en la prosperidad material de Reuben y Dorcas. Las únicas riquezas del primero habían sido su recio corazón y su potente brazo; pero ella, única heredera de su padre, hizo a su marido amo de una granja, cultivada por más tiempo, más grande y más bien surtida que la mayoría de las de la frontera. Reuben Bourne, sin embargo, era un negligente labrador. Y mientras las tierras de los otros colonos cada año eran más productivas, las suyas se deterioraban al mismo ritmo. Los obstáculos para la agricultura habían disminuido grandemente con el cese de las hostilidades de los indios, durante las cuales los hombres sostenían el arado en una mano y el mosquete en la otra, y corrían con suerte si el salvaje enemigo no arruinaba, en el campo o en el granero, los frutos de su labor riesgosa. Pero Reuben no se benefició de la cambiada situación del país.

Tampoco puede negarse que las ocasiones en que atendió con diligencia sus asuntos fueron recompensadas con muy poco éxito. La irritabilidad que últimamente lo había distinguido fue otra causa de la mengua de su prosperidad, pues daba pie a frecuentes disputas en el inevitable roce con los colonos vecinos. El resultado fueron incontables litigios, ya que las gentes de Nueva Inglaterra, en las primeras etapas y en las circunstancias más incivilizadas del país, recurrían, cuando podían, a las vías legales para dirimir sus pleitos. En resumen, el mundo no la iba bien con Reuben Bourne; y, aunque no fue sino muchos años después del matrimonio, por fin llegó a arruinarse. Contaba sólo con un último recurso contra el mal sino que lo perseguía. Desnudaría al sol algún rincón pro-

fundo de los bosques y buscaría la subsistencia en el regazo virgen de la tierra.

Reuben y Dorcas tenían un hijo único de quince años cumplidos, bello en la juventud y promesa de una espléndida hombría. Estaba especialmente dotado, y ya empezaba a sobresalir en ellas, para las bravías faenas de la vida de frontera. Su pie era ligero, su puntería certera, alerta su sentido, alegre y noble el corazón; y todos los que esperaban un regreso de las guerras de los indios hablaban de Cyrus Bourne como un futuro caudillo del país. Su padre lo quería con un fervor profundo y silencioso, como si todo lo que fuera bueno y dichoso en su persona hubiese sido traspasado al hijo, llevándose consigo su cariño. Incluso Dorcas, amorosa y amada, le era asaz menos querida; ya que los pensamientos secretos de Reuben y sus emociones retraídas lo habían ido convirtiendo en un hombre egoísta. Ya no podía amar intensamente, excepto cuando percibía o imaginaba un reflejo o parecido de su propia mente. Reconocía en Cyrus lo que él había sido en otros tiempos; y de vez en cuando parecía compartir el espíritu del muchacho y reanimarse con una vida lozana y festiva. Reuben partió en compañía de su hijo en una expedición que tenía el propósito de escoger una extensión de tierra y de talar y quemar la broza, condición necesaria para el trasteo de los enseres domésticos. En estas estuvieron dos meses de otoño, tras los cuales Reuben Bourne y el joven cazador regresaron para pasar el último invierno en el asentamiento.

* * *

Corrían los primeros días del mes de mayo cuando la reducida familia partió en dos los lazos afectivos que los ligaban a las cosas y se despidió de los pocos que en el infortunio decían llamarse sus amigos. La tristeza del adiós tuvo para cada uno de los peregrinos mitigaciones particulares. Reuben, taciturno y huraño por la infelicidad, arrancó a paso largo, con su habitual ceño fruncido, ca-bizbajo, lamentando muy poco y sin dignarse a reconocerlo. Dorcas, aunque lloró profusamente el rompimiento de los vínculos con que su espíritu sencillo y afectuoso se aferraba de todo, sentía que los habitantes de las entrañas de su corazón se mudaban con ella y que lo demás se repondría donde quiera que fuese. Y el muchacho, tras derramar una lágrima, pensaba en los azarosos placeres del bosque inexplorado.

¿Quién, en el fervor de la ilusión, no ha deseado ser un nómada en un mundo silvestre y soleado, con un ser tierno y puro que se apoye liviano en su brazo? Para la marcha libre y jubilosa de la juventud no habría más barreras que el agitado océano y las montañas coronadas de nieve. La más serena madurez escogería una morada donde la naturaleza hubiera derramado sus riquezas por partida doble en el valle de un arroyo transparente. Y cuando la vejez, tras largos años de vida sana, se arrimara furtiva y allí lo sorprendiera, encontraría al padre de una raza, al patriarca de un pueblo, al fundador de una nación en ciernes. Al sobrevenir la muerte, como el dulce sueño que nos embarga tras un día de dicha, sus lejanos descendientes llorarían ante el polvo venerable. Revestido de misteriosos atributos por la tradición, los hombres de las generaciones venideras lo mirarían como a un dios

y la remota posteridad vería su figura, vagamente gloriosa, erguida en las lejanías del valle de cien siglos.

El enmarañado y lóbrego bosque que atravesaban los personajes de mi relato era hartamente distinto de la tierra de fantasía del soñador. Pero en el modo de vivir de éstos había algo que la naturaleza reclamaba como suyo y los atrozantes cuidados que habían traído del mundo eran los únicos estorbos de su felicidad. El alentado y brioso caballo que cargaba todos sus haberes no se plantaba bajo el peso añadido de Dorcas, aunque la recia crianza la sostenía a ella, en el último tramo de cada jornada, al lado del marido. Reuben y el hijo, mosquetes al hombro y hachas a las espaldas, marchaban a paso vigoroso, cada uno a la mira de la caza que les proporcionaba alimento. Al dictado del hambre hacían un alto y preparaban la comida a la orilla de alguna corriente cristalina que, cuando se arrojaban a beber con labios sedientos, murmuraba con dulce renuencia como una doncella ante el primer beso de amor. Dormían bajo una enramada y despertaban al despuntar el alba, repuestos para las faenas de otro día.

Dorcas y el muchacho avanzaban llenos de alborozo; y hasta el ánimo de Reuben reflejaba a ratos alegría exterior, aunque adentro había una helada pesadumbre que él comparaba con los ventisqueros en las hoyas y vegas de los riachuelos mientras la fronda arriba era de un verde claro.

Cyrus Bourne era tan buen baquiano de los bosques como para saber que su padre no se ceñía a la ruta que habían seguido en la expedición del otoño anterior. Ahora caminaban más hacia el norte, alejándose directamente de los poblados y penetrando en una región cuyos únicos dueños seguían siendo las bestias salvajes y los hombres

salvajes. El muchacho a veces insinuaba sus opiniones al respecto y Reuben escuchaba con atención, llegando a cambiar de rumbo en una o dos ocasiones, según el consejo del hijo. Pero después de hacerlo parecía incómodo. Lanzaba vistazos rápidos y erráticos, como al acecho de enemigos ocultos tras los árboles; y, al no descubrir nada, miraba atrás como con miedo de que alguien lo siguiera. Cyrus, dándose cuenta de que el padre poco a poco retomaba la antigua dirección, dejó de intervenir; y, aunque algo empezó a pesarle en el pecho, su temple aventurero le impedía lamentar que el camino se hiciera más largo y misterioso.

Hicieron alto en la tarde del quinto día y organizaron el sencillo campamento casi una hora antes de la puesta del sol. En las últimas leguas el territorio se había ido diversificando con suaves ondulaciones que parecían las enormes olas de un mar petrificado; y en una de las correspondientes hondonadas, en un lugar agreste y romántico, la familia levantó el cobertizo y encendió la hoguera. Algo nos hace estremecer —y sin embargo nos caldea el corazón— cuando pensamos en los tres, unidos por los fuertes lazos del amor y separados de todos los que vivían por fuera de este vínculo. Los negros pinos los miraban desde arriba y cuando el viento soplaba entre sus copas se escuchaba por el bosque un sonido compasivo. ¿O gemían esos añosos árboles por miedo a que por fin hubieran venido los hombres a hundir el hacha en su corteza? Mientras Dorcas alistaba la cena, Reuben y el hijo se proponían dar una vuelta en busca de la caza que no habían podido conseguir durante la jornada. El chico, luego de prometer que no se alejaría del campamento, partió con paso tan ligero y elástico como el del venado que

pensaba derribar; en tanto que su padre, sintiendo una dicha pasajera al seguirlo con la vista, se dispuso a tomar el rumbo opuesto. Dorcas, mientras tanto, se había acomodado cerca de la fogata de chamizas, sobre el musgoso y carcomido tronco de un árbol desarraigado años atrás. Su ocupación, interrumpida por un vistazo ocasional a la olla que empezaba a hervir en las llamas, era la lectura del Almanaque de Massachusetts de ese año, el cual, con la excepción de una vieja Biblia en letra gótica, componía el acervo literario de la familia. Nadie presta más atención a las divisiones arbitrarias del tiempo que quienes están apartados de la sociedad; y Dorcas comentó, como si el dato tuviera importancia, que ese día era doce de mayo. Su marido dio un bote.

—¡El doce de mayo! y bien que debería recordarlo —murmuró, mientras numerosos pensamientos le confundían momentáneamente el cerebro—. ¿Dónde estoy? ¿Adónde me dirijo? ¿En dónde lo dejé?

Dorcas, demasiado acostumbrada a los accesos caprichosos del marido como para notar alguna rareza en su conducta, puso a un lado el almanaque y le habló con el tono compungido que los de tierno corazón asignan a las penas que hace tiempo se enfriaron y murieron.

—Fue por estas fechas, hace dieciocho años, que mi padre dejó este mundo por uno mejor. Contó con un brazo amable que le sostuviera la cabeza y una voz bondadosa que lo animara, Reuben, en la hora final. Y el pensamiento del fiel cuidado que le prestaste me ha consolado en muchas ocasiones desde entonces. ¡Oh, morir sería horrible para un hombre solo en un lugar salvaje como este!

—Pídele al cielo, Dorcas —dijo Reuben con voz entrecortada—, pídele al cielo que ninguno de nosotros muera solo y quede sin enterrar en este bosque lúgubre.

Y se alejó de prisa, dejándola que vigilara el fuego bajo los tristes pinos.

Reuben Bourne aflojaba el paso a medida que se hacía menos aguda la punzada que sin intención le habían causado las palabras de Dorcas. Sin embargo, lo abrumaban numerosas y extrañas reflexiones; y, caminando más como sonámbulo que como cazador, no puede atribuirse a sus designios el hecho de que su tortuosa orientación lo hubiera mantenido en las cercanías del campamento. De modo imperceptible sus pasos fueron trazando un círculo; tampoco se dio cuenta de que estaba en los límites de un terreno muy poblado de vegetación, pero no de pinos. En lugar de estos últimos había robles y otras maderas duras; y rodeaban sus raíces tupidos matorrales que dejaban, empero, claros entre los árboles, cubiertos por una gruesa capa de hojarasca. Cuando se oía el susurro de las ramas o el crujir de los troncos, como si el bosque despertara de un sueño, Reuben alzaba por instinto el mosquete que descansaba en su brazo y echaba una mirada rápida y aguda a cada lado; pero, convencido en su atención parcial de que allí no había animal alguno, volvía a sumirse en sus cavilaciones.

Meditaba en la extraña influencia que lo había desviado del curso prefijado hasta este recóndito paraje. Incapaz de penetrar en el rincón secreto del alma donde yacían escondidos sus motivos, creía que una voz sobrenatural lo había llamado y que una fuerza sobrenatural le había impedido retroceder. Confiaba en que el propósito del cielo fuera darle la oportunidad de expiar su pecado;

tenía la esperanza de encontrar los huesos insepultos hacía tanto tiempo y de que, tras cubrirlos de tierra, la paz bañaría con su luz el sepulcro de su corazón. Fue despertado de estos pensamientos por un chasquido en la maleza, a cierta distancia del sitio por donde vagaba. Percibiendo que algo se movía tras las espesas frondas, disparó con el instinto de un montero y con la puntería de un tirador. Un gemido apagado, prueba de que había dado en el blanco, y mediante el cual hasta los animales expresan la agonía de la muerte, pasó inadvertido para Reuben Bourne. ¿Qué recuerdos lo asaltaban ahora?

El matorral hacia donde Reuben había disparado quedaba cerca de la cima de un promontorio y se enmarañaba al pie de una roca que, por la forma y lisura de uno de sus flancos, no dejaba de asemejarse a una enorme lápida.

Su imagen persistía en la memoria de Reuben como reproducida en un espejo. Incluso reconoció las vetas que parecían componer una inscripción en caracteres olvidados. Todo seguía igual, con la excepción de que un espeso monte bajo envolvía la parte inferior de la roca y habría ocultado a Roger Malvin de haber estado aún recostado en ella. Pero a continuación Reuben echó de ver otro cambio efectuado por el tiempo desde que estuvo allí escondido en ese mismo sitio, tras la raíz terrosa del árbol descuajado.

El roblecillo en el que había atado el símbolo ensangrentado de su promesa había crecido bastante, convirtiéndose en un árbol ciertamente distante del pleno desarrollo, pero con una nada exigua extensión del umbroso ramaje. Exhibía una peculiaridad que hizo temblar a Reuben. Las ramas del medio para abajo eran de una vitalidad exuberante y el follaje excesivo orlaba el tronco

casi hasta el suelo; pero una plaga al parecer había atacado la parte superior del roble y la rama más alta aparecía marchita, privada de savia y por completo muerta. Reuben recordó cómo ondeaba la pequeña bandera en esa última rama, verde y lozana dieciocho años atrás.

¿De quién era la culpa que la había maldecido?

* * *

Dorcas, tras la partida de los dos cazadores, continuó preparando la comida de esa noche. La rústica mesa era el tronco invadido de musgo de un gran árbol derribado. En la parte más ancha había extendido un mantel de blanca inmaculada y había dispuesto lo que quedaba de los relucientes cubiertos de peltre que habían sido su orgullo en el asentamiento. Extraña vista la de aquel limitado rincón de solaz hogareño en la desierta entraña de la naturaleza. El sol se demoraba todavía en las ramas más altas de los árboles que crecían en las lomas; pero las sombras de la noche se hacían más oscuras en la hondonada donde habían instalado el campamento y la lumbre se ponía más roja mientras reverberaba en los altos troncos de los pinos y oscilaba en los negros matorrales que bordeaban el paraje. El corazón de Dorcas no se sentía triste, puesto que presentía que era mejor viajar por la espesura con dos seres queridos que ser una mujer desamparada en medio de un gentío indiferente. Mientras se ocupaba en componer asientos de madera carcomida cubriéndolos con hojas para Reuben y el hijo, su voz danzaba por el sombrío bosque al compás de una tonada que había aprendido en la juventud. La tosca melodía, creación de un bardo que no alcanzó la fama, se refería a una noche

de invierno en una cabaña en la frontera, en la que, protegida de incursiones salvajes por la nieve apilada, la familia se reunía llena de contento junto al fuego. La canción poseía el anónimo encanto del pensamiento que no se tomó en préstamo, pero en particular había tres o cuatro versos repetidos que fulguraban aparte de los otros como las llamas del hogar cuyos placeres celebraban. En ellos, con la magia de unas pocas y sencillas palabras, el poeta había infundido la mismísima esencia del amor doméstico y la dicha hogareña.

Eran al mismo tiempo poesía y retrato. Mientras Dorcas cantaba, las paredes del hogar abandonando volvían a rodearla; ya no veía más los tristes pinos ni escuchaba el viento que, al iniciarse cada verso, soplabá gravemente entre las ramas y que se extinguía con un sordo quejido por el peso de aquella tonada. La espabiló el estallido de un arma en las cercanías; y el sonido repentino, o bien su soledad junto a la hoguera, la hizo temblar violentamente. Al momento siguiente echó a reír con el orgullo de un corazón materno.

—¡Mi hermoso cazador! ¡Mi niño ha matado un venado! —exclamó, recordando que Cyrus había salido en la dirección de donde procedió el disparo.

Esperó un rato prudente a que se oyeran los ligeros pasos de su hijo, saltando por la crujiente hojarasca para contarle de su éxito. Pero él no aparecía, de modo que envió en su busca un alegre llamado entre los árboles.

—¡Cyrus, Cyrus!

Todavía demoraba en llegar, así que, puesto que la detonación parecía haber venido de muy cerca, decidió ir a buscarlo en persona. Además, podría necesitar su ayuda para traer la carne de venado que, en su ilusión, había

conseguido. Partió pues, dirigiendo los pasos por el sonido recordado y cantando al andar para que el muchacho se percatara de su aproximación y corriera a su encuentro. Detrás de cada árbol y en cada escondrijo entre los matorrales esperaba toparse el rostro de su hijo, riendo con la malicia juguetona que nace del cariño. El sol ahora se había puesto tras el horizonte y la luz mortecina que se filtraba entre las hojas bastaba para conjurar múltiples espejismos en su acuciosa fantasía.

Varias veces le pareció ver su cara borrosa atisbando entre el follaje; y en una ocasión le pareció que él le hacía señas al pie de un peñasco. Pero al fijar la mirada en aquella figura descubrió que no era más que el tronco de un roble orlado hasta el suelo de ramitas, una de las cuales sobresalía entre las otras y era mecida por la brisa. Bordeando la base de la roca se encontró de pronto al lado de su esposo, que había llegado por otro lado. Apoyado en la culata del mosquete, cuya boca apuntaba contra las hojas secas, parecía absorto en la contemplación de un objeto a sus pies.

—¿Qué es esto, Reuben? ¿Mataste un venado y te dormiste sobre él? exclamó Dorcas, riendo con alegría tras dar una ojeada superficial a su postura y su semblante.

Él no se movió ni volvió sus ojos hacia ella; y un temor escalofriante, vago en su origen y en su objeto, comenzó a helarle la sangre en las venas. Entonces se dio cuenta de que la cara de su esposo mostraba una palidez cadavérica y de que sus rasgos estaban tiesos, como si no pudieran asumir una expresión distinta del terrible desespero que había cuajado en ellos. No daba la menor muestra de haber notado su llegada.

—¡Por amor al cielo, Reuben, háblame! —gritó Dorcas; y el extraño sonido de su propia voz le asustó más que el silencio total.

Su marido reaccionó, la miró a la cara, la condujo al frente de la roca y señaló con el dedo.

¡Ay, allí yacía el muchacho, dormido, pero no soñando, sobre las hojas secas del bosque! La mejilla descansando en el brazo; los rizos echados hacia atrás, despejada la frente; los miembros levemente relajados. ¿Lo había rendido un súbito cansancio? ¿Lo iría a despertar la voz de la madre? Pero ella sabía que se trataba de la muerte.

—Esta piedra anchurosa es la lápida de tu sangre cercana, Dorcas —dijo su esposo—. Verterás tus lágrimas al mismo tiempo por tu padre y tu hijo.

Ella no lo escuchó. Profiriendo un alarido desgarrado que parecía venir de las profundidades de su alma doliente, perdió el sentido y se desplomó al lado de su muchacho muerto. En ese instante la rama marchita del roble se desprendió en el aire quieto y cayó hecha pedazos en la roca, en las hojas, en Reuben, en la mujer y el hijo, en los huesos de Roger Malvin. Y fue así que se abrió el corazón de Reuben y brotaron las lágrimas como agua de una piedra. El desdichado adulto vino a pagar la promesa hecha por el joven herido. Reparó su pecado... se había levantado la maldición que pesaba sobre él. En la misma hora en que derramó sangre más preciada que la propia, una oración, la primera en años, subió al cielo salida de los labios de Reuben Bourne.

EL JOVEN GOODMAN BROWN



EL JOVEN Goodman¹ Brown salió a la calle de la aldea de Salem cuando el sol se ponía. Pero después de cruzar el umbral introdujo de nuevo la cabeza para cambiar besos de despedida con su reciente esposa. Y Fe, como tan apropiadamente se llamaba, sacó a su vez su linda cabecita, permitiendo que el viento jugara con las cintas rosadas de la cofia mientras llamaba a Goodman Brown.

—Corazón mío —susurró suavemente y con un dejo de tristeza cuando sus labios le rozaron la oreja—, te suplico que postergues el viaje hasta la madrugada y que esta noche duermas en tu cama. A una mujer cuando se queda sola la perturban tales sueños y tales pensamientos, que a

1 «Goodman, fórmula de tratamiento ya en desuso, tenía el significado de «jefe de familia». Pero es claro que para Hawthorne importaba el sentido literal de «hombre bueno»; el cual, junto con el de su esposa (en inglés «Faith»), se presta para el juego alegórico. Como no hay en español un buen equivalente, «Goodman» se deja como nombre propio. En cambio, la traducción del nombre «Faith» es necesaria.

veces tiene miedo de sí misma. Te lo ruego, quédate conmigo esta noche, entre todas las noches del año.

—Mi amor y mi Fe —replicó el joven Goodman Brown—, entre todas las noches del año, tengo que pasar esta única noche lejos de ti. Mi viaje, como tú lo llamas, sin falta debe hacerse de ida y vuelta de aquí al amanecer. ¡Cómo! Mi dulce, bella esposa, ¿dudas tú ya de mí, cuando apenas llevamos tres meses de casados?

—Siendo así, que Dios te bendiga —dijo Fe, la de las cintas rosas—; y ojalá encuentres todo bien a tu regreso.

—Amén —respondió Goodman Brown—. Reza tus oraciones, querida Fe, acuéstate temprano y nada malo va a ocurrirte.

Así se despidieron. Y el joven prosiguió su camino hasta que, a punto de doblar la esquina del templo, miró hacia atrás y vio la cabeza de Fe todavía asomada, contemplándolo con aire melancólico a pesar de las cintas rosadas.

—Pobrecita Fe —pensó, puesto que el corazón lo castigaba—. ¡Soy un canalla, dejarla para embarcarme en semejante cometido! Ella también habla de sueños. Mientras lo hacía me pareció ver angustia en su rostro, como si un sueño la hubiera prevenido sobre la clase de tarea que esta noche ha de llevarse a cabo. ¡Pero no, no; la mataría el solo pensarlo! En fin, ella es un ángel bendito en este mundo; y después de esta única noche me coseré a sus faldas y la seguiré hasta el cielo.

Con esta excelente decisión para el futuro Goodman Brown se sintió justificado para apurarse todavía más en su presente propósito maligno. Había cogido por un camino lúgubre, oscurecido por los árboles más siniestros del bosque, que apenas si se hacían a un lado para dejar que la trocha se escurriera entre ellos, cerrándose en el

acto por detrás. La ruta no podía ser más despoblada; y en tales soledades se presenta la particularidad de que el viajero ignora si hay alguien escondido tras los innumerables troncos y arriba en el ramaje, de modo que al andar a solas puede así y todo estar pasando en medio de una multitud invisible.

—Detrás de cada árbol puede haber un indio endemoniado —se dijo Goodman Brown, mirando para atrás mientras añadía—: ¡Hasta el diablo en persona me puede estar pisando los talones!

Así, con la cabeza vuelta, dobló un recodo del camino. Cuando volvió a mirar de frente avistó la silueta de un hombre trajeado de modo sobrio y digno, que esperaba sentado al pie de un árbol añoso y que se levantó cuando él estuvo cerca para seguirle el paso hombro a hombro.

—Llegas tarde, Goodman Brown —le dijo—. El reloj de la iglesia de Old South daba la hora cuando pasé por Boston y eso fue hace quince minutos cumplidos.

—Fe me detuvo un rato—replicó el joven, con la voz temblorosa por la súbita aparición del compañero, aunque no era del todo inesperada.

El bosque estaba ya sumido en las sombras, más intensas en el paraje por el que transitaban. Hasta donde podía discernirse, el segundo viajero aparentaba unos cincuenta años, por lo visto ocupaba un rango social similar al de Goodman Brown y se le parecía bastante, quizás más en el porte que en los rasgos. Con todo, podrían pasar por padre e hijo. No obstante, aunque el mayor vestía de modo tan sencillo como el joven e igualmente sencillo era su comportamiento, tema el aire indescriptible de alguien que conocía el mundo y que no se habría sentido apocado en la mesa de banquetes del Gobernador o en la corte del rey

Guillermo,² de ser posible que hasta allá lo hubieran conducido sus asuntos. Pero la única cosa en su persona que se podría señalar como extraordinaria era su bastón, que tenía la apariencia de una gran culebra negra y estaba labrado de modo tan curioso que parecía enroscarse y retorcerse por sí solo, como una serpiente viva. Esto, por supuesto, debía de ser una ilusión óptica, favorecida por la luz incierta.

—Vamos, Goodman Brown —lo llamó el compañero de jornada—, este paso es muy lento para empezar un viaje. Toma mi bastón, si es que tan pronto te has cansado.

—Amigo —dijo el otro, que de la marcha lenta pasó a parar del todo—, ya cumplí con el pacto encontrándonos aquí; y ahora mi intención es devolverme al punto de partida. Tengo escrúpulos respecto del asunto que sabemos.

—¿Conque eso dices? —respondió el de la serpiente, riendo para sí—. De todos modos sigamos caminando mientras lo discutimos; y si no te convenzo, te devuelves. Todavía no hemos recorrido más que un corto trecho.

—¡Demasiado lejos, demasiado! —exclamó el joven esposo, reanudando la marcha sin darse cuenta—. Mi padre nunca se adentró en el bosque para emprender semejante aventura, ni antes su padre. Desde los tiempos de los mártires hemos sido un linaje de hombres honrados y buenos cristianos; y yo sería el primer Brown en tomar por este camino y andar...

2 Guillermo III reinó en Inglaterra entre 1689 y 1702. Las posteriores menciones de la tía Cloyse, la tía Cory y Martha Carrier, personajes históricos, sitúan la historia con anterioridad a 1692, año en que fueron procesados por hechicería en los famosos juicios de Salem. Dicho puerto no ha de confundirse con la aldea de Salem del relato, pueblo vecino que ahora lleva el nombre de Danvers.

—En semejante compañía, ibas a decir —observó el personaje mayor, interpretando la pausa—. ¡Bien dicho, Goodman Brown! Conozco a tu familia tan bien como a ninguna otra entre los puritanos. Le ayudé a tu abuelo el alguacil cuando con tantos bríos azotó a la cuáquera por las calles de Salem; y fui yo el que le procuró a tu padre la tea de pino embreado, encendida en mi propio hogar, para que le prendiera fuego al poblado de indios durante la guerra del jefe Metacomet. Ambos fueron buenos amigos míos; y dimos más de un paseo agradable por este mismo camino y regresábamos llenos de alegría pasada la medianoche. Por consideración a ellos me gustaría ser tu amigo.

—Si es como usted dice —respondió Goodman Brown—, me sorprende que jamás hablaran de estas cosas; o, en realidad, no me sorprende, en vista de que el menor rumor al respecto los habría expulsado de Nueva Inglaterra. Somos gente de oración y, por si fuera poco, gente de buenas obras, y no practicamos semejantes maldades.

—Maldades o no —dijo el caminante del bastón retorcido—, gozo de un trato muy amplio aquí en Nueva Inglaterra. Los diáconos de más de una parroquia han bebido conmigo el vino de la comunión; los administradores de diversos pueblos consideran que soy su presidente; y en la Asamblea Legislativa la mayoría de los miembros apoya firmemente mis intereses. Además, el Gobernador y yo... Pero esos son secretos de Estado.

—¿Podrá ser cierto? —exclamó Goodman Brown, lanzando una mirada de estupor a su desaprensivo acompañante—. Sea como sea, no tengo nada que ver con el Gobernador o la Asamblea. Ellos hacen lo que les parece y no tienen autoridad sobre un simple granjero como yo.

Pero, si yo siguiera con usted, ¿cómo podría darle después la cara a ese buen anciano, a mi pastor en la aldea de Salem? El mero sonido de su voz me pondría a temblar en los días de fiesta y en los días de prédica.

Hasta entonces el caminante de mayor edad había escuchado con la circunspección debida, pero ahora echó a reír de modo incontenible, sacudiéndose con tal violencia que el sinuoso bastón de veras pareció culebrear en concordancia.

—¡Ja, ja, ja! —rió una y otra vez hasta que, recobrando la compostura, dijo—: está bien, continúa Goodman Brown, pero por favor no hagas que me muera de risa.

—Bien, entonces, para que terminemos de una vez con el asunto —dijo Goodman Brown, bastante picado—, está mi esposa, Fe. Le partiría su frágil y tierno corazón; y yo más bien me partiría el mío.

—No, si ese es el caso —respondió el otro—, es mejor que hagas como te parezca, Goodman Brown. Ni por veinte viejas como la que va rengueando allá adelante querría yo que tu Fe sufriera daño alguno. Al decir esto apuntó con el bastón hacia la silueta de una mujer en el camino, que Goodman Brown reconoció como la de una señora devota y ejemplar que le había enseñado el catecismo en la infancia y que seguía siendo su consejera moral y espiritual, conjuntamente con el pastor y el diácono Gookin.

—Un prodigio, de veras, que la tía Closse ande de noche tan lejos en el bosque —dijo Brown—. Pero con su permiso, amigo, voy a tomar un atajo por el monte hasta que hayamos dejado atrás a esa cristiana. Como no se conocen, podría preguntarme con quién ando asociado y adónde me dirijo.

—Así sea —dijo el acompañante—. Métete por el monte y deja que yo siga por el camino.

Por consiguiente, el joven se desvió. Pero se daba maña para ir observando al compañero, que prosiguió tranquilamente hasta que estuvo a pocos pasos de la vieja señora. Mientras tanto, ella avanzaba como mejor podía, con inusitada rapidez para tratarse de una mujer de tanta edad y mascullando palabras indistintas —una oración, sin duda— al andar. El caminante levantó el bastón y le tocó la nuca marchita con lo que parecía la cola de la serpiente.

—¡El demonio! —chilló la vieja beata.

—¿De modo que la tía Cloyse reconoce a su viejo amigo? —inquirió el viajero, poniéndosele enfrente y apoyándose en el palo retorcido.

—¡Ah, cómo no! ¿Pero efectivamente se trata de su señoría? —exclamó la buena mujer—. Sí, claro, y a imagen y semejanza de mi viejo compinche Goodman Brown, el abuelo del tonto que ahora lleva el nombre. Pero, ¿lo creería su señoría?, mi escoba desapareció como por ensalmo, sospecho que robada por esa bruja sin colgar de la tía Cory, y eso cuando además yo andaba toda unguida de jugo de cañarejo, y de cincoenrama, y de acónito...

—Majado todo con trigo menudo y con la grasa de un recién nacido —dijo la aparición del viejo Goodman Brown.

—¡Ah, su señoría conoce la receta! —exclamó la anciana, soltando un cacareo—. Así que, como venía diciendo, estando lista para la reunión, y sin caballo, me decidí a recorrer a pie todo el camino. Porque me dicen que esta noche vamos a admitir en comunión a un agradable jovencito. Pero ahora su atenta señoría me va a dar el brazo y estaremos allí en un abrir y cerrar de ojos.

—A duras penas puede ser —contestó su amigo—. No puedo ofrecerle mi brazo, tía Cloyse. Pero aquí tiene mi bastón si lo desea.

Diciendo esto lo arrojó a los pies de la vieja; en donde acaso cobró vida, pues se trataba de uno de los báculos que en tiempos pasados el dueño les facilitara a los magos de Egipto. Sin embargo, Goodman Brown no pudo tomar conocimiento de este hecho. La sorpresa lo había hecho alzar la vista al cielo. Y cuando otra vez bajó los ojos no vio a la tía Cloyse ni al bastón serpentino, sino a su compañero, solo y esperándolo tan tranquilo como si nada hubiera sucedido.

—Esa anciana me enseñó el catecismo —dijo el joven.

Y había todo un mundo de significación en este escueto comentario.

Siguieron andando mientras el mayor exhortaba al otro a que fuera más rápido y a que perseverara en el camino, arguyendo con tanta habilidad que sus razonamientos parecían brotar del pecho de su oyente más bien que sugeridos por él mismo. Arrancó de pasada una rama de arce que le sirviera de bastón y comenzó a despojarla de tallos y retoños, humedecidos por el rocío vespertino. Cuando sus dedos los tocaban, se ajaban de modo singular y se secaban como si hubieran recibido una semana de sol. Y así, a buen paso y sin obstáculos, prosiguió la pareja hasta que, de pronto, en una oscura hondonada del camino, Goodman Brown se sentó en el tocón de un árbol y se negó a seguir adelante.

—Amigo —dijo tercamente—, ya lo he decidido: no voy a dar un paso más en estas andanzas. Qué importa que una vieja desgraciada prefiera irse al diablo cuando yo

pensaba que iba a ir al cielo. ¿Es esa una razón para que yo abandone a mi querida Fe y la siga a ella?

—Con el tiempo vas a pensar mejor sobre todo esto —dijo serenamente el conocido—. Quédate aquí sentado y descansa un rato. Y cuando tengas ganas de moverte otra vez, aquí está mi bastón para ayudarte en el camino.

Sin más palabras le arrojó al compañero el palo de arce y se perdió de vista velozmente, como si se hubiera esfumado en las tinieblas cada vez mas densas. El joven permaneció sentado un rato a la vera del camino, felicitándose fervorosamente y pensando en la limpia conciencia con que le haría frente al pastor en su paseo matinal y en que no tendría que rehuir la mirada del buen diácono Gookin. ¡Y qué sueño apacible sería el suyo aquella misma noche, que antes iba a emplear malignamente, pero tan pura y dulcemente ahora en los brazos de Fe! Estando absorto en tan placenteras y encomiables meditaciones, Goodman Brown escuchó trancos de caballos por el camino y consideró prudente esconderse en la orilla del bosque, sabedor del culpable propósito que lo había traído hasta ese lugar, aunque ya lo había abandonado felizmente.

Hasta él llegaron el ruido de los cascos y el de las graves y cascadas voces de dos jinetes que charlaban despreocupadamente mientras se iban acercando. Estos sonidos varios parecieron pasar a unos cuantos pasos del escondite del joven.

Pero, sin duda debido a la espesura de la oscuridad en aquel paraje singular, no se vieron los viajeros ni sus bestias. Si bien rozaron con el cuerpo las bajas frondas que bordeaban el camino, no pudo verse que interceptaran ni por un instante el tenue resplandor que provenía de la franja

de cielo contra la cual habían debido recortarse. Goodman Brown se acurrucó y se empinó por turnos, apartando las ramas y asomando la cabeza hasta donde se atrevió, sin discernir una sombra siquiera. Esto lo inquietó aún más, porque podría haber jurado que, si tal cosa fuera posible, había reconocido las voces del pastor y el diácono Gookin, quienes cabalgaban a trote corto, en calma, como solían hacer cuando iban rumbo a una ordenación o un concilio de iglesias. Mientras estaban todavía al alcance del oído, uno de los jinetes se detuvo a sacar una fusta.

—De las dos, su reverencia—dijo la voz parecida a la del diácono—, preferiría perderme la cena de ordenación y no la reunión de esta noche. Dicen que algunos miembros de nuestra comunidad van a venir de Falmouth y más lejos, y otros de Connecticut y Rhode Island, aparte de varios indios hechiceros que, a su manera, saben tanto de artes diabólicas como los mejores de los nuestros. Además, hay una joven de buenas aptitudes que vamos a admitir en comunión.

—¡Excelente, diácono Gookin! —respondió el timbre solemne y cascado del pastor—. Piquemos las espuelas o llegaremos tarde. No puede hacerse nada, ya lo sabes, hasta que yo no esté sobre el terreno.

Se escuchó otra vez el ruido de los cascos. Y las voces que tan extrañamente conversaban en el aire vacío siguieron bosque adentro, en donde nunca se había congregado iglesia alguna o había rezado ningún cristiano solitario. ¿Adónde entonces podían dirigirse estos hombres de Dios, en las entrañas de la selva pagana?

A punto de irse al suelo, desfalleciente y agobiado por un infinito malestar del corazón, el joven Goodman Brown tuvo que agarrarse a un árbol para sostenerse.

Alzó la vista al firmamento, dudando si en realidad había un cielo sobre su cabeza. Sin embargo, allá estaba la bóveda azul; y los luceros titilando en ella.

—Con el cielo arriba y con Fe en la tierra seguiré firme contra el demonio! —gritó Goodman Brown.

En tanto que miraba fijamente la profunda bóveda celeste con las manos levantadas para orar, una nube, a pesar de que el viento no soplaba, cubrió el cenit rápidamente y ocultó las estrellas que lo iluminaban. Todavía se veía el cielo azul, excepto en la zona que quedaba directamente arriba, por donde la masa nubosa surcaba veloz con dirección al norte. Desde los aires, como viniendo de las profundidades de la nube, descendía un sonido de voces equívoco y confuso. Por un instante él creyó distinguir los acentos de gentes de su pueblo, hombres y mujeres, unos píos y otros profanos, con muchos de los cuales se había encontrado en la mesa de la santa cena mientras a otros los había visto de farra en la taberna. Tan indistintos eran los sonidos, que al momento dudó haber oído otra cosa que el murmullo del viejo bosque, susurrando sin viento. Pero otra vez cobraron fuerza aquellos tonos familiares que escuchaba a diario bajo el sol de la aldea de Salem, mas nunca hasta el presente procedentes de una nube de sombras. Había una voz, la de una joven, que profería lamentos, aunque lo hacía con una pena incierta, y que imploraba alguna merced que acaso le afligiría obtener; mientras la turba invisible, justos y pecadores, parecía alentarla a que siguiera adelante.

—¡Fe! —exclamó Goodman Brown, con un grito de agonia y desesperación; y los ecos del bosque lo imitaron, gritando «¡Fe, Fe!» como si un coro de infelices anduviera perplejo buscándola por todos los rincones de la espesura.

El alarido de terror, furia y congoja hendía la noche mientras el desdichado esposo contenía el aliento esperando respuesta. Se escuchó un grito, de inmediato ahogado por un recrudecer del vocerío, que se fue apagando en medio de remotas carcajadas a medida que la nube se perdía en lontananza, dejando el cielo claro y silencioso sobre Goodman Brown. Pero algo liviano cayó revoloteando por el aire y se enganchó en la rama de un árbol. El joven lo tomó y se encontró con una cinta rosa.

—¡Mi Fe se ha ido! —gimió, tras un momento de estupefacción—. No existe el bien sobre la tierra. Y el pecado es sólo un nombre. Ven pues, demonio; ya que este mundo a ti te ha sido adjudicado.

Y enloquecido de desesperación, de tal manera que estuvo riendo en voz alta un largo rato, Goodman Brown agarró el bastón y partió otra vez, con tal velocidad que parecía volar sobre el camino más bien que andar o que correr. La senda se fue haciendo cada vez más agreste y más tétrica y su trazo cada vez más borroso, hasta que desapareció del todo, abandonándolo en las entrañas de la selva oscura. Pero él siguió adelante, propulsado vertiginosamente por el instinto que guía a los hombres hacia el mal. El bosque todo estaba poblado de sonidos horriblos: crujidos de los árboles, aullidos de fieras, ululares de indios; mientras que a ratos el viento tañía como la campana de una iglesia lejana y a ratos envolvía al viajero en un rugido penetrante, como si la naturaleza en pleno se burlara de él. Pero él mismo era el horror principal de esta escena y no se amilanaba con los demás horrores.

—¡Ja, ja ja! —estallaba estrepitosamente Goodman Brown cuando el viento se reía de él—. Vamos a ver quién ríe más fuerte. No creas que vas a asustarme con tus ar-

tes satánicas. ¡Vengan brujas, vengan magos, vengan indios hechiceros, venga hasta el diablo mismo, que aquí viene Goodman Brown! ¡No hay razón para que no le teman tanto cómo él les teme a ustedes!

Ciertamente, en todo el bosque encantado no podía haber nada más aterrador que el espectáculo de Goodman Brown. Volaba entre los negros pinos blandiendo el bastón con ademanes de locura, ya dando rienda suelta a una andanada de blasfemias horribles, ya profiriendo risotadas que hacían que todos los ecos de la selva rompieran a reír como demonios a su alrededor. El Maligno en persona es menos espantoso que cuando rabia en el pecho de un hombre. Y así el endemoniado siguió su veloz curso, hasta que, temblorosa a través del follaje, divisó al frente una luz roja, como cuando los troncos y las ramazones de los árboles talados de un desmonte son pasto de las llamas y arrojan contra el cielo un fulgor espectral a la hora de la medianoche. Se detuvo, aprovechando que amainaba la tormenta que lo había impelido, y escuchó elevarse el canto de lo que parecía ser un himno, cuyas cadencias majestuosas venían desde lejos con el peso de numerosas voces. El conocía la música; el coro del templo de la aldea la entonaba con frecuencia. Los ecos de la letra se iban extinguiendo con cierta pesadez y fueron prolongados por otro coro, no de voces humanas, sino de todos los sonidos de la naturaleza anohecida, que tronaron a un tiempo en atroz armonía. Goodman Brown lanzó un grito que se perdió para su propio oído, pues lo hizo al unísono con este grito de la selva.

Enseguida, durante la pausa de silencio, se adelantó furtivamente hasta que el resplandor pegó de lleno en sus ojos. En un extremo del claro, enmarcado por la ne-

gra muralla del bosque, se levantaba una roca que tenía cierto parecido tosco y natural con un altar o un púlpito. Estaba rodeada por cuatro pinos llameantes, los copos encendidos, los troncos intactos, como los cirios de un oficio nocturno. La fronda que cubría la cima de la roca ardía toda, hiriendo la noche con altas llamaradas y alumbrando caprichosamente el descampado entero. Cada gajo colgante, cada festón de hojas estaba envuelto en llamas. Al ritmo que crecía o se atenuaba la refulgencia roja, una nutrida congregación se iluminaba, desaparecía entre las sombras y resurgía, por así decirlo, de las tinieblas, poblando en el acto el corazón del bosque solitario.

—Solemne compañía ataviada de negro —se dijo Goodman Brown.

Esto era cierto. Allí, fluctuando ya más cerca, ya más lejos, entre el resplandor y la penumbra, aparecían rostros que al día siguiente se verían en el Consejo Provincial y otros que, domingo tras domingo, desde los más sagrados pulpitos de la comarca dirigían con devoción la vista al cielo y con benignidad a los bancos atestados de fieles. Hay quienes aseguran que la señora del Gobernador estuvo allí. Al menos vinieron altas damas muy cercanas a ella; y las mujeres de maridos ilustres; y viudas, en gran cantidad; y vetustas solteronas, todas de intachable reputación; y bellas jovencitas que temblaban por miedo a que sus madres alcanzaran a verlas. O bien los súbitos relámpagos que cintilaban sobre el campo oscuro deslumbraron a Goodman Brown, o él reconoció a una veintena de miembros de la Iglesia de la aldea de Salem famosos por su extraordinaria santidad. El viejo y bueno del diácono Gookin había llegado y aguardaba al lado de ese santo venerable, su pastor respetado. Pero en aso-

ciación irreverente con estas personas graves, honestas y devotas, estos patriarcas de la Iglesia, estas castas damas y estas vírgenes puras, había hombres de vida disoluta y mujeres de honra mancillada, desdichados entregados a todo vicio ruin e inmundo, e incluso sospechosos de crímenes horrendos. Era extraño ver cómo los buenos no esquivaban a los malos, cómo los pecadores no sentían vergüenza de los santos. Dispersos entre sus enemigos carapálidas estaban también los sacerdotes indios o chamanes, que tantas veces habían sembrado el pánico en su bosque nativo con conjuros más terribles que cualquiera de los conocidos por la brujería de Inglaterra.

—¿Pero dónde está Fe? —pensaba Goodman Brown, estremeciéndose a medida que el corazón se le llenaba de esperanza.

Se elevó otro verso del himno, una melodía lenta y pesarosa, de esas que aman los beatos, pero acoplada a palabras que expresaban todo lo que nuestra naturaleza puede concebir sobre el pecado y que insinuaban turbiamente mucho más. Insondable para los simples mortales es el saber de los espíritus del mal.

Se cantaba un verso tras otro y el coro de la selva seguía elevándose en las pausas como la nota más profunda de un poderoso órgano. Y con la última cadencia de aquel himno horripilante se elevó un estridor, como si el viento que rugía, las aguas que corrían a chorros, las fieras que aullaban y todas las voces del desconcierto de la selva se mezclaran y armonizaran con la voz del hombre culpable en homenaje al Príncipe de todos. Los cuatro pinos encendidos despidieron una llama más alta y alumbraron vagos rostros y figuras monstruosas remontadas

en las espirales de humo que se cernían sobre la sacrílega asamblea.

En el mismo momento el fuego de la roca se avivó con rojos estallidos y formó un arco incandescente sobre su superficie, en donde ahora aparecía una silueta. Dicho sea con la debida reverencia, ésta tenía un parecido no muy leve, tanto en las vestiduras como en el porte, con la de algún importante clérigo de las iglesias de Nueva Inglaterra.

—¡Traed a los conversos! —gritó un vozarrón que retumbó en el claro y cuyos ecos se perdieron en el bosque.

Al escuchar la orden, Goodman Brown abandonó las sombras y se acercó a la congregación, hacia la cual sentía una repugnante fraternidad, por concordancia de todo lo que en su corazón era perverso. Casi podría haber jurado que la aparición de su difunto padre le hacía señas para que avanzara, mirándolo desde una vedija de humo, mientras que una mujer con desvaído gesto de desesperación extendía la mano para prevenirlo. ¿Era su madre? Pero él no tuvo fuerzas para retroceder un solo paso, ni para resistirse, aun de pensamiento, cuando el pastor y el buen diácono Gookin lo tomaron de los brazos y lo condujeron a la roca incendiada. Allí llegó también la esbelta figura de una mujer cubierta con un velo, arrastrada entre la tía Cloyse, aquella pía maestra de catecismo, y Martha Carrier, a quien el diablo le había prometido el trono del infierno, bruja desvergonzada como era. Los prosélitos fueron ubicados bajo la cúpula de fuego.

—Bienvenidos, hijos míos —dijo la aparición misteriosa—, a la comunión de vuestra raza. Habéis descubierto, así tan jóvenes, vuestra naturaleza y vuestro destino. Hijos míos, mirad tras de vosotros.

Se volvieron y contemplaron a los adoradores del demonio, que con un fognazo, por así decirlo, aparecieron retratados contra una cortina de candela. En cada rostro fulguraba una siniestra sonrisa de saludo.

—Allí —prosiguió la figura renegrida— están todos los que habéis venerado desde niños. Los consideraréis más santos que vosotros y aborrecéis vuestro pecado, poniéndolo en contraste con sus vidas de rectitud y de devotas aspiraciones celestiales. Sin embargo, aquí están todos en mi asamblea de adoradores. Esta noche os será permitido conocer sus actos secretos: cómo han susurrado los ancianos de la Iglesia, tras sus barbas blanquecinas, palabras de lujuria a las doncellas de sus casas; cómo, ávida de luto, más de una mujer le ha dado a su marido un bebedizo a la hora de acostarse y ha dejado que duerma el postrer sueño en su regazo; cómo se han dado prisa algunos jóvenes imberbes para heredar las fortunas de sus padres; y cómo las lindas damiselas —no os ruboricéis, dulces muchachas— han cavado pequeñas tumbas en el jardín y me han convidado, como único invitado, al funeral de una criatura. Por la simpatía que hacia el pecado sienten vuestros corazones humanos, rastrearéis todos los lugares, bien sea la iglesia, la alcoba, la calle, el campo o el bosque, en donde el crimen ha sido perpetrado; y os regocijaréis al ver que el mundo entero es una mácula de culpa, una descomunal mancha de sangre. Mucho más que esto: os será dado columbrar en cada pecho el profundo misterio del pecado, la fuente de todas las artes malignas, la cual genera de modo inagotable tal cantidad de malvados impulsos, que ni el poder humano ni mi suma potencia serían capaces de convertirlos en acciones. Y ahora, hijos míos, miraos uno a otro.

Así lo hicieron. Y bajo el resplandor de las antorchas infernales el desgraciado joven descubrió a su Fe, y ella a su marido, estremecidos ante aquel altar profano.

—¡Mirad! Ahí estáis, hijos míos —dijo la aparición con tonos hondos y solemnes, casi tristes en su desconsolada atrocidad, como si su antigua naturaleza angélica todavía pudiera llorar por nuestra raza abyecta—. Confiando en vuestros respectivos corazones, todavía esperabais que la virtud no fuera sólo un sueño. Ahora habéis salido del engaño. El mal es la naturaleza de la humanidad. El mal ha de ser vuestra única dicha. Otra vez bienvenidos, hijos míos, a la comunión de vuestra raza.

—¡Bienvenidos! —corearon los adoradores del Maligno, con un grito de desesperación y de victoria.

Y allí seguían ellos, los dos únicos, según parecía, que todavía vacilaban al borde de la perversidad en este mundo tenebroso. Labrada en la roca había una pila natural. ¿Contenía agua, enrojecida por la luz espectral? ¿O sangre? ¿O acaso fuego líquido? Allí introdujo la mano la aparición del mal, preparándose para imponerles en la frente la señal del bautismo de modo que pudieran compartir el misterio del pecado y fueran más conscientes de la culpa secreta de los otros, tanto de obra como de pensamiento más de lo que por su propia cuenta podían ser ahora. El marido dirigió una mirada a la pálida esposa; y Fe lo miró a él. Otra mirada, y se verían como corruptos infelices, temblando tanto por lo que revelaban como por lo que descubrían.

—¡Fe, Fe! —gritó el esposo—. ¡Mira hacia el cielo y repudia al maligno! No supo si Fe obedeció. Acabando de hablar se encontró en medio de la noche tranquila y de la soledad, escuchando el bramido del viento que se iba ex-

tinguiendo por el bosque. Tambaleándose, tropezó con la roca, que estaba fría y húmeda. Una ramita que colgaba y que había estado ardiendo le salpicó la mejilla con el rocío más helado.

Al otro día el joven Goodman Brown entró despacio por la calle de la aldea de Salem, mirando con asombro en derredor como un hombre perplejo. El anciano pastor, que daba un paseo por el cementerio haciendo apetito para el desayuno y preparando el sermón, le concedió una bendición cuando lo vio pasar. Goodman Brown huyó del venerable santo como evitando un anatema. El viejo diácono Gookin se encontraba enfrascado en el culto doméstico y las sagradas palabras de sus rezos se escuchaban salir por la ventana.

—¿A qué deidad rezará el brujo? —se preguntó Goodman Brown.

La tía Cloyse, esa eximia cristiana de antaño, disfrutaba del sol tempranero ante la verja de su casa, catequizando a una niñita que le había traído una pinta de leche ordeñada esa mañana. Goodman Brown arrebató a la niña de su sitio como si la librara de las garras del Maligno. Al doblar la esquina del templo divisó la cabeza de Fe, con las cintas rosadas, que atisbaba de lejos con ansiedad y que prorrumpió en tal alegría de verlo, que salió disparada por la calle y casi besa a su marido frente a toda la aldea. Pero Goodman Brown la miró a la cara con severidad y con tristeza y pasó de largo, sin siquiera un saludo.

¿Se había quedado dormido Goodman Brown en el bosque y tan sólo tuvo un sueño turbulento sobre un aquelarre?

Que así sea, si usted quiere. Pero ¡ay! fue un sueño de mal augurio para el joven Goodman Brown. En efecto, a

partir de esa noche del sueño pavoroso se convirtió en un hombre inflexible, triste, meditabundo y desconfiado, si no desesperado. En el día domingo, cuando la congregación entonaba un salmo sagrado, no podía escuchar porque un ensordecedor himno de pecado se agolpaba en sus oídos y sofocaba por completo los acordes benditos. Cuando el pastor predicaba desde el púlpito con vigor y febril elocuencia y, con la mano en la Biblia abierta, hablaba de las verdades sagradas de nuestra religión, de vidas santas y de muertes triunfantes, de la dicha futura o la infelicidad inexpresable, entonces Goodman Brown se ponía lívido, temeroso de que el techo se fuera a desplomar sobre el viejo blasfemo y sus oyentes. Con frecuencia, despertando de pronto a medianoche, se apartaba del regazo de Fe. Y de mañana o al atardecer cuando la familia se arrodillaba en oración, fruncía el ceño y murmuraba para sí, miraba con severidad a su mujer y volvía la cabeza. Y cuando hubo vivido largos años y su blanco cadáver fue llevado a la tumba, seguido por Fe, una mujer envejecida, y por hijos y nietos, un cortejo nutrido sin contar los vecinos, que no eran pocos, no esculpieron en su lápida ningún versículo de esperanza, ya que la hora de su muerte fue sombría.

ETHAN BRAND

BARTRAM el calero, un hombre rudo, corpulento y tiznado de carbón, vigilaba el horno a la caída de la noche y su pequeño hijo jugaba a hacer casas con trozos sueltos de mármol, cuando escucharon falda abajo una risa estentórea, no jubilosa sino lenta e inclusive solemne, como si el viento sacudiera las ramas del bosque.

—¿Qué es eso, padre?—preguntó el niño, dejando el fuego para buscar refugio en las rodillas de su progenitor.

—Oh, algún borracho, me figuro—respondió el calero—. Algún achispado que no se atrevió a reírse bien duro dentro de la taberna por miedo de ir a volar el techo. De modo que ahí está, feliz desternillándose al pie del Graylock.

—Pero, padre—insistió el niño, más sensible que el obtuso y no tan joven bromista—, él no se ríe como alguien contento. Ese ruido me asusta.

—¡No seas tonto, niño!—gritó con aspereza el padre—. Nunca serás un hombre, ya lo creo. Has salido a tu madre

en muchas cosas; he visto cómo te hace dar un bote el roce de una hoja. ¡Escucha! Ahí viene el borrachín. Ya vas a ver que no hace daño.

Bartram y el niño hablaban frente al mismo horno que fuera el escenario de la solitaria y meditativa vida de Ethan Brand antes de que partiera en busca del pecado imperdonable. Como hemos visto, habían pasado muchos años desde la ominosa noche cuando por vez primera concibió la idea. Sin embargo, el horno seguía incólume en la ladera y en nada había cambiado desde que éste arrojara sus negros pensamientos en las candentes ascuas del crisol, fundiéndolos, por así decirlo, en la sola noción que se adueñó de su existencia. Se trataba de una estructura burda, redonda y semejante a una pesada torre de unos siete metros de altura, edificada con pedruscos y rodeada por un terraplén en casi toda su circunferencia, de modo que los bloques y pedazos de mármol se pudieran traer a carretadas para ser arrojados desde arriba. En la base había una abertura, similar a la boca de una estufa pero lo suficientemente alta como para que entrara un hombre agachado y dotada de una puerta de hierro macizo que parecía dar ingreso al interior del cerro. Con el humo y los chorros de fuego que escapaban por sus grietas y hendiduras, se asemejaba más que nada a la entrada secreta de las regiones infernales que los pastores de las Montañas Deleitosas solían enseñar al peregrino.

En aquella comarca hay muchas de estas caleras, levantadas con el fin de calcinar el mármol blanco que compone gran parte del material de las montañas. Algunas, construidas hace años y hace tiempo abandonadas, plagadas de malezas que crecen en el ruedo vacío del interior y de hierbas y flores silvestres que hunden las raíces

en las grietas de las piedras, parecen ya reliquias de la antigüedad; y aún así podrá cubrir las el liquen de siglos por venir. Otras, cuyo fuego el calero todavía alimenta día y noche, proporcionan lugares de interés al visitante de estos cerros, quien se sienta en un leño o en un trozo de mármol a charlar con aquel personaje apartado. Esta es una ocupación solitaria y, cuando el individuo es propenso a pensar, puede mover a intensas reflexiones; como se comprobó en el caso de Ethan Brand, quien meditara con tan raro propósito, en días ya pasados, mientras ardía el fuego en este mismo horno.

El hombre que a la sazón cuidaba el fuego era de otra índole y no se apuraba con ningún pensamiento, salvo con los poquísimos indispensables en su oficio. A intervalos frecuentes abría de golpe la pesada y sonora puerta de hierro y, apartando la cara del resplandor intolerable, arrojaba adentro enormes leños de roble o removía con una pértiga los inmensos tizones. En el interior del horno se veían las llamas encrespadas y tumultuosas y el mármol en cocción, casi fundido por la violencia del calor; mientras afuera el reflejo del fuego reverberaba en la oscura maraña del bosque y presentaba en primer plano, ante una clara y rojiza miniatura de la cabaña y el manantial junto a la puerta, la figura atlética y tiznada del calero y la del niño medio amilanado que se encogía bajo la protección de la sombra paterna. Cuando otra vez se cerraba la puerta de hierro, entonces resurgía la blanda luz de la media luna, que en vano porfiaba por delinear los perfiles borrosos de las montañas circundantes. Alto en el cielo se veía una fugaz congregación de nubes, aún teñida levemente del rosado crepúsculo, aunque aquí abajo cerca del valle la luz del sol se había disipado hacía ratos.

El niño se arrimó más al padre cuando se oyeron pasos subiendo la cuesta. Una figura humana apartó el tupido matorral bajo los árboles.

—¡Eh, quién vive!—llamó el calero, irritado con la timidez del hijo pero en parte contagiado de ella—. ¡Salga y déjese ver como un hombre, si no desea que le tire a la cabeza este trozo de mármol!

—Me ofrece usted una ruda bienvenida—dijo una voz lóbrega a medida que el desconocido se acercaba—. Sin embargo, no pido ni deseo una más amable, aun junto a mi propio fuego.

Para verlo con más claridad Bartram abrió la puerta de la calera. Brotó al instante una violenta ráfaga de luz que dio de lleno contra el rostro y la figura del forastero. Para un observador descuidado no habría nada notable en su aspecto, que era el de un hombre alto y delgado en un terno marrón, burdo y de hechura rústica, con el bastón y los gruesos zapatos de los caminantes. Al avanzar no apartaba los ojos, que eran muy brillantes, del fulgor del horno, como si viera o esperara ver allí dentro algún objeto digno de atención.

—Buenas noches, forastero —dijo Bartram—. ¿De dónde viene, ya tan tarde?

—Regreso de mi búsqueda—respondió el caminante—; ya que, por fin, ha concluido.

—Borracho o loco —murmuró el calero para sí—. Voy a tener problemas con este sujeto. Tanto mejor cuanto más rápido lo aleje.

El niño, todo tembloroso, le rogaba al padre entre susurros que cerrara la puerta del horno para que no saliera tanta luz; porque en el rostro de ese hombre había algo que lo asustaba pero que no podía dejar de mirar. En

efecto, hasta el lerdo entendimiento del calero empezó a sentirse impresionado por algo indescriptible en aquel semblante enjuto, áspero y pensativo, el pelo encanecido colgando desgreñado alrededor, y esos ojos hundidos muy adentro que destellaban como hogueras a la entrada de una cueva misteriosa. Sin embargo, cuando Bartram fue a cerrar la puerta el forastero se dirigió a él y le habló en un tono tranquilo y natural que le hizo pensar que al fin y al cabo se trataba de una persona cuerda y razonable.

—Veo que ya termina su tarea—dijo—. Este mármol lleva cociéndose tres días. En pocas horas la piedra será cal.

—¿Cómo? ¿Quién es usted? —exclamó el calero—. Parece que conoce mi oficio tanto como yo.

—Tengo por qué hacerlo—contestó el forastero—, pues yo me dedicaba a lo mismo hace bastantes años; y aquí, además, en este mismo sitio. Pero usted es nuevo por estos lados. ¿Alguna vez oyó hablar de Ethan Brand?

—¿El hombre que partió en busca del pecado imperdonable?—preguntó Bartram, con una carcajada.

—El mismo—contestó el forastero—. Encontró ya lo que buscaba y por lo tanto ha vuelto.

—¡Qué! ¿Entonces usted es Ethan Brand en persona? —exclamó el calero con sorpresa. Como dice, soy nuevo aquí y cuentan que han pasado ya dieciocho años desde que usted dejó las faldas del Graylock. Pero, se lo aseguro, allá en el pueblo las buenas gentes todavía hablan de Ethan Brand y del curioso empeño que lo alejó de la calera. Bueno, ¿de modo que encontró el pecado imperdonable?

—Cómo no—dijo serenamente el forastero.

—Si no es mucha imprudencia—prosiguió Bartram—, ¿en dónde sería?

—Aquí—respondió Ethan Brand, poniéndose el dedo en el corazón.

Entonces, sin alegría en la expresión, más bien como si se sintiera conmovido por un reconocimiento involuntario del infinito absurdo que fue buscar por todo el mundo la cosa más cercana y escudriñar todos los corazones, salvo el suyo, tras de lo que no estaba oculto en otro pecho, soltó una risotada desdeñosa. Era la misma risa lenta y grave que casi había pasmado al calero cuando anunció el arribo del caminante.

La desierta ladera se entristeció con ella. La risa, cuando está fuera de tiempo o de lugar, bien puede ser la más terrible inflexión de la voz humana. La risa de un durmiente, así sea la de un niño, la risa de un loco, la risa descompuesta y estridente de un idiota de nacimiento, son sonidos que a veces nos ponen a temblar y que siempre olvidaríamos de buen grado. Los poetas no han imaginado para los demonios o los duendes una expresión más atrocemente propia que la risa. Hasta al rudo calero se le crisparon los nervios al ver cómo este hombre se examinaba el corazón y prorrumpía en una risa que se fue extinguendo entre las sombras y que repercutió confusamente en las colinas.

—Joe—le dijo a su pequeño hijo—, corre a la taberna del pueblo y cuéntales a los juerguistas que Ethan Brand que encontró el pecado imperdonable.

El niño voló a llevar el recado, a lo que Ethan Brand no hizo objeción. Ni siquiera pareció notarlo. Se sentó en un leño, mirando con fijeza la puerta del horno. Cuando el niño se perdió de vista y dejaron de oírse sus veloces y livianos pasos, que pisaron primero las hojas caídas y luego el sendero pedregoso que bajaba la montaña, el calero

empezó a lamentar su partida. Se dio cuenta de que la presencia del niño servía de barrera entre el huésped y él y de que ahora tendría que habérselas de corazón a corazón con un hombre que, según su propia confesión, había cometido el único crimen hacia el cual el cielo no puede mostrar clemencia alguna. Aquel crimen, en su vaga negrura, parecía ensombrecerlo. Los propios pecados del calero resucitaron en su fuero interno y alborotaron su memoria con un tropel de imágenes malignas emparentadas con el pecado primordial, fuera este lo que fuera, cuya ambición y concepción estaban al alcance de la corrupta naturaleza humana. Todos componían una misma familia; iban y venían entre su pecho y el de Ethan Brand y llevaban siniestros saludos de uno a otro.

Entonces Bartram recordó las anécdotas, tradicionales ya, respecto a este hombre que se le había aparecido por sorpresa como una sombra de la noche y que ahora se ponía cómodo en su antigua morada, después de una ausencia tan prolongada que los muertos, muertos y enterrados hacía tiempo, habrían tenido más derecho que él a estar en casa en cualquier paraje frecuentado en vida. Ethan Brand, decían, había departido con el propio Satanás bajo el grotesco resplandor de ese horno. Hasta aquí la leyenda había sido causa de regocijo, pero ahora parecía espeluznante. Según la fábula, antes de partir en su cometido Ethan Brand acostumbraba invocar noche tras noche a un demonio del ígneo crisol de la calera, para tratar con él acerca del pecado imperdonable; empeñados el hombre y el demonio en formular la idea de algún tipo de culpa que no pudiera ser expiada o perdonada. Cuando el primer rayo de sol alumbraba la cumbre del monte, el demonio se escurría por la puerta de hierro para esperar

allí, en el vivísimo elemento del fuego, mientras era llamado a tomar parte en la espantosa empresa de extender la posible culpa del hombre más allá del alcance de la por lo demás infinita clemencia celestial.

Mientras el calero luchaba contra el horror de estos pensamientos, Ethan Brand se levantó del leño y abrió la puerta del horno. Tan concordante era esta acción con la idea que Bartram tenía en mente, que éste casi esperó ver salir al Maligno, al rojo vivo, del horno crepitante.

—¡Espere, espere! —gritó, emitiendo una risa entrecortada, pues sentía vergüenza de sus miedos, aunque lo dominaban—. ¡Por favor, no haga salir su diablo ahora!

—¡Hombre! —le respondió severamente Ethan Brand—. ¿Qué necesidad tengo yo del diablo? Lo dejé atrás, sobre mi pista. El se ocupa con los que pecan a medias, como usted. No tema que abra la puerta. Obro impulsado por la vieja costumbre y apenas voy a avivar el fuego, como el calero que una vez fui.

Atizó las enormes brasas, echó más leña y se inclinó para asomarse a la hueca prisión de la candela, a pesar del feroz reverbero que le teñía de rojo el rostro. El calero lo observaba y medio sospechaba que el raro huésped tenía el propósito, si no de invocar a un demonio, al menos de lanzarse a las llamas en persona y así esfumarse de la vista de la humanidad. Ethan Brand, sin embargo, retrocedió con calma y cerró la puerta.

—He escrutado —dijo— más de un corazón humano que ardía de pasiones pecadoras siete veces más recio que este crisol de fuego. Pero no encontré allí lo que buscaba. No, al menos no el pecado imperdonable.

—¿Qué es el pecado imperdonable?—preguntó el calero, aunque alejándose aún más de su interlocutor por miedo a que respondiera la pregunta.

—Es un pecado que creció en mi propio pecho —respondió Ethan Brand, irguiéndose con el orgullo que distingue a los entusiastas de su laya—; un pecado que no germinó en ningún otro sitio. El pecado de una inteligencia que triunfó sobre los sentimientos de hermandad con los hombres y de respeto a Dios, y que lo sacrificó todo en aras de sus poderosas exigencias. El único pecado que merece la recompensa del tormento eterno. Si fuera a cometerlo otra vez, incurriría en la culpa con plena libertad; y acepto el justo castigo sin vacilaciones.

—El hombre ha perdido la cabeza—murmuró entre dientes el calero—. Puede ser pecador como todos nosotros, nada más probable. Pero, lo juro, es un loco también.

Con todo, se sentía incómodo en esta situación, a solas con Ethan Brand en la montaña agreste. Y se puso feliz de oír el ronco murmullo de las voces y las pisadas de lo que parecía ser una partida bastante numerosa, cuyos integrantes tropezaban con las piedras y hacían crujir la maleza a su paso. Pronto apareció el regimiento de holgazanes que solía infestar la taberna del pueblo, incluyendo tres o cuatro individuos que desde la partida de Ethan Brand habían pasado todos los inviernos bebiendo ponche de ron junto a la chimenea del bar y todos los veranos fumando pipa bajo el porche. Soltando carcajadas y mezclando las voces en una cháchara informal, de pronto aparecieron a la luz de la luna y de los delgados rayos de lumbre que iluminaban el espacio despejado frente al horno. Bartram entreabrió la puerta, inundando el lugar de

claridad, de modo que el grupo tuviera una vista adecuada de Ethan Brand y él de ellos.

Allí, entre otros viejos conocidos, se hallaba un personaje, anteriormente ubicuo y ahora casi extinto, con quien en otros tiempos de seguro nos habríamos tropezado en el hotel de cada población floreciente del país: un empresario de teatro. El presente ejemplar era un hombre marchito, como curado al humo, la nariz roja en el rostro arrugado, vestido con una chaqueta parda de elegante factura, cola corta y botones de cobre. Quién sabe cuánto hacía que la cantina le servía de despacho y refugio; y todavía chupaba lo que parecía ser el cigarro que encendiera veinte años atrás. Gozaba de gran fama por sus chistes secos, aunque tal vez menos debido a su humor intrínseco que a cierto aroma de brandy y de humo de tabaco que impregnaba todas sus ideas y expresiones, además de su persona. Otro rostro, claro en el recuerdo aunque ahora cambiado en forma extraña, era el del abogado Giles, como por cortesía seguía llamándolo la gente; un pelagatos entrado en años, en mangas de camisa—por lo demás mugrosas—y calzones de estopa. Este pobre sujeto había sido abogado en los que él llamaba sus mejores años, un diestro picapleitos de mucha acogida entre los litigantes del pueblo. Pero el ron, la ginebra, el brandy y los cócteles, que ingería a todas horas, mañana, tarde y noche, lo habían hecho rodar del trabajo intelectual a varias clases y grados de trabajo corporal, hasta que al fin, para adoptar su propia expresión, resbaló en una cuba de jabón. En otras palabras, Giles era ahora un jabonero en pequeña escala. Llegó a ser el mero recorte de un ser humano, habiéndose cercenado parte de un pie con un hacha y arrancado una mano entera por causa del agarrón ende-

moniado de una máquina de vapor. No obstante, aunque la mano material se había ido, le quedó un miembro espiritual; ya que, extendiendo el muñón, Giles no dejaba de afirmar que sentía un pulgar y unos dedos fantasmas con una sensación tan viva como antes de que le fueran amputados los reales. Sería un miserable lisiado, pero, a pesar de todo, uno que el mundo no podía pisotear y no tenía derecho a despreciar, tanto en esta como en cualquier etapa previa de sus desventuras, puesto que conservó el coraje y los ánimos de un hombre, no pedía nada por caridad y con la única mano —la izquierda por añadidura— libraba una batalla decidida contra la necesidad y las adversidades.

Entre el gentío venía también otro personaje que, si bien se parecía en ciertos puntos al abogado Giles, exhibía muchos más de diferencia. Se trataba del médico del pueblo, un hombre de unos cincuenta años a quien ya presentamos haciendo una visita profesional a Ethan Brand durante la supuesta locura de este último. Se había convertido en un sujeto de rostro purpurino, grosero y brutal y, sin embargo, medio caballeroso. En su hablar y en todos sus gestos y modales había algo de arrebatado, ruina y desesperación. El brandy poseía a este hombre como un espíritu maligno y lo ponía tan arisco y salvaje como una fiera montaraz y tan miserable como un ánima en pena; pero se suponía que estaba dotado de una destreza tan maravillosa, de tales poderes naturales de curación, superiores a los que podía impartir la ciencia médica, que la sociedad le echó mano y no permitía que se hundiera fuera de su alcance. Así pues, balanceándose en el caballo y gruñendo con acentos espesos al pie del lecho, recorría leguas a la redonda visitando cada cuarto de en-

fermo en las poblaciones de aquellas montañas. A veces, como por milagro, levantaba a un moribundo. Y con igual frecuencia, no cabe duda, enviaba al paciente a una tumba cavada muchos años antes de lo debido. El doctor mordía una pipa perpetua que, como decía alguien aludiendo a su hábito de anclar soltando juramentos, mantenía prendida con chispas del infierno.

Los tres prohombres se adelantaron y cada uno a su manera saludó a Ethan Brand, brindándole con toda seriedad el contenido de una botella negra en la que, aseguraban, encontraría algo mucho más digno de buscarse que el pecado imperdonable. Ningún intelecto, elevado a un alto grado de entusiasmo por medio de la meditación intensa y solitaria, puede soportar la clase de contacto con modos vulgares y rastreros de pensar y sentir que se le presentaba a Ethan Brand. Lo hacía dudar —y, cosa rara, era una duda dolorosa— si de veras había encontrado el pecado imperdonable y si lo había encontrado en su interior. La cuestión por la que había agotado su vida entera, y aún más que la vida, parecía ser cosa de ilusión.

—Déjenme en paz —dijo con amargura—, bestias, que en eso se han convertido consumiendo sus almas con licores ardientes. Ya acabé con ustedes. Hace años de años que hurgué en sus corazones y no encontré allí nada para mi propósito. Ahora lárguense.

—¡Cómo, pícaro descortés! —bufó iracundo el médico—. ¿Es ese el modo de corresponder la gentileza de sus mejores amigos? Permita entonces que le diga la verdad. Usted no ha encontrado el pecado imperdonable más que aquel niño allí, Joe. Usted no es más que un loco, se lo dictaminé hace veinte años ni mejor ni peor que cualquier loco y digna compañía del viejo Humphrey, aquí presente.

Señaló con el dedo a un anciano zarrapastroso de pelo largo y blanco, rostro macilento y mirada insegura. Hacía algunos años que vagaba por los montes, preguntando por su hija a todos los viandantes que encontraba. La muchacha al parecer se había fugado con una compañía circense. De cuando en cuando llegaban al pueblo noticias de ella. Corrían bonitas historias sobre su rutilante aparición a lomo de caballo por la pista o ejecutando fantásticas proezas en la cuerda floja. El padre encanecido se acercó a Ethan Brand y lo escrutó con ojos vacilantes.

—Dicen que usted ha recorrido el orbe entero —dijo, retorciéndose con ansiedad las manos—. Tiene que haber visto a mi hija, porque ha logrado descollar en el mundo y todos van a verla. ¿Le envió a su viejo padre algún mensaje o dijo cuándo pensaba regresar?

Ethan Brand no pudo sostenerle la mirada. Aquella hija, de quien con tanta avidez anhelaba un saludo, era la Esther de nuestra historia, la misma joven que con intención tan fría y despiadada él había sometido a un experimento psicológico y cuya alma había devastado, absorbido y acaso aniquilado en el proceso.

Mientras ocurrían estas cosas, una animada escena tenía lugar en el área de la luz alegre, cerca del manantial y frente a la puerta de la cabaña. Un buen número de jóvenes del pueblo, muchachos y muchachas, habían subido la cuesta a toda prisa, impulsados por la curiosidad de ver a Ethan Brand, el héroe de tantas leyendas conocidas desde la infancia. Ahora bien, no habiendo encontrado nada notable en su persona—tan sólo un caminante tostado por el sol, de traje sencillo y zapatos polvorientos, que estaba sentado mirando al fuego como si viera imágenes entre los carbones —los muchachos pronto se

cansaron de observarlo. Dio la casualidad de que había a mano otra diversión. Un viejo judío alemán, que viajaba con un diorama a la espalda, pasaba rumbo al pueblo justo cuando el grupo se desvió del camino; y, con miras a ajustar las ganancias del día, el presentador los había seguido hasta la calera.

—¡Venga acá, viejo alemán! —llamó uno de los jóvenes—. Muéstrenos sus vistas, si es que puede jurar que valen la pena.

—Claro, capitán —contestó el judío, quien, fuera por cuestión de cortesía o de marrulla, llamaba «capitán» a todo el mundo—. Voy a mostrarles, ya lo creo, algunas vistas excelentes.

Así que, colocando la caja en posición correcta, invitó a los jóvenes a que miraran por los orificios del aparato y procedió a exhibir, como modelos de las bellas artes, una sucesión de los más chocantes garabatos y pintarrajos con los que nunca un artista itinerante tuviera el descaro de embaucar al corro de sus espectadores. Es más, los lienzos estaban raídos, deshilachados, llenos de quiebres y arrugas, manchados de humo de tabaco y, aparte de eso, en la más deplorable condición. Algunos pretendían representar ciudades, edificios públicos y ruinosos castillos europeos. Otros reproducían las batallas de Napoleón y los combates navales de Nelson. En medio de estos aparecía una mano gigantesca, morena y velluda—que podría haber sido tomada por la Mano del Destino, pero que en realidad pertenecía al presentador —señalando con el índice las variadas escenas del conflicto mientras su dueño aportaba explicaciones históricas. Cuando, tras mucho regocijo por la abominable ausencia de méritos, la exhibición se dio por terminada, el alemán le pidió al pe-

queño Joe que metiera la cabeza en la caja. Visto a través de los lentes de aumento el semblante redondo y sonrojado del niño asumía el más extraño aspecto que quepa imaginarse, el de un niño titánico, con la boca sonriendo ampliamente y los ojos y todas las facciones colmadas de alegría por la broma. De repente, empero, aquel rostro feliz palideció y su expresión pasó a ser de terror. Pues este niño fácilmente excitable se dio cuenta de que Ethan Brand le había clavado la mirada a través del vidrio.

—Asusta al niño, capitán —dijo el judío, enderezando el oscuro y anguloso perfil—. Pero mire otra vez que, por casualidad, tengo para mostrarle algo muy lindo, le doy mi palabra.

Ethan Brand se asomó a la caja por un instante y luego, retrocediendo bruscamente, se quedó mirando al alemán. ¿Qué vio? Nada, parece; pues un joven curioso que echó un vistazo casi al mismo tiempo sólo atisbó un pedazo de lienzo sin pintar.

—Ahora lo recuerdo a usted —murmuró Ethan Brand al artista.

—Ah, capitán —dijo en un cuchicheo el judío de Nuremberg, esbozando una sonrisa siniestra—, encuentro que este asunto pesa mucho en mi caja de espectáculos, el tal pecado imperdonable. A fe mía, capitán, que me molió la espalda atravesar el monte con él a cuestas todo el santo día.

—¡Silencio!—lo conminó Ethan Brand secamente—, si no quiere que lo meta en el horno que ve allá!

Apenas concluía la exhibición del judío cuando un mastín grande y viejo, que parecía ser su propio amo puesto que nadie entre los asistentes lo reclamaba, tuvo a bien ser objeto de la atención pública. Hasta entonces se había

comportado como un perro manso y apacible, rondando de una persona a otra y, para ser sociable, ofreciendo la cabeza rasposa para que le diera palmaditas cualquier mano amable que se tomara la molestia. Pero ahora, de súbito, el grave y venerable cuadrúpedo, por su propia cuenta y sin la más leve sugerencia de parte de nadie más, empezó a perseguirse la cola, que, para subrayar lo absurdo del acto, era harto más corta de lo que debería. No se vio nunca empeño más tozudo en pos de un objeto imposible de alcanzar; no se oyó nunca tan tremenda explosión de gruñidos, resuellos, ladridos y mordiscos, como si un extremo del cuerpo del ridículo animal mantuviera un antagonismo mortal e imperdonable con el otro. Más y más rápido corría en redondo el can, más y todavía más rápido huía la inaccesible brevedad de la cola, y más y más fuertes eran los aullidos de rabia y de rencor. Hasta que, completamente exhausto y tan distante de la meta como siempre, el necio perro terminó su actuación tan repentinamente como la había iniciado. Al momento siguiente era tan dócil, sosegado, sensato y respetable en su comportamiento como cuando trabó conocimiento con la concurrencia.

Como es de suponerse, la exhibición fue recibida con risas generales, aplausos y gritos de «otra vez», a los que respondió el acróbata canino meneando lo que tenía para menear de cola. No obstante, parecía por completo incapaz de repetir el exitoso intento de divertir a los espectadores.

Mientras tanto Ethan Brand había vuelto a tomar asiento en el leño. Impresionado, podría ser, por haber percibido una remota analogía entre su propio caso y el del perro a la caza de sí mismo, de nuevo prorrumpió en

esa risa atroz que más que cualquier otra señal expresaba el estado de su ser interior. A partir del momento el regocijo de los presentes tocó a su fin. Quedaron espantados, temerosos de que el nefasto sonido repercutiera por todo el horizonte y que tronara de montaña en montaña, prolongándose así el horror en sus oídos. Entonces, susurrándose que se había hecho tarde, que la luna casi se había puesto, que la noche de agosto se hacía fría, se marcharon veloces a sus casas, dejando que el calero y el pequeño Joe se las hubieran como fuera posible con el huésped indeseable. Salvo por estos tres seres humanos, el claro en la ladera era un desierto engastado en la vasta penumbra del bosque. Más allá del límite sombrío, la lumbré proyectaba su luz tenue sobre los majestuosos troncos y el follaje casi negro de los pinos, entreverado con el verdor de robles, arces y álamos más jóvenes, mientras aquí y allá yacían los colosales cadáveres de árboles que se pudrían en el suelo cubierto de hojarasca. Al pequeño Joe, niño imaginativo y tímido, le parecía que el bosque silencioso contenía el aliento hasta que sucediera alguna cosa horrible.

Ethan Brand arrojó más leña al fuego, cerró la puerta del horno y, mirando por encima del hombro al calero y el niño, les ordenó, más bien que aconsejarles, que fueran a dormir.

—En cuanto a mí, no puedo hacerlo—dijo—. Tengo asuntos que me incumbe meditar. Voy a cuidar el fuego como en los viejos tiempos.

—Y a llamar al diablo a que salga del horno y le haga compañía, me figuro—murmuró Bartram, que había entablado relaciones íntimas con la botella negra arriba mencionada—. Pero cuide si quiere y llame cuantos de-

monios guste. Por mi parte, me caería muy bien un sueñecito. Vamos, Joe.

Mientras seguía al padre a la cabaña, el niño se volvió a mirar al viajero. Los ojos se le llenaron de lagrimas, pues su alma tierna intuía la inconsolable y terrible soledad en la que este hombre se había emparedado.

Ethan Brand se quedó escuchando los chasquidos de la leña encendida y observando los menudos espíritus de fuego que salían por las hendiduras de la puerta. Sin embargo, estas fruslerías, antes tan familiares, retenían su atención del modo más superficial, mientras en las profundidades de la mente repasaba el cambio gradual pero maravilloso que la búsqueda a la cual se consagró había operado en su persona. Recordaba cómo lo salpicaba el rocío de la noche, cómo le susurraba el bosque, cómo rielaban las estrellas sobre él, un hombre sencillo y henchido de amor, mientras vigilaba el fuego en años idos, embargado en sus meditaciones. Recordaba con cuánta ternura, con cuánto amor y conmiseración por la humanidad y compasión por la culpa y el infortunio ajenos había comenzado a contemplar las ideas que después fueron la inspiración de su existencia; con cuánta reverencia escrutaba entonces el corazón del hombre, considerándolo como un templo de origen divino que, por más que fuese profanado, todo hermano debía siempre valorar como algo sagrado; con qué imponente miedo condenaba un eventual triunfo de su búsqueda e imploraba para que el pecado imperdonable jamás le fuera revelado. Más tarde vino el vasto progreso intelectual que en su transcurso perturbó el equilibrio de mente y corazón. La idea que se adueñó de su existencia obró como aliciente para su educación; cultivó sus facultades hasta el más alto grado

de que eran susceptibles; lo encumbró del nivel de un trabajador analfabeta hasta una eminencia que iluminaban las estrellas, adonde los filósofos de la tierra, agobiados por el saber de las universidades, en vano tratarían de subir para alcanzarlo. Eso en cuanto al intelecto. Pero, ¿en dónde quedaba el corazón? Este, a decir verdad, se había marchitado, se había endurecido, se había encogido, ¡había perecido! Ya no participaba en el latido universal. Ethan Brand se había desprendido de la cadena imantada de la humanidad. Dejó de ser un hermano del hombre, que abre las cámaras o los calabozos de nuestra común naturaleza con la llave de la sagrada compasión, la cual le confería el derecho de compartir todos sus secretos. Ahora era un frío espectador que consideraba a la humanidad como el objeto de su experimento y que a la postre convirtió en marionetas a hombres y mujeres, tirando de los hilos para conducirlos a los extremos criminales que precisaba su investigación.

Fue así como Ethan Brand llegó a ser un desalmado. Comenzó a serlo desde que su carácter moral dejó de seguirle el paso al perfeccionamiento de su intelecto. Y ahora, como máximo esfuerzo y consecuencia inevitable, como la flor colorida y espléndida, como el succulento fruto de sus trabajos, había engendrado el pecado imperdonable.

—¿Qué más puedo buscar? ¿Qué más puedo alcanzar? —se decía Ethan Brand—. Está cumplida mi tarea. Y bien cumplida.

Se levantó del leño y, con cierta presteza en el andar, escaló el terraplén que se apoyaba contra el círculo de piedra del horno, alcanzando así la parte superior de la estructura. Esta abarcaba un vacío de unos tres metros de borde a borde, que permitía ver la superficie de la enor-

me masa de mármol quebrado que atestaba la calera. Los innumerables bloques y fragmentos de este material ardían al rojo, expeliendo altas llamaradas azulosas que flameaban en el aire y danzaban locamente, como en el interior de un círculo mágico, y se hundían para alzarse de nuevo en una agitación profusa e incesante. Cuando aquel hombre solitario se inclinó sobre el terrible mar de fuego, el calor sofocante pegó contra su cuerpo, en una bocanada que, era de suponerse, debería haberlo chamuscado y abrasado en el instante.

Ethan Brand se enderezó y levantó los brazos al cielo. Las llamas azuladas le retozaban en la cara y lo bañaban con la única luz, salvaje y espectral, que se ajustaba a su expresión. Esta era la de un demonio a punto de precipitarse en este golfo del más vivo tormento.

—¡Oh, madre tierra —exclamó—, que no es más mi madre y en cuyas entrañas este cuerpo no ha de descomponerse! ¡Oh, raza humana, a cuyo parentesco he renunciado y cuyo excelso corazón pisoteé! ¡Oh, estrellas de los cielos, que arrojan antaño su luz sobre mi ruta como para alumbrarla adelante y arriba! ¡Adiós a todos, para siempre! ¡Ven, elemento mortífero del fuego, en lo futuro amigo inseparable! ¡Abrázame, igual que yo a ti!

Aquella noche el eco de un espeluznante estampido de risa cruzó pesadamente por los sueños del calero y su hijo. Y los rondaron opacas sombras de horror y de angustia que parecían seguir presentes en el tosco cobertizo cuando abrieron los ojos a la luz del día.

—¡Levántate niño, levántate! —gritó el calero, mirando en derredor—. Gracias al cielo se terminó por fin la noche. En vez de pasar otra igual, preferiría cuidar la calera todo un año sin pegar el ojo. El tal Ethan Brand, con el

embuste del pecado imperdonable, no es que me hiciera tamaño favor reemplazándome.

Salió de la cabaña seguido por el pequeño Joe, que le apretaba con fuerza la mano. La luz del alba ya vertía su oro en las cumbres. Y los valles, aunque seguían en sombras, sonreían alegremente ante la promesa del claro día que se avecinaba. El pueblo, rodeado por completo de colinas que se iban elevando gradualmente hacia la lejanía, parecía como si hubiera dormido un sueño plácido en el hueco de la mano de la Providencia. Cada vivienda se distinguía con claridad; las torrecillas de las dos iglesias apuntaban hacia arriba, atrapando en las veletas de metal visos anticipados del brillo de los cielos dorados por el sol. La taberna estaba en pleno movimiento y la figura del curtido empresario teatral, cigarro en boca, se veía en el porche. Una nube áurea glorificaba la cabeza del viejo monte Graylock. Esparcidos también por los estribos de los montes circundantes se veían blancos rimeros de neblina de fantásticas formas, algunos bajos cerca del valle y otros altos cerca de las cimas; y otros más, del mismo linaje de neblina o nube, flotando en la dorada resplandencia de la atmósfera. Parecía como si, saltando de una a otra de las nubes que reposaban en las pendientes y de allí a la más elevada cofradía que surcaba por los aires, cualquier mortal podría ascender a las regiones celestiales. Era un ensueño ver cómo la tierra se confundía con el cielo.

Para suministrar el encanto de lo familiar y doméstico que la naturaleza fácilmente asimila en una escena como ésta, la diligencia bajaba traqueteando por la cuesta cuando el cochero sonó el cuerno, cuyas notas fueron arrebatadas por el eco, que las conjugó en una armonía rica, varia-

da y compleja, en la que el ejecutante original podía reclamar escasos méritos. Los montes tocaban entre ellos un concierto, contribuyendo cada uno con un acorde de dulzura etérea. La cara del pequeño Joe se iluminó de inmediato.

—Querido padre —exclamaba, brincando de un lado a otro—, el forastero se marchó y parece que el cielo y las montañas se alegraron por eso.

—Sí —gruñó el calero, soltando un juramento—, pero dejó que se apagara el fuego y no hay por qué agradecerle si no se echaron a perder quinientas cargas de cal. Si pilló al tipo rondando otra vez por estos lados, voy a tener ganas de arrojarlo a la candela.

Con la pértiga en la mano se encaramó al horno. Tras una breve pausa llamó al hijo.

—Sube acá, Joe —dijo.

Así que Joe escaló el terraplén y se paró al lado de su padre. Todo el mármol se había incinerado y era ya cal, pura y blanca como la nieve. Pero en la superficie, en medio del ruedo, de igual manera blanco como la nieve y por completo reducido a cal, reposaba un esqueleto humano.

Tenía la postura de alguien que tras arduos trabajos se recuesta a tomar un largo descanso. Entre las costillas, cosa extraña se distinguía el contorno de un corazón humano.

—¿Era de mármol el corazón de este sujeto? —exclamó Bartram, algo perplejo ante el fenómeno—. En todo caso, se ha convertido en lo que tal parece es una cal especialmente buena. Y, considerando los huesos en conjunto, mi horno es media carga más rico, todo gracias a él.

Diciendo esto, el rudo calero levantó la pértiga, la descargó sobre el esqueleto y los despojos de Ethan Brand se hicieron trizas.

LA AMBICIÓN DEL FORASTERO



ESTE suceso se inició al caer la tarde de un día de septiembre. En aquel momento se hallaba la familia congregada alrededor de la lumbre del hogar, mantenido con piñas secas, maderos robados por las torrenteras de las montañas y troncos de los árboles tronchados por el viento. Los padres de aquella familia reflejaban en sus rostros una alegría serena; los niños reían; la hija mayor, a los diecisiete años, era una imagen viva de la felicidad, y la abuela, acomodada en el mejor lugar, y aplicada a su calceta, era, como la hija mayor, una imagen repetida de la felicidad, sólo que en el invierno de la vida. Todos los allí reunidos habían llegado a puerto de reposo en el lugar más horrible de Nueva Inglaterra. La familia vivía en el Tajo de las Montañas Blancas, donde el viento corría con violencia los 365 días del año y llevaban en su entraña, en el invierno, un frío de acero que descargaba despiadado sobre la casa de madera en su paso al valle del Saco. El lugar donde la familia había construido su hogar era frío, y, además de frío, amenazado por un cons-

tante peligro. Por encima de sus cabezas se alzaba, en efecto, una enorme montaña tan escarpada y agreste, que las piedras se desprendían con frecuencia, y rodando con estrépito desde lo alto, los sobresaltaban en la noche.

La muchacha acababa de decir algo chistoso, que había provocado la risa de toda la familia, cuando el viento que corría a través del Tajo pareció detenerse ante la casa, sacudiendo la puerta con un lamento infinito antes de continuar hacia el valle. Aunque nada extraordinario representaba aquella violencia, la familia se sintió un momento sobrecogida. Ya volvía a resurgir la alegría en sus rostros, cuando pudieron oír que el picaporte de la puerta de entrada era alzado desde fuera, tal vez por algún transeúnte, cuyos pasos hubieran sido ahogados por el bramido del viento coincidente con su llegada.

Aunque vivían en aquella soledad, los miembros de la familia tenían ocasión de relacionarse a diario con el mundo exterior. El romántico paso del Tajo es una gran arteria a través de la cual discurre constantemente la sangre y la vida del comercio interior entre Maine, por un lado, y las Montañas Verdes y las orillas del San Lorenzo por el otro. La diligencia pasaba habitualmente por la puerta de la casa, y los caminantes, sin más compañía que su bastón, se detenían aquí para cambiar algunas palabras, a fin de que el sentimiento de la soledad no les acobardase antes de atravesar el desfiladero o alcanzar la primera casa del valle. También el tratante en camino hacia el mercado de Portland hacía un alto allí para pernoctar, y se sentaba al calor de la lumbre algún rato más de lo corriente, si era soltero, con la esperanza de robar un beso a la hija de la casa al partir. La morada de la familia era, en efecto, una de aquellas posadas primitivas en las que el viajero

pagaba sólo por la comida y la cama, recibiendo, a cambio, una acogida imposible de pagar con todo el oro del mundo. Por eso, cuando se oyeron los pasos del desconocido entre la puerta de fuera y la de la habitación, toda la familia se puso en pie, la abuela, los niños y todos los demás, como si se dispusieran a dar la bienvenida a alguien de la familia, a cuyo destino se hallara vinculado el suyo propio.

La puerta se abrió y dio paso a un hombre joven. Al principio, su rostro se hallaba cubierto por la expresión de melancolía y casi desesperación del que camina solo y al oscurecer por un lugar abrupto y siniestro, pero pronto sus rasgos cobraron brillo y serenidad al comprobar la cordial acogida con que se le recibía. Su corazón parecía querer saltarle del pecho hacia todos los allí reunidos, desde la anciana que secaba una silla con su delantal, hasta el niño que le tendía los brazos. Una mirada y una sonrisa colocaron en seguida al desconocido en un pie de inocente familiaridad con la mayor de las hijas.

—¡No hay nada mejor que un fuego así! —exclamó—. ¡Sobre todo cuando se forma a su alrededor un círculo tan amable! Estoy completamente aterido. El Tajo es algo así como un tubo por el que soplan dos fuelles gigantes; desde Barlett me viene azotando la cara un viento huracanado.

—¿Se dirige usted a Vermont? —preguntó el dueño de la casa, mientras ayudaba al joven a descargarse del morral que llevaba a las espaldas.

—Sí, voy a Burlington, y aún más allá —replicó éste—. Mi intención hubiese sido haber llegado esta noche a la casa de Ethan Crawford, pero en una ruta como ésta un hombre a pie tarda siempre más de lo calculado. Pero mi

decisión está ya tomada, porque cuando veo arder esta lumbre y contemplo los rostros alegres de todos ustedes, me parece que lo han encendido precisamente para mí, y que la familia entera estaba esperando mi llegada. Así, pues, me sentaré, si me lo permiten, entre ustedes y me instalaré aquí por esta noche.

El recién llegado acababa de aproximar su silla al fuego, cuando se oyó afuera algo así como un pisar de gigante que se repetía por la escarpadura de la montaña acercándose con estrépito y pasando a grandes zancadas al lado de la casa. La familia entera detuvo el aliento mientras duró el ruido, conociendo como conocían lo que significaba, y el forastero hizo lo mismo instintivamente.

—La vieja montaña nos ha lanzado una piedra, para recordarnos que la tenemos aquí, sobre nuestras cabezas —dijo el padre serenándose en seguida—. Algunas veces mueve la cabeza y nos amenaza con desplomarse sobre nosotros, pero somos antiguos vecinos y, en el fondo, mantenemos buenas relaciones. Además, disponemos de un refugio seguro aquí, al lado de la casa, para el caso de que decidiera llevar a efecto sus amenazas.

Y ahora observemos que el viajero ha terminado su cena de carne de oso, y que sus maneras francas y abiertas lo han llevado a un plano de amistad con la familia, de suerte que la conversación entre todos se ha hecho tan sincera como si el recién llegado perteneciera a aquel hogar agreste. El joven a quien el azar había traído aquella noche a la casa era de carácter altivo aunque dúctil y amable; altanero y reservado entre los ricos y poderosos, pero siempre dispuesto a bajar su cabeza en la puerta de una choza y a sentarse al fuego con los desposeídos como un hermano o un hijo. En el hogar del Tajo encontró cor-

dialidad y sencillez de ánimo, la penetrante y aguda inteligencia de Nueva Inglaterra y una poesía originaria y auténtica que los habitantes de la casa habían aprendido de los picachos y las quebradas y del mismo umbral de su pobre morada. El forastero había viajado mucho y siempre solo; su vida entera había sido, podía asegurarse, un sendero solitario, pues la altiva reserva de su naturaleza la había hecho apartarse siempre de aquellos que, de otra suerte, hubieran sido sus camaradas. También la familia, tan amable y hospitalaria como era, llevaba en sí esa conciencia de unidad entre todos sus miembros y de separación del resto del mundo, que convierte el hogar en un recinto sagrado en el que no tiene cabida ningún extraño. Aquella noche, no obstante, una simpatía profética llevó al joven instruido y de hábitos refinados a descubrir su corazón a aquellos rudos habitantes de las montañas, y su franqueza hizo que éstos se confiaran a él con la misma espontaneidad. ¿No es más fuerte, en efecto, el lazo de un destino común, que los que crea el mismo nacimiento?

El secreto del carácter del joven era una ambición altísima y abstracta. Era posible que hubiera nacido para vivir una vida oscura, pero no para ser olvidado en la tumba. Su ardiente anhelo se había transformado en esperanza, y esta esperanza, largo tiempo mantenida, se había convertido en la certeza de que, por insignificante que fuese su vida en el presente, el brillo de la gloria iluminaría su camino para la posteridad, aunque tal vez no mientras él lo recorriera. Cuando las generaciones venideras dirigiesen la mirada hacia la oscuridad que era entonces su presente, echarían de ver claramente el resplandor de sus pisadas, y se confesarían que un hombre de altas do-

tes había ido de la cuna a la tumba, sin que nadie hubiera sabido comprenderlo.

—Y, sin embargo —exclamó el forastero, con las mejillas ardientes y los ojos radiantes de luz—, todavía no he realizado nada. Si mañana desapareciera de la tierra, nadie sabría más de mí que ustedes: que un joven desconocido llegó un día al anochecer, procedente del Valle del Saco, que les abrió el corazón por la noche y que se marchó al amanecer del día siguiente por el Tajo, sin que volvieran a verlo. Ni una sola persona les preguntaría quién era este joven ni de dónde venía... ¡Pero no! ¡Yo no puedo morir hasta que haya cumplido mi destino! Después, sí; después, puede ya venir la muerte. ¡Yo mismo me habré edificado mi monumento para la posteridad!

Había un impulso tal de emoción espontánea bullendo constante en medio de fantasías abstractas, que la familia llegó a comprender los sentimientos del joven forastero, aun siendo como eran tan lejanos a los suyos propios. Dándose rápidamente cuenta de lo ridículo de su actitud, el joven enrojeció de la vehemencia hacia la que había sido arrastrado por sus mismas palabras.

—Ustedes se reirán de mí sin duda —dijo, cogiendo la mano de la hija mayor y riéndose él mismo—. Seguramente piensan que mi ambición es tan absurda como si subiera al Monte Washington y me dejara convertir allí en un trozo de hielo, sólo para que la gente de la comarca pudiera admirarme desde el llano... Y, sin embargo, doy fe de que querría un noble pedestal para la estatua de un hombre...

—A mí me parece —respondió la hija mayor, enrojeciendo— que es mejor estar sentados aquí al calor de la

lumbre, contentos y serenos, aunque nadie piense en nosotros.

—Yo creo, sin embargo —dijo su padre, tras unos momentos de meditación—, que hay algo natural en lo que el joven ha dicho: y es posible que, si mi cerebro hubiera seguido este camino, yo también habría pensado lo mismo. Es raro, hasta qué punto sus palabras han despertado en mi pobre cabeza cosas que es bien seguro que no han de ocurrir nunca.

—¿Cómo sabes tú que no han de suceder? —respondió el ama de la casa—. ¿Puede el hombre saber lo que hará si llega a enviudar?

—¡No, no! —exclamó el padre, rechazando la idea con un tono de cariñosa protesta—. Cuando pienso en tu muerte, Ester, pienso siempre a la vez en la mía. Lo que estaba imaginando era otra cosa. Pensaba que teníamos una bonita granja en Barlett, en Betlehem, en Littleton o en cualquier otra ciudad en las vertientes de las Montañas Blancas, pero no donde éstas estuvieran constantemente amenazando derrumbarse sobre nuestras cabezas. Me hallaría en buenas relaciones con mis convecinos, y sería nombrado juez municipal del lugar y enviado a la Asamblea General por una o dos legislaturas, pues aquí hay mucho que hacer para un hombre sencillo y honrado. Y cuando llegara a viejo, y tú también, podría morir tranquilo dejándolos a todos llorando en torno a mí. Una sencilla lápida de pizarra me bastaría tanto como una de mármol, sobre la cual se grabaría simplemente mi nombre, mi edad y un versículo de los salmos, y quizá algunas palabras que dijeran a la gente que había vivido como un hombre honrado y había muerto como un cristiano.

—¿Lo ven ustedes? —dijo el forastero—. Es consustancial a la naturaleza humana ambicionar un monumento, ya sea de pizarra, o de mármol, o un pilar de granito o sólo un recuerdo glorioso en el corazón de las gentes.

—¡Qué cosas más especiales nos vienen esta noche a la imaginación! —dijo la esposa, con lágrimas en los ojos—. Suele creerse que es señal de que va a ocurrir algo cuando los hombres empiezan a pensar y a hablar así. ¡Escuchen a los niños!

Todos los reunidos prestaron, en silencio, atención. Los niños más pequeños se hallaban acostados en otro cuarto, pero la puerta medianera permanecía entreabierta, de suerte que se les podía oír hablar afanosamente entre sí. También ellos parecían afectados por las fantasmagorías que habían hecho presa en el círculo de personas mayores sentadas al fuego, y disputaban acaloradamente sobrepujándose los unos a los otros en deseos y ambiciones infantiles para cuando fueran hombres. Por fin, uno de los pequeños, en lugar de dirigirse a sus hermanos, llamó a su madre.

—Voy a decirte, mamá —dijo— lo que yo deseo. Quiero que tú y papá, y la abuela, y todos nosotros, sin prescindir del forastero, nos levantemos y nos dirijamos a beber un trago de agua en el Flume.

Ninguno de los presentes pudo reprimir una sonrisa al oír que el mayor deseo del niño era abandonar su cama bien caliente y arrancar a los demás del calor del fuego para visitar el Flume, una torrentera que se precipitaba desde lo alto de la montaña a las profundidades del Tajo. Apenas había acabado el niño de pronunciar sus últimas palabras, cuando se oyó el ruido intermitente de un carruaje que se acercaba y que, al fin, se detuvo de pronto

delante de la puerta de la casa. En él parecían ir dos o tres hombres, que alegraban el camino con una canción cantada a coro, el eco de cuyas notas rebotaba entre las peñas, mientras que los viajeros dudaban de si proseguir su viaje o detenerse en la casa para pasar la noche.

—Padre —dijo la muchacha—, lo están llamando por su nombre.

Pero el dueño de la casa no estaba seguro de que efectivamente lo hubieran llamado, y no quería mostrarse demasiado ansioso por la ganancia invitando a los viajeros a pernoctar bajo su techo. Por eso, no se apresuró a acudir a la puerta, y, mientras tanto, se oyó restallar el látigo y los viajeros siguieron camino por el Tajo, siempre cantando y riendo, aunque su música y su alegría parecía provenir del corazón de la montaña.

—¡Mira, mira, mamá! —insistió el niño que había hablado antes—; también ellos se van hacia el Flume.

De nuevo los reunidos rompieron a reír ante la manía del niño de hacer una excursión en plena noche. De repente. sin embargo una nube pasó sobre el espíritu de la hija mayor; durante unos instantes sus ojos se fijaron persistentemente en el fuego, y respiró con tal intensidad que su aliento se convirtió casi en un suspiro. Sobresaltada y con rubor en el rostro, la joven miró rápidamente en derredor suyo, como si temiera que todos los que allí se hallaban hubieran penetrado con la mirada en el interior de su pecho. El forastero le preguntó qué era lo que había estado pensando.

—Nada —respondió—; solamente que precisamente en estos momentos me he sentido infinitamente sola.

—Yo siempre he tenido un don especial para percibir lo que otras personas llevan en el corazón —dijo el desco-

nocido, medio en broma y medio en serio—. ¿Quiere usted que le adivine también los secretos del suyo? Sé perfectamente, sobre todo, lo que hay que pensar cuando una muchacha tirita, sentada al lado de la lumbre, y se queja de soledad estando presente su madre. ¿He de expresar todo ello en palabras?

—No serían ya sentimientos de una muchacha, si, efectivamente, pudieran ser expresados en palabras —dijo la ninfa de los montes riéndose, pero apartando los ojos.

Todas estas frases habían sido cruzadas en un aparte de los dos jóvenes. Acaso comenzaba a brotar en sus corazones un germen de amor, tan puro, como más acorde para florecer en el paraíso que en el polvo de este mundo. Las mujeres, en efecto, amaban la noble dignidad que distinguía al forastero, y el alma arrogante y contemplativa se siente siempre atraída por una simplicidad de espíritu pareja a la suya propia. Mientras ambos hablaban quedamente, y mientras el desconocido observaba la dulce melancolía, las sombras luminosas y los tímidos anhelos de una naturaleza de mujer, el viento que soplaba encajonado en el Tajo aumentaba por momentos su tono profundo y fragoroso. Como decía el imaginativo forastero, parecía una melodía cantada a coro por los espíritus del viento, los cuales, según el mito de los indios, habitaban en aquellas montañas, haciendo de sus cimas y de sus precipicios una región sagrada. También a lo largo del camino resonaba un lamento agudo, como si pasara por él un cortejo fúnebre. Para espantar la melancolía que se había apoderado de todos, la familia arrojó al fuego un montón de ramas de pino, hasta que las hojas secas comenzaron a crepitar y pronto surgieron vivas llamas iluminando de nuevo una escena de paz y de dicha humilde.

La luz extendía su claridad sobre las cabezas de todos los allí reunidos, acariciándolos suavemente. Podían verse los rostros menudos de los niños husmeando desde el cuarto vecino, y, al lado del hogar, la silueta enérgica del padre, la fisonomía dulce y fatigada de la madre, el perfil altivo de los jóvenes, y la figura encorvada de la abuela, que seguía haciendo calceta en el lugar más recogido de toda la habitación. La anciana levantó un momento los ojos de su labor, y, mientras sus dedos continuaban moviéndose sin descanso, comenzó a hablar lentamente.

—Los viejos tienen sus ideas, de igual manera que también los jóvenes tienen las suyas. Han estado trazando deseos y proyectos, y haciendo correr la fantasía de una cosa a la otra, hasta que han logrado empujar mi pobre cabeza lanzándola por los mismos derroteros. ¿Qué puede, sin embargo, desear una vieja, que se halla a escasos pasos de la tumba? No obstante, voy a decirlo, porque me temo que si no lo hago así la idea me va a perseguir día y noche sin descanso.

—Sí, sí, dínoslo— exclamaron a la vez el marido y la mujer.

La anciana adoptó un aire de misterio, que hizo que el círculo de personas se estrechara más en torno al fuego, y comenzó a hablar, diciendo que, desde hacía años, venía preocupándose por las vestiduras con las que deseaba ser enterrada: una mortaja muy simple de hilo y una cofia de muselina. Esta noche, sin embargo, una extraña superstición la apresaba. En su juventud había oído contar que si, al enterrar a una persona, algo de su atavío quedaba desordenado, aunque fuera una simple arruga en el cuello de la mortaja o una mala colocación de la cofia, el cadáver se revolvió en el ataúd bajo tierra tratando de

disponer de sus frías manos, para arreglar con ellas lo que no lo estuviera. La simple suposición de que pudiera acontecerle algo semejante a ella, la ponía nerviosa.

—¡Por Dios, abuela! —exclamó la nieta estremeciéndose—. ¡No creas esas cosas!

—Pues bien —prosiguió la abuela sin hacer caso, y con gran seriedad, aunque iluminado el rostro por una sonrisa—. Lo que deseo de ustedes, hijos míos, es que cuando me encuentre en el ataúd, me coloquen ante el rostro un espejo. ¿Quién sabe? Quizá me sea posible echar una mirada y ver si no está desarreglado nada de lo que llevo puesto.

—Todos, lo mismo jóvenes que viejos, no acertamos a hablar más que de tumbas y monumentos —observó el forastero—. Me gustaría saber qué es lo que sienten los marineros cuando el barco se hunde y todos se hallan en trance de ser sepultados a una en la inmensa y anónima sepultura del mar.

La fúnebre ocurrencia de la anciana había impresionado de tal forma durante unos momentos el cerebro de los allí reunidos, que nadie se había percatado de que afuera, en las tinieblas de la noche, un ruido semejante al bramar de cien gigantes había ido creciendo hasta alcanzar tonos profundos y terribles. La casa y todo lo que en ella había se estremeció; los mismos cimientos de la tierra parecían hallarse sacudidos como si el estruendo cada vez más próximo fuera el aviso de las trompetas del juicio final. Jóvenes y viejos cruzaron entre sí una mirada instintiva de pavor, y permanecieron inmóviles, lívidos, aterrorizados, sin fuerza para pronunciar una palabra ni para hacer un movimiento. Después un solo grito sonó en todas las gargantas.

—¡El alud!, ¡el alud!

Las palabras más elocuentes pueden sugerir, pero no describir el horror inexpresable de la catástrofe. Las víctimas se precipitaron fuera de la casa, buscando amparo en lo que ellas tenían por un lugar seguro, allí donde, pensando en aquella posibilidad, se había construido un muro de contención o barrera. ¡Ay! Los desgraciados habían renunciado a su salvación al hacerlo así, lanzándose inconscientemente en el seno del más fatal de todos los destinos. Toda una ladera de la montaña se vino abajo en una verdadera catarata de piedras y ruinas. Y precisamente pocos metros antes de llegar a la casa, aquella avalancha de muerte y destrucción se abrió en dos brazos, dejando en medio, casi intacta, la casa y arrasando en sus alrededores cuanto se oponía a su paso. Mucho antes de que se hubiera extinguido entre las montañas el estruendo del alud, había terminado ya la agonía de las víctimas y todas ellas gozaban de la paz. Sus cuerpos no fueron hallados jamás.

Al día siguiente una tenue columna de humo se elevaba todavía de la chimenea de la casa. Dentro el fuego ardía, a medio apagar, en el hogar, y las sillas se hallaban colocadas a su alrededor, como si los allí reunidos hubieran salido un momento a examinar los destrozos causados por el alud, y fueran a volver de un momento a otro para dar gracias a Dios por su milagrosa salvación. La historia recorrió todos los rincones de la comarca, y perdura eternizada en estas montañas como una leyenda. También los poetas han cantado el triste fin de la familia del Tajo.

Ciertos detalles parecían delatar que en la noche fatal un forastero se había acogido a la casa y había resultado

víctima de la catástrofe con toda la familia. Otros negaban, en cambio, que hubiera indicios concluyentes para llegar a tal afirmación. ¡Triste fin para aquella juventud exaltada, con sus sueños de inmortalidad terrena! Su nombre y su persona han quedado absolutamente desconocidos; su historia, su camino en la vida y sus planes y proyectos permanecerán siempre perdidos en el misterio. Su misma muerte y su previa existencia son hechos que han quedado en duda...

LA HIJADERAPACCINI



Hace mucho tiempo, un joven llamado Giovanni Guasconti acudió desde el sur de Italia a proseguir sus estudios en la Universidad de Padua. Giovanni, cuyo patrimonio consistía en unos cuantos ducados de oro, se hospedó en un humilde aposento sito en el piso alto de un viejo edificio, digno de haber sido el palacio de un noble paduano y que de hecho todavía exhibía sobre su puerta de entrada el blasón de una familia extinguida mucho tiempo atrás. El forastero, que conocía las grandes obras literarias de su país, recordó que uno de los antepasados de aquella familia figuraba entre los participantes de los eternos tormentos del Infierno imaginado por Dante. Tales recuerdos y asociaciones, unidos a la melancolía natural en un joven que se aleja por primera vez de su mundo habitual, hicieron que Giovanni se deprimiera al recorrer con la vista su ruinosa y mal amueblada alcoba.

—¡Cielo Santo, señor! —exclamó la anciana señora Lisabetta, quien, atraída por la llamativa belleza perso-

nal del joven, trataba amablemente de dar a la cámara un aire acogedor—. ¿Qué aspecto tiene esto para desconrazonar a un joven? ¿Le parece oscura esta antigua mansión? Por amor de Dios, asómese a la ventana y verá un sol tan espléndido como el que dejó en Nápoles.

Guasconti hizo mecánicamente lo que la anciana le aconsejaba, pero no estuvo de acuerdo con ella en que el sol de Padua fuera tan encantador como el del sur de Italia. Tal como era, sin embargo, brillaba sobre el jardín situado debajo de la ventana y prodigaba su influjo vivificante sobre una colección de plantas que parecían haber sido cultivadas con excesivos cuidados.

—¿Pertenece a la casa este jardín? —preguntó Giovanni.

—Dios nos perdone, señor, si no hubiese tenido flores mejores de las que ahora crecen en él —respondió la señora Lisabetta—. No, este jardín es cultivado por las propias manos del señor Giacomo Rappaccini, el famoso doctor cuya fama, se lo aseguro, ha llegado hasta Nápoles. Se dice que destila de ellas medicinas tan activas como un hechizo. Podrá ver muchas veces al doctor en su trabajo y quizá también a la señorita, su hija, recogiendo las extrañas flores que crecen en el jardín.

La anciana señora hacía todo lo posible para mejorar el aspecto de la habitación y, encomendando al joven a la protección de los santos, se retiró a su aposento.

Giovanni no encontró mejor entretenimiento que quedarse contemplando el jardín. Era uno de aquellos jardines botánicos que fueron creados en Padua antes que en ningún otro lugar de Italia y aun del mundo. Era probable que hubiese sido el retiro apacible de una familia opulenta, pues conservaba en el centro una fuente de már-

mol ruinosa, esculpida con excelente arte pero tan deteriorada ya que era imposible trazar el diseño original utilizando el caos de fragmentos que quedaban. El agua, sin embargo, seguía brotando en surtidor y desgranándose en brillantes perlas.

Su tenue murmullo llegaba hasta la ventana del joven y le hizo imaginar que la fuente era un espíritu inmortal que cantaba incesantemente su canción sin preocuparse de lo que sucediese alrededor, mientras un siglo se encarnaba en mármol y otro esparcía la hermosura perdurable por el suelo. En el hoyo donde caía el agua crecían varias plantas que parecían necesitar mucha humedad para nutrir sus gigantescas hojas y magníficas flores. Había, sobre todo, una mata en un jarrón de mármol en medio del charco de la fuente con gran profusión de flores purpúreas, cada una de las cuales ostentaba el brillo y la riqueza de una gema. Y todo reunido formaba una visión tan resplandeciente que bastaba para iluminar el resto del jardín, aunque no hubiese sol. Todo el suelo estaba poblado de plantas y hierbas que, aunque menos bellas, disfrutaban también de asiduos cuidados, como si tuviesen virtudes especiales, conocidas por la mente científica que las protegía. Algunas estaban colocadas en jarrones enriquecidos con relieves antiguos y otras descansaban en vulgares macetas de jardín. Unas reptaban por la tierra como culebras o trepaban a lo alto utilizando para su ascenso todo lo que se interponía. Una enredadera se había enroscado en torno a una estatua de Vertumno, cubriéndola con un ropaje de hojas tan lleno de armonía y gracia que podría servir de modelo a un escultor.

Mientras Giovanni estaba acodado en la ventana, oyó un crujido detrás de una cortina de follaje y comprendió

que una persona trabajaba en el jardín. Su figura pronto se hizo visible y por sus características no se trataba de un vulgar trabajador: alto, delgado, cetrino y con aspecto enfermizo, vestido de negro a la usanza escolar. Había pasado ya de los 50 años; con cabellos grises, usaba una barbita fina y su cara parecía la de una persona culta, inteligente y estudiosa, pero carente de sentimientos.

Nadie podría superar la atención con que este científico jardinero estudiaba las plantas que hallaba en su camino; parecía como si estuviese examinando su naturaleza íntima, haciendo consideraciones relacionadas con la posibilidad de utilizar su esencia y descubriendo por qué estas hojas nacían en esta forma y aquéllas en la otra, y por qué tales y cuales flores diferían entre sí en forma y perfume. A pesar de la profunda inteligencia que su porte manifestaba, nunca se aproximaba lo suficiente como para intimar con la vida de aquellos vegetales. Por el contrario, evitaba su contacto o inhalar directamente sus aromas, desplegando unas precauciones que impresionaron desagradablemente a Giovanni; el hombre se comportaba como si anduviera entre seres malignos, tales como bestias salvajes, ponzoñosas serpientes o espíritus demoníacos, con los que el menor descuido podía acarrear consecuencias terribles. El joven estaba asombrado al ver ese aire de inseguridad en una persona que cultiva un jardín, el más simple e inocente de los entretenimientos del hombre, y que había sido igualmente la diversión y la labor de los felices progenitores del género humano.

¿Era pues este jardín el Edén del mundo presente? ¿Y este hombre, que conocía bien lo que cultivaba con sus manos, un Adán moderno?

El receloso jardinero se protegía con un par de gruesos guantes para quitar las hojas secas o podar el crecimiento excesivo de los arbustos. No era ésta, sin embargo, su única protección. Al llegar en su recorrido a la magnífica planta que esparcía sus gemas purpúreas al lado de la fuente de mármol, se colocó una especie de mascarilla tapando boca y nariz como si tanta belleza no hiciera sino disfrazar unas cualidades mortales; más aún, considerando todavía su tarea demasiado peligrosa, retrocedió, se quitó la mascarilla y llamó con la voz propia de una persona que sufre una dolencia interna.

—¡Beatrice! ¡Beatrice!

—Estoy aquí, padre. ¿Qué quieres? —exclamó una voz juvenil y armoniosa desde una ventana de la casa de enfrente, una voz tan exquisita como una puesta de sol tropical y que hizo a Giovanni, aunque no comprendió el porqué, asociarla con matices intensos de púrpura o carmesí y con fuertes y deliciosos perfumes—. ¿Estás en el jardín?

—Sí, Beatrice —contestó el jardinero—, y necesito tu ayuda.

Casi al momento apareció, bajo un artístico pórtico, la figura de una joven vestida con la gracia de la más espléndida de las flores, bella como el día y con una vitalidad tan exuberante que de ser algo mayor parecería exagerada. Anunciaba vida, salud y energía; parecía como si todos esos atributos sólo estuviesen reprimidos por su virginal castidad. Mientras miraba el jardín, Giovanni suponía que se habría criado enfermiza; pero la impresión que la bella desconocida le produjo era como si se tratase de otra linda flor, hermana de aquellas otras del reino vegetal, más hermosa que la más hermosa de to-

das, pero a la que había que tocar con guantes y aproximarse a ella con mascarilla. Mientras descendía por el sendero del jardín, se podía ver cómo manipulaba e inhalaba el olor de varias de las plantas que su padre había evitado con más celo.

—Ven aquí, Beatrice —dijo él—, mira cuántos cuidados necesita nuestro mayor tesoro. Como estoy tan delicado, mi vida correría peligro si me acercase todo lo que las circunstancias requieren.

De ahora en adelante me temo que esta planta tendrá que ser vigilada sólo por ti.

—Me alegro de encargarme de ella —exclamó la joven con su armonioso timbre de voz, mientras se dirigía hacia la hermosa planta y abría sus brazos como si fuera a abrazarla—. Sí, hermana mía, mi gloria, será tarea de Beatrice el cuidarte y servirte, y tú, en recompensa, le darás tus besos y tu aliento perfumado, que son para ella fuente de vida.

Entonces, con la misma ternura en sus maneras que había expresado en sus palabras, dedicó tantas atenciones a la planta como ésta parecía necesitar. Giovanni, desde su elevada ventana, se frotó los ojos y dudó si se trataría en realidad de una muchacha cuidando su planta favorita o de una hermana cumpliendo con otra los deberes del afecto. La escena terminó pronto; bien porque el doctor Rappaccini hubiese finalizado sus trabajos en el jardín, bien porque su mirada de observador hubiese advertido al forastero, el hecho es que cogió a su hija del brazo y se retiró. Estaba anocheciendo y por la ventana abierta penetraban emanaciones sofocantes procedentes de las plantas del jardín. Giovanni cerró la ventana antes de irse a dormir. Soñó con una bella flor y una hermosa

joven. La flor y la doncella eran distintas y al mismo tiempo la misma. Ambas anunciaban un extraño peligro.

Pero hay algo en la luz de la mañana que tiende a rectificar los errores de fantasía y aun de raciocinio en que incurrimos durante la puesta del sol, entre las sombras de la noche o a la todavía menos saludable luz de la luna. El primer movimiento que ejecutó Giovanni al despertar fue abrir la ventana y mirar al jardín que sus sueños habían hecho tan fecundo en misterios. Se sorprendió y avergonzó un poco al ver qué real aparecía bajo la luz del día. Los rayos de sol doraban las gotas de rocío que, suspendidas en las hojas y flores, realzaban su belleza y devolvían a aquellas flores extrañas su apariencia ordinaria. El joven se regocijó al considerar que en el mismo centro de la ciudad tenía el privilegio de poder disfrutar de la contemplación de aquel rincón de espléndida y frondosa vegetación. Le serviría, se dijo a sí mismo, para seguir conservando el contacto con la naturaleza. No estaban allí ni el doctor Giacomo Rappaccini ni su hermosa hija, así que Giovanni no pudo determinar cuánto había de realidad y cuánto de fantasía en las singulares cualidades que atribuía a ambos, pero estaba dispuesto a adoptar un punto de vista más racional en todo el asunto.

Durante el día ofreció sus respetos al señor Pietro Baglioni, profesor de medicina de la universidad y médico de eminente reputación, para quien Giovanni traía una carta de presentación. El profesor era un anciano de carácter afable y maneras, casi podríamos decir, joviales. Invitó a almorzar a nuestro héroe y se mostró locuaz y agradable, sobre todo después de animarse con una o dos botellas de vino toscano. Giovanni creyó que los hombres de ciencia que vivían en una misma ciudad debían de es-

tar en buena armonía y buscó una oportunidad para mencionar el nombre del doctor Rappaccini. Pero el profesor no respondió con la cordialidad que él había imaginado.

—Estaría mal que un maestro del divino arte de la medicina negase el valor a un médico de tanta fama y prestigio como Rappaccini —dijo, en respuesta a la pregunta de Giovanni—; pero estaría peor por mi parte permitir que un joven de mérito como usted, señor Giovanni, hijo de un antiguo amigo, adquiriera ideas erróneas respecto a un hombre que en un futuro podría llegar a tener la vida, y aun la muerte, de usted en sus manos. La verdad es que nuestro respetable doctor Rappaccini tiene más ciencia que ningún otro miembro de la facultad, con quizás una única excepción, en Padua y en Italia; pero hay que hacer ciertas objeciones graves a su carácter profesional.

—¿Y cuáles son? —inquirió el joven.

—Amigo Giovanni, ¿está usted enfermo del cuerpo o del corazón para preocuparse tanto de los médicos? —preguntó el profesor con una sonrisa—. Se dice de Rappaccini, y yo que lo conozco bien puedo asegurarle, que le preocupa mucho más la ciencia que la humanidad. Sus parientes le interesan sólo como material para nuevos experimentos. Sacrificaría una vida humana, la suya propia o la del ser más querido para él, con tal de poder añadir un solo grano de mostaza al gran cúmulo de sus conocimientos.

—Me imagino que será un hombre terrible —respondió Guasconti, recordando el aspecto de intelectual puro y frío de Rappaccini—. Y, sin embargo, querido profesor, ¿no es un espíritu noble? ¿Hay muchos hombres capaces de un amor tan espiritual por la ciencia?

—Dios perdone a los que tengan los mismos puntos de vista acerca del arte de curar que los adoptados por Rappaccini —dijo el profesor, con cierta grosería—. Su teoría es que todas las virtudes curativas se hallan encerradas dentro de aquellas sustancias a las que nosotros denominamos venenos vegetales. Los cultiva con sus propias manos y se dice que ha producido nuevas variedades de venenos más mortales que los de la naturaleza, los cuales aun sin la intervención de este hombre plagarían el mundo. Es innegable, empero, que el señor doctor hace menos daño del que pudiera esperarse con sustancias tan peligrosas. En alguna ocasión, hay que reconocerlo, parece haber hecho curas maravillosas; pero si he de ser sincero, señor Giovanni, no son totalmente dignas de crédito, pues quizá sean producto de la casualidad. Se le juzga, en cambio, responsable de sus fracasos, que son los resultados frecuentes de su trabajo.

El joven escuchó la opinión de Baglioni con cierta indulgencia, porque sabía que existía una antigua rivalidad entre él y el doctor Rappaccini, y se consideraba al último como el ganador de la partida. Si el lector quiere juzgar por sí mismo, le aconsejamos ciertos opúsculos en letra gótica que sobre ambas partes se conservan en las oficinas de la Universidad de Padua.

—No sé, querido profesor —volvió a decir Giovanni, después de meditar lo que había oído acerca del celo exagerado de Rappaccini por la ciencia—, cuánto puede amar su arte ese médico, pero seguramente hay algo más querido para él: tiene una hija.

—¡Ah! —exclamó el profesor, riendo—. Ya sé el secreto de nuestro amigo Giovanni: ha oído usted hablar de su hija, de quien están enamorados todos los jóvenes de

Padua, aunque ni media docena han tenido la suerte de ver su cara. Sé poco de doña Beatrice, salvo que, según dicen, Rappaccini la ha instruido mucho en sus conocimientos y que, joven y bella como es, está ya considerada como apta para ocupar un sillón de catedrático. ¡Quizá su padre la destine para el mío! Otros rumores que corren no merecen ser citados ni oídos. Así que, ahora, bébase su vaso. Guasconti volvió a su alojamiento algo mareado por el vino que había bebido e imaginando extrañas fantasías referentes al doctor Rappaccini y a su bella hija Beatrice. Al pasar por una tienda de flores entró y compró un ramo recién cortado.

Subió a su habitación y se sentó cerca de la ventana, en la sombra, de forma que podía ver el jardín sin riesgo de ser descubierto. No veía a nadie. Las plantas desconocidas estaban iluminadas por el sol y de vez en cuando inclinaban sus cabezas con gentileza saludándose unas a otras como si hubiese entre ellas relaciones de simpatía y parentesco. En medio, sobre la fuente ruinosa, crecía la planta magnífica, cubierta de gemas purpúreas que brillaban en el aire y se reflejaban en el agua del estanque. Las aguas parecían pobladas con los colores radiantes que se reproducían en ellas. Pronto, como Giovanni había esperado y al mismo tiempo temido, una figura hizo su aparición bajo el antiguo y artístico pórtico. Se fue acercando entre las filas de plantas, y aspiraba sus variados perfumes como si se tratara de uno de aquellos seres de los que cuentan las viejas fábulas clásicas que se alimentaban de dulces olores. Viendo de nuevo a Beatrice, el joven se maravilló de que su belleza excediese aún al recuerdo que tenía de ella; era tan brillante e intensa que resplandecía al sol y, como Giovanni se dijo a sí mismo, iluminaba

los rincones más sombríos del camino del jardín. Como tenía la cara más visible que la primera vez que la contempló, llamó la atención del joven su expresión de sencillez y dulzura, cualidades que él no había imaginado que pudiera poseer y que le hicieron preguntarse cómo sería su carácter. De nuevo le pareció hallar ciertas semejanzas entre la hermosa joven y el espléndido arbusto que lucía flores semejantes a gemas purpúreas, analogía que Beatrice acentuaba con la forma de sus trajes y los colores que escogía.

Cerca de la planta abrió sus brazos, como poseída de un ardor apasionado, y oprimió sus ramas en un íntimo abrazo, tan íntimo que medio se ocultó en el seno de las hojas, y los dorados rizos de su pelo se entremezclaron con las flores.

—Dame tu aliento, hermana mía —exclamó Beatrice—, pues me siento débil con el aire común. Y dame tus flores que separaré con delicadeza de tu tallo y colocaré junto a mi corazón.

Con estas palabras la bellísima hija de Rappaccini cortó una de las flores más espléndidas y se dispuso a prenderla en su pecho.

Entonces ocurrió algo singular, si no es que el vino había perturbado los sentidos de Giovanni. Un pequeño reptil color naranja, semejante a un lagarto o a un camaleón, pasaba en aquel momento por el sendero al lado de los pies de Beatrice. A Giovanni le pareció —pues a la distancia que estaba apenas si pudo ver una cosa tan diminuta— que una o dos gotas del jugo del tallo roto de la flor caían sobre la cabeza del lagarto. Durante un par de segundos, el reptil se contorsionó con violencia y luego quedó inmóvil.

Beatrice observó este fenómeno extraordinario y se santiguó tristemente, pero sin sorpresa, y no dudó en prender la flor fatal en su pecho. Allí se hizo más roja y lanzó unos destellos casi tan vivos como los de una piedra preciosa, que daban al vestido de la joven y a su aspecto un encanto extraordinario. Pero Giovanni, saliendo de la sombra de la ventana, se inclinó hacia delante y se retiró de nuevo, tembloroso.

«¿Estoy despierto? ¿Estoy en mi sano juicio? —se dijo a sí mismo—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Puede ser bella y, al mismo tiempo, insensible y terrible?»

Beatrice caminó ahora con cuidado por el jardín, y se puso tan cerca de la ventana de Giovanni que éste no tuvo más remedio que asomar la cabeza por fuera de la ventana con objeto de satisfacer la intensa y dolorosa curiosidad que ella le despertaba. En aquel mismo instante divisó por encima de la tapia del jardín un insecto; quizá había estado vagabundeando por la ciudad y no halló flores o verdor hasta que los intensos perfumes de las plantas de Rappaccini le habían tentado. Sin posarse en las flores, pues parecía no sentir otro atractivo que el de Beatrice, se entretuvo en el aire revoloteando en torno a su cabeza. Ahora los ojos de Giovanni no podían engañarle. El joven vio cómo, mientras Beatrice contemplaba el insecto con infantil alegría, éste se fue debilitando y cayó a sus pies; las brillantes alas temblaron y quedó muerto por una causa que él desconocía. ¿Sería acaso el aliento de la joven? Una vez más Beatrice se santiguó y suspiró al inclinarse sobre el insecto muerto.

Un movimiento impulsivo de Giovanni hizo que ella mirase a la ventana. Contempló la hermosa cabeza del joven, de rasgos bellos y regulares y ensortijado cabello

dorado, más propios de un griego que de un italiano, la cual la miraba desde lo alto como si estuviese suspendida en el aire.

Giovanni, dándose apenas cuenta de lo que hacía, le arrojó el ramo de flores que había tenido hasta entonces en su mano.

—Señorita —le dijo—, ahí tiene flores puras y saludables, úselas en obsequio de Giovanni Guasconti.

—Gracias, señor —respondió Beatrice con su armoniosa voz, que sonó como un chorro de música, y con una alegre expresión mitad infantil y mitad de mujer—. Acepto su presente y siento no poder recompensarle con esta preciosa flor purpúrea, porque aunque se la enviara por el aire no le alcanzaría. Así pues, señor Guasconti, tendrá que conformarse con las gracias.

Recogió el ramillete del suelo y entonces, como avergonzada de haber hablado con un extraño en contra de la reserva que debe tener una doncella, se dirigió presurosa hacia la casa atravesando el jardín. Mas a pesar de lo escaso del tiempo, le pareció a Giovanni, cuando ya ella estaba a punto de desaparecer por el pórtico, que su bello ramillete empezaba a marchitarse en sus manos. Era un pensamiento descabellado, no había posibilidad de distinguir unas flores marchitas de otras lozanas a tanta distancia.

Durante varios días después de este incidente, el joven evitó la ventana que daba al jardín del doctor Rappaccini, como si algo frío y monstruoso hubiese apagado su vista. Tenía la impresión de haberse puesto, en cierto modo, dentro del influjo de un poder ininteligible mediante la relación que había entablado con Beatrice. Si su corazón corría un verdadero peligro, el comportamien-

to más sabio sería abandonar no ya la casa donde se alojaba, sino incluso Padua. No debía acostumbrarse de ningún modo a la cotidiana vista de Beatrice, y aún mejor sería evitar el verla, ya que su proximidad y la posibilidad de trato con ella harían que la fantasía de Giovanni corriese desenfrenada, dando cuerpo y realidad a los encuentros que su imaginación creaba continuamente.

Guasconti no era un hombre apasionado, pero tenía una gran fantasía y un ardiente temperamento meridional que tendía a cada instante a las mayores agitaciones. No sabía el joven si Beatrice poseía o no aquel aliento mortífero, la afinidad con aquellas flores tan hermosas y al mismo tiempo fatales como él había creído descubrir, pero lo cierto es que le había instilado un veneno sutil y activo en todo su ser. No era amor, aunque su gran belleza le trastornaba; ni horror, a pesar de que suponía que su espíritu estaría impregnado del mismo perfume pernicioso que parecía poseer su organismo. Era una mezcla desordenada de ambos, de amor y horror; uno lo abrasaba y el otro le hacía temblar. Giovanni no sabía qué temer o qué esperar; esperanza y miedo luchaban sin cesar en su pecho, vencién dose alternativamente e iniciando de nuevo la lucha. Benditas sean todas las emociones simples, sean buenas o malas. Es la lóbrega mezcla de las dos la que produce los resplandores que alumbran las regiones infernales.

Algunas veces trataba de mitigar la fiebre de su espíritu paseando de prisa por las calles de Padua o saliendo de sus murallas; sus pasos seguían el ritmo de sus desordenados pensamientos, de modo que el paseo a veces se convertía en una carrera. Un día se sintió apresado por

alguien que se había vuelto al reconocer al joven y que necesitó mucho aliento para alcanzarle.

—¡Señor Giovanni! ¡Párese, mi joven amigo! —exclamó—. ¿No me ha reconocido? Sería posible si yo estuviese tan cambiado como usted.

Era Baglioni, a quien Giovanni había evitado desde su primer encuentro por temor a que la sagacidad del profesor pudiese leer sus secretos. Luchando por recobrase, miró extrañado desde su mundo interior y habló como un hombre en sueños.

—Sí, soy Giovanni Guasconti y usted es el profesor Pietro Baglioni. ¡Ahora, déjeme pasar!

—Todavía no, todavía no, señor Giovanni —dijo el profesor sonriendo y al mismo tiempo examinando al joven con una mirada atenta—. ¿Cómo va a pasar por mi lado como un extraño el hijo de aquel con quien me crié? Estése quieto, señor Giovanni; debemos hablar dos palabras antes de separarnos.

—Pronto entonces, querido profesor, pronto —dijo Giovanni con febril impaciencia—. ¿No se da cuenta su señoría de que tengo prisa?

Mientras hablaban vieron venir por la calle a un hombre vestido de negro, encorvado y andando con dificultad como si se tratase de una persona enferma. Su cara tenía un tinte enfermizo y cetrino, pero tan llena de aguda y viva inteligencia que el observador pasaba por alto las condiciones físicas para ver en él tan sólo una energía asombrosa. Cuando pasó cambió un saludo frío y distanciado con Baglioni, pero fijó los ojos con tanta intensidad en Giovanni que dio la impresión de que le había extraído todo lo que tenía dentro que valiera la pena. Sin embargo, había una serenidad peculiar en su mirada, como si el

interés que le inspirara el joven fuera meramente especulativo y no humano.

—¡Ese es el doctor Rappaccini! —murmuró el profesor una vez que pasó el desconocido—. ¿Le ha visto a usted anteriormente?

—Que yo sepa, no —contestó Giovanni, sobresaltándose ante el nombre.

—¡Él le ha visto! ¡Tiene que haberle visto! —dijo Baglioni con pasión—. Este hombre de ciencia le está estudiando a usted por algún motivo. ¡Conozco esa manera de mirar! Es la misma frialdad que muestra su cara cuando se inclina sobre un pájaro, un ratón o una mariposa a los que ha matado con el perfume de una flor en el transcurso de un experimento; una mirada tan profunda como la naturaleza misma, pero desprovista de amor. Señor Giovanni, apuesto la vida a que es usted objeto de uno de los experimentos de Rappaccini.

—¿Quiere usted volverme loco? —exclamó Giovanni, con intensa emoción—. Eso, señor profesor, sería un desagradable experimento.

—¡Paciencia! ¡Paciencia! —contestó el imperturbable profesor—. Le digo, mi pobre Giovanni, que Rappaccini encuentra en usted un interés científico. Ha caído en unas manos terribles.

¿Y la señorita Beatrice, qué papel juega en este misterio?

Guasconti, encontrando intolerable la impertinencia de Baglioni, se marchó antes de que el profesor pudiera sujetarlo de nuevo. Éste quedó mirando al joven un rato mientras se alejaba y se encogió de hombros.

«No puedo consentir esto —se dijo—. El muchacho es hijo de un viejo amigo y quién sabe lo que puede aca-

rrearle la arcana ciencia de la medicina. Por otro lado, es inaguantable la impertinencia de Rappaccini, quien me quitó, podemos decir, al muchacho de las manos y lo quiere utilizar en sus infernales experimentos. ¡Su hija! Todo se verá. ¡Quizás, inteligente Rappaccini, frustré yo tu sueño!»

Mientras tanto, Giovanni continuó su tortuoso camino llegando por fin a las puertas de su alojamiento. Al cruzar el umbral se encontró con la vieja Lisabetta, quien sonrió zalamera y dio muestras de querer llamar su atención, en vano sin embargo, pues la ardiente ebullición de sus sentimientos se había trocado de pronto en una fría y desinteresada vacuidad. Volvió sus ojos hacia la arrugada cara que se estaba plegando todavía más en una sonrisa, pero pareció no verla. La anciana entonces lo agarró por la capa.

—¡Señor! ¡Señor! —murmuró, todavía con una sonrisa en los labios que la hacía semejante a una máscara grotesca labrada en madera y oscurecida por los siglos—. ¡Escuche, señor! ¡Hay una entrada secreta al jardín!

—¡Qué es lo que dice? —exclamó Giovanni volviéndose con presteza, como una cosa inanimada que adquiriera de pronto una vida intensa—. ¿Una entrada privada al jardín del doctor Rappaccini?

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡No tan alto! —murmuró Lisabetta poniéndole la mano delante de la boca—. Sí, al jardín del respetable doctor; podrá ver sus espléndidas plantas. Muchos jóvenes de Padua darían una moneda de oro por ser admitidos entre esas flores. Giovanni puso una moneda en la mano de la vieja.

—Muéstreme el camino —le dijo.

Una sospecha, nacida probablemente de su conversación con Baglioni, cruzó su pensamiento; quizás esta intervención de la vieja Lisabetta estuviera en relación con la intriga, fuera cual fuese su naturaleza, en la que el profesor suponía que el doctor Rappaccini estaba tratando de envolverle. Mas esta sospecha, aunque preocupó a Giovanni, era insuficiente para detenerle. El instante que había esperado de poder acercarse a Beatrice le impulsaba con demasiada fuerza. No importaba si ella era ángel o demonio; estaba dentro de su esfera de forma irremisible y tenía que obedecer la llamada que le impulsaba a girar en círculos cada vez menores, hacia un fin que no intentaba adivinar. Sin embargo, puede parecer extraño, le sobrevino de pronto la duda de si ese intenso interés de su parte no sería ilusorio; si sería tan profundo y positivo como para justificar que se metiese en una empresa cuya trascendencia era imprevisible; si no se trataría de la fantasía del cerebro de un joven, sin participación, o sólo muy ligera, de sus sentimientos.

Se detuvo dudando pero, decidido, siguió hacia delante. Su macilenta guía lo condujo por varios pasillos oscuros y, por último, reparó en una puerta por la que, dado que estaba abierta, se oía el susurro de las hojas atravesadas por el sol. Giovanni siguió andando y se metió por entre un arbusto que extendía sus zarcillos sobre la oculta entrada, hasta llegar debajo de la ventana de su habitación en el área descubierta del jardín del doctor Rappaccini.

Cuántas veces sucede que, cuando se han vencido las dificultades y los sueños han condensado su nebulosa sustancia en una realidad tangible, nos encontramos tranquilos e incluso fríamente dueños de nosotros mismos, en

circunstancias que hubiese sido un delirio de júbilo o de agonía el anticipar. El destino se divierte desconcertándonos así. La pasión, que hubiera deseado la ocasión para lanzarse a actuar, vacila perezosamente cuando los sucesos parecen requerir su aparición. Eso era lo que le sucedía ahora a Giovanni. Día tras día su pulso se había agotado febrilmente ante la improbable idea de una entrevista con Beatrice y el deseo de estar con ella cara a cara en este mismo jardín, iluminado por el resplandor oriental de su belleza y tratando de arrancar a su contemplación el misterio que él consideraba el enigma de su propia existencia. Pero en aquel momento había en su pecho una ecuanimidad singular y fuera de lugar. Lanzó una mirada en derredor para ver si veía a Beatrice o a su padre y, dándose cuenta de que estaba solo, inició una investigación crítica de las plantas.

El aspecto de todas ellas le desagradó; su esplendor parecía salvaje, apasionado y poco natural. Casi todas las plantas que allí crecían hubieran sobresaltado a quien al atravesar un bosque las hubiera encontrado; como si una cara sobrenatural le estuviese mirando a través de la espesura. Algunas también hubieran llamado la atención de un entendido por su apariencia de artificialidad; parecían una adulteración de varias especies vegetales mezcladas, no muy distintas de las creadas por Dios, pero obra de la fantasía depravada de un hombre. Hasta su inmensa belleza tenía algo de demoníaca. Eran probablemente el fruto del experimento, que en uno o dos casos había alcanzado el éxito, de combinar dos plantas hermosas en una sola que adquiriría el sospechoso y siniestro aspecto que informaba todo lo que crecía en el jardín. Giovanni reconoció sólo dos o tres plantas en toda la colección, y de las clases

que él sabía que eran venenosas. Mientras estaba entretenido en estas observaciones, escuchó el crujido de un traje de seda y, volviéndose, vio aparecer a Beatrice bajo el artístico pórtico.

Giovanni no se había parado a pensar en cuál debía ser su comportamiento: si tenía que disculparse por su intrusión en el jardín o fingir que estaba allí con el consentimiento, ya que no por deseo, del doctor Rappaccini o de su hija, pero la conducta de Beatrice le tranquilizó, a pesar de que en su espíritu persistía la duda del motivo por el que habría conseguido la admisión. Ella vino con ligereza por el sendero y se encontraron cerca de la fuente en ruinas. Su cara mostraba sorpresa, pero la iluminaba una sencilla y amable expresión de placer.

—Usted es un experto en flores, señor —dijo con una sonrisa, aludiendo al ramillete que él le había echado desde la ventana—. No es extraño que la rara colección de mi padre le haga desear verla de cerca. Si él estuviera aquí podría contarle cosas muy extraordinarias e interesantes acerca de la naturaleza y virtudes de estas plantas, ya que se pasa la vida en tales estudios y este jardín constituye su mundo.

—Y usted misma, señora —comentó Giovanni—, si la fama no miente, también es muy experta en las virtudes que revela el magnífico desarrollo de las flores y su olor aromático. Si no tuviera inconveniente en ser mi profesora, yo intentaría ser un alumno más aplicado que si me enseñara el mismo señor Rappaccini.

—¿Corren tan falsos rumores? —preguntó Beatrice, con la música de su agradable voz—. ¿Dice la gente que soy una experta como mi padre en conocimientos de botánica? ¡Qué gracioso! No; aunque crecí entre estas flo-

res no conozco más de ellas que su color y perfume, y algunas veces pienso que aun debería ignorar eso. Muchas de estas flores, y quizá de las más hermosas, me repugnan con su olor y me ofenden cuando las veo. Pero le ruego, señor, que no crea esas historias referentes a mi ciencia. No crea de mí otra cosa que lo que vean sus propios ojos.

—¿Y debo creer todo lo que he visto con mis propios ojos? —preguntó Giovanni con sutileza, al tiempo que el recuerdo de las primeras escenas le hizo estremecer—. No, señora, exige usted poco de mí. Permítame creer solamente lo que proceda de sus labios.

Pareció como si Beatrice hubiese comprendido. Sus mejillas se colorearon de rubor, pero mirando a los ojos de Giovanni respondió a su mirada de ansiosa sospecha con la altivez de una reina.

—Eso es lo que le ruego, señor —respondió—. Olvide todo lo que se ha imaginado acerca de mí. Lo que nos dicen los sentidos externos puede ser falso en esencia, pero las palabras que brotan de los labios de Beatrice Rappaccini salen de lo más profundo de su corazón. Ésas son las que debe usted creer.

Una gran vehemencia la iluminaba y brilló sobre la conciencia de Giovanni como la luz de la verdad misma, pero mientras hablaba había una fragancia exquisita y deliciosa, aunque imperceptible, en el aire que la rodeaba, que el joven, por una repugnancia indefinible, apenas se atrevía a respirar. ¿Podría ser el olor de las flores? ¿Sería que el aliento de Beatrice embalsamaba sus palabras con una extraña fragancia como si tuviera impregnadas de ella sus entrañas? Giovanni sintió un ligero mareo, pero volvió a recobrase en seguida; parecía mirar a

través de los ojos de la hermosa muchacha su alma transparente, y no volvió a sentir duda ni temor.

El tinte de pasión que había coloreado las expresiones de Beatrice se desvaneció; se puso alegre y parecía sentir un placer puro con la presencia del joven, semejante al que sentiría la doncella de una isla solitaria al conversar con un viajero procedente del mundo civilizado. Era patente que su experiencia de la vida se limitaba al recinto del jardín. Unas veces hablaba de materias tan simples como la luz del día o las nubes de verano, otras hacía preguntas referentes a la ciudad, o a la tierra lejana de Giovanni, sus amigos, su madre, sus hermanas, preguntas que indicaban una vida tan retirada y una carencia tal de familiaridad con los modales y trato sociales que Giovanni respondía como si estuviese hablando con una niña. Su espíritu brotaba ante él como un arroyuelo recién nacido que recibiera por primera vez la caricia del sol y se maravillase de la tierra y el cielo reflejados en su fondo. Tenía también pensamientos profundos y fantasías brillantes como gemas, como diamantes y rubíes desgranándose en medio del hervor de la fuente. Mientras ella hablaba, Giovanni se asombraba de estar paseando con la joven a quien su excitada imaginación había dado tintes terroríficos; le maravillaba estar conversando con Beatrice como un hermano, y que pudiera parecerle tan humana y tan llena de candor. Pero estas reflexiones fueron sólo momentáneas; las muestras de su naturaleza eran demasiado reales para sentirse tranquilizado enseguida.

En esta confiada conversación habían paseado por el jardín, y después de muchas vueltas a lo largo de sus avenidas, llegaron hasta la fuente derruida donde crecía la magnífica planta con su tesoro de flores espléndidas. Se

esparcía alrededor de ella una fragancia idéntica a la que Giovanni atribuyera al aliento de Beatrice, aunque mucho más intensa. Cuando ella la vio, Giovanni observó que se oprimía el pecho con la mano como si su corazón estuviera palpitando acelerado y le produjese dolor.

—Por primera vez en mi vida me he olvidado de ti —murmuró Beatrice dirigiéndose a la planta.

—Recuerdo, señora —dijo Giovanni—, que una vez me prometió recompensarme con una de estas vividas gemas a cambio del ramillete que tuve el feliz arrojo de echar a sus pies. Permítame ahora coger una en recuerdo de esta entrevista.

Dio el joven un paso hacia la planta con la mano extendida, pero Beatrice se precipitó hacia delante lanzando un grito que traspasó el corazón de Giovanni como un puñal. Lo cogió de la mano y le hizo retroceder con toda la fuerza de su delicada figura. El joven sintió su contacto con un temblor en todo su cuerpo.

—¡No la toque! —exclamó ella, con voz angustiada—. ¡No lo haga, por su vida! ¡Es letal!

Entonces, ocultando la cara entre sus manos, huyó de él y desapareció bajo el pórtico.

Al seguirla con los ojos, Giovanni vio la delgada y pálida figura de Rappaccini, que había estado observando la escena, no sabía desde hacía cuánto tiempo, oculto por la sombra del portal.

Antes de que el joven llegara a su habitación, Beatrice era ya el objeto de sus apasionadas meditaciones, revestida de todo el hechizo de que la había rodeado desde que la viera por primera vez, e imbuida ahora además con el afectuoso calor de su encantadora feminidad. Era huma-

na; su carácter tenía todas esas cualidades dulces y femeninas que hacen a una mujer digna de ser adorada.

Sería capaz, seguramente, de los sacrificios y heroísmos del amor.

Aquellas muestras que él había considerado hasta ahora como señales de una temible constitución física y moral eran olvidadas en aquel momento por la sutil influencia de la pasión, y transformadas en una dorada corona de encantos que convertían a Beatrice en la más admirable de todas las mujeres, por ser única. Todo lo que le había parecido feo era ahora hermoso o, si no podía cambiarlo tan radicalmente, se ocultaba y escondía en la tenebrosa región que se halla bajo la zona de la conciencia. Pasó la noche pensando en ella. Cuando se durmió, la aurora comenzaba ya a despertar a las flores que dormitaban en el jardín del doctor Rappaccini. Giovanni, en sueños, también se encontraría allí. Salió el sol a su debido tiempo y lanzó sus rayos sobre los párpados del joven, que despertó con una sensación dolorosa. Después de levantarse notó como una quemadura y latidos en su mano —en la derecha—, la misma mano que le había cogido ella cuando estaba a punto de arrancar una de las flores de aspecto de gema. En el dorso de la mano aparecían ahora unas impresiones rojas, como de cuatro dedos pequeños, y una señal, como de un pulgar delgado, en su muñeca.

¡Oh, con qué obstinación se defiende el amor! —y aun lo que es astuta semblanza del amor, que florece en la imaginación pero que no tiene profundas raíces en el corazón—, con qué obstinación mantiene su fe hasta que llega el momento en que es condenado a desvanecerse en humo! Giovanni envolvió su mano con un pañuelo, se pre-

guntó qué cosa maligna le habría picado y pronto olvidó su dolor con el recuerdo de Beatrice.

Después de la primera entrevista, una segunda va implícita en lo que nosotros llamamos destino. Una tercera, una cuarta, y pronto los únicos momentos en que vivía feliz y satisfecho eran los que pasaba en compañía de Beatrice ; el tiempo restante transcurría esperando o recordando su entrevista. Eso mismo le ocurría a la hija de Rappaccini. Aguardaba la aparición del joven y corría a su lado con una confianza tan libre de reservas como si hubieran sido compañeros de juegos desde la más tierna infancia, y como si siguieran siéndolo todavía. Si por algún motivo inesperado él no acudía en el momento de la cita, Beatrice se ponía bajo su ventana y cantaba la más dulce de sus canciones, que flotaba en torno a él en su cámara y resonaba en su corazón como un eco: «¡Giovanni! ¡Giovanni! ¿Por qué tardas? ¡Ven!», y él bajaba presuroso a aquel edén de flores envenenadas.

Pero a pesar de tan íntima familiaridad, aún existía una reserva en la conducta de Beatrice, tan rígida e invariablemente mantenida que raras veces pasaba por la imaginación de él la idea de infringirla. Según todas las apariencias, se amaban; se habían dicho su amor con los ojos, que comunican el secreto sagrado desde las profundidades de un alma a las de la otra; era demasiado grande aquel secreto para expresarlo por medio de la palabra. Sin embargo, se habían dicho su amor en aquellas explosiones de pasión, cuando sus espíritus volaban fuera de sus cuerpos en articulado suspiro, como lengua de una llama escondida demasiado tiempo. En cambio, no había habido sello de labios, ni apretón de manos, ni la caricia más leve que el amor demanda y santifica. Él no

había tocado nunca ni uno de los rizos dorados de su pelo; el traje de ella —tan grande era la barrera psíquica que los separaba— nunca había ondeado contra él con la brisa. En las pocas ocasiones en que Giovanni parecía tentado a saltar esa barrera, Beatrice se ponía tan triste, tan severa y mostraba además tal aspecto de desesperación que no se necesitaba ni una sola palabra más para hacerle desistir. En esos casos él se sobresaltaba ante la horrible sospecha que nacía, semejante a un monstruo, en lo profundo de su corazón. La miraba a la cara, su amor se entibiaba y desvanecía, como la niebla matinal ante el sol, y sólo quedaban sus dudas.

Pero cuando la cara de Beatrice recobraba su alegría después de la momentánea tristeza, dejaba de ser la persona misteriosa que él observara con miedo y horror, y volvía a ser la muchacha hermosa y sencilla cuyo espíritu comprendía por encima de cualquier otro conocimiento.

Había transcurrido un tiempo considerable desde el último encuentro de Giovanni con Baglioni, cuando una mañana se vio desagradablemente sorprendido por la visita del profesor, en quien había pensado muy poco en las últimas semanas y de quien hubiera querido olvidarse totalmente. Se hallaba en un estado de ánimo que sólo podía aceptar la compañía de personas que no pusieran objeciones a sus sentimientos actuales. Tal comprensión no podía esperarse del profesor Baglioni.

El visitante charló despreocupado durante unos minutos de los chismes de la ciudad y de la universidad, y después tomó otro tema.

—Estuve leyendo últimamente a un antiguo autor clásico —dijo— y me encontré con una historia que me llamó la atención.

Posiblemente podrías recordarla. Es una que trata de un príncipe de la India que envió una bella mujer como presente a Alejandro Magno. Era tan hermosa como la aurora y vistosa como una puesta de sol, pero lo que le caracterizaba era un cierto aliento perfumado, más dulce que el de las rosas de un jardín persa. Alejandro, como es natural en un hombre joven, quedó enamorado de la joven extranjera en cuanto la vio; pero cierto sabio, que estaba presente en aquel momento, descubrió en ella un secreto terrible.

—¿Y en qué consistía? —preguntó Giovanni bajando los ojos para evitar los del profesor.

—En que esa mujer hermosa había sido alimentada con venenos desde su nacimiento —continuó Baglioni con énfasis—, hasta el punto de que habían entrado de tal forma en su organismo que ella misma era el veneno más mortal que existía. Él era su elemento vital. Con aquel delicioso perfume de su aliento emponzoñaba el aire. Su amor hubiese sido veneno. Su abrazo, la muerte. ¿No es un cuento maravilloso?

—Una fábula infantil —contestó Giovanni moviéndose nervioso en la silla—. Me parece maravilloso que su señoría encuentre tiempo para leer tales paparruchas mientras se dedica a estudios serios.

—A propósito —dijo el profesor mirando inquieto en derredor—, ¿qué extraña fragancia es ésta que hay en tu habitación? ¿Es el perfume de tus guantes? Es débil pero delicioso, aunque no se pueda decir que agradable. Creo que si lo respirara mucho tiempo llegaría a ponerme enfermo. Es como la esencia de una flor, pero no veo flores en la alcoba.

—No hay ninguna —contestó Giovanni, que se había puesto pálido mientras hablaba el profesor—, ni creo que haya aquí otro perfume que el de la imaginación de vuestra señoría. El olor, siendo como es una mezcla de lo sensible y lo espiritual, es apto para engañarnos de esa forma. El recuerdo de un perfume, la mera idea de él puede ser confundido con una realidad presente.

—¡Ah!, pero mi cuerda imaginación no suele gastarme esas bromas —dijo Baglioni—, y si me imaginase algún tipo de olor sería el de cualquier repugnante droga de boticario con la que mis dedos estarían probablemente bastante impregnados. Nuestro querido amigo Rappaccini, según he oído, perfuma sus medicinas con olores más ricos que los de Arabia. La bella y docta Beatrice también podría tratar a sus pacientes con drogas tan dulces como el aliento de una doncella, ¡pero qué desgracia para el que las bebiera!

La cara de Giovanni reflejó muchas emociones contenidas. El tono en que aludía el profesor a la pura y encantadora hija de Rappaccini era una tortura para su alma y, sin embargo, la insinuación de un examen de su carácter, opuesto al suyo propio, produjo de un modo instantáneo la claridad de mil sospechas confusas que ahora se burlaban de él como otros tantos demonios.

Pero se esforzó por dominarlos y respondió a Baglioni con la fe de un amante perfecto.

—Señor profesor —le dijo—, usted fue amigo de mi padre y quizás es también su propósito actuar con su hijo como un amigo. No puedo sentir hacia usted sino respeto y deferencia, pero le suplico que se dé cuenta de que hay algo sobre lo que no podemos hablar. Usted no conoce a la señorita Beatrice: por tanto, es incapaz de estimar lo

erróneo, la blasfemia, diría mejor, de hablar de su persona con una palabra ligera e injuriosa.

—iGiovanni! ¡Mi pobre Giovanni! —contestó el profesor con una tranquila expresión de lástima—. Conozco a esa joven perversa mucho mejor que tú. Vas a oír la verdad respecto al envenenador Rappaccini y a su venenosa hija; sí, tan venenosa como bella. Escucha, pues aunque mancillaras mis cabellos grises no podría guardar silencio. La antigua fábula de la mujer india se ha convertido en real por la profunda y fatal ciencia de Rappaccini, y en la persona de la hermosa Beatrice.

Giovanni gimió y ocultó su cara.

—Su padre no se refrenó ante el cariño natural —continuó Baglioni—, y la ofreció, de esta manera horrible, como víctima de su loco amor por la ciencia. Hagámosle justicia, es un auténtico hombre de ciencia que destilaría su propio corazón en un alambique. ¿Cuál puede ser entonces tu destino? Has sido cogido como el material para un nuevo experimento. Quizás el resultado sea la muerte o quizás un destino más terrible aún. Rappaccini, por lo que él llama interés por la ciencia, no dudaría ante nada.

«Es un sueño, probablemente es sólo un sueño», se dijo Giovanni.

—Pero alégrate, hijo de mi amigo —resumió el profesor—. No es demasiado tarde para la salvación. Es muy posible que tengamos éxito al tratar de volver a esa miserable criatura a la normalidad, de la que ha sido sacada por la locura de su padre. ¡Ten esta pequeña redoma de plata! Fue hecha por las manos del renombrado Benvenuto Cellini y es un presente de amor digno de la dama más deliciosa de Italia. Su contenido es aún más valioso; un pequeño sorbo de este antídoto habría neutralizado el

veneno más virulento de los Borgia. No hay duda de que será eficaz contra los de Rappaccini. Dale el pomo a tu Beatrice y espera lleno de confianza los resultados.

Baglioni dejó una pequeña redoma de plata exquisitamente labrada sobre la mesa y se retiró deseando que sus palabras surtieran efecto sobre la mente del joven.

«Te venceremos, Rappaccini —pensaba, riendo, mientras bajaba la escalera—. Sin embargo, debemos reconocer la verdad: es un hombre maravilloso y a la vez un empírico despreciable que no puede ser tolerado por aquellos que respetamos las buenas normas clásicas de la profesión médica.»

En sus relaciones con Beatrice, Giovanni había tenido en ocasiones negros presentimientos respecto a su verdadero modo de ser. Pero se había comportado siempre la joven de un modo tan sencillo, cariñoso y cándido que la descripción que acababa de hacer de ella el profesor Baglioni le parecía extraña e increíble, como si no estuviera en concordancia con la realidad. Es verdad que existían recuerdos repugnantes relacionados con las primeras veces que viera a la encantadora joven: no podía olvidar por completo el ramillete que se había marchitado en su mano y el insecto muerto en el aire dorado por el sol, sin otra intervención al parecer que la de la fragancia del aliento de su amada. Estos incidentes, sin embargo, se desvanecieron ante la luz pura de su carácter, dejando de tener la eficacia de los hechos, y fueron considerados como errores de la fantasía, a pesar de que el testimonio de los sentidos parecía probarlo. ¿Hay algo más verdadero y real que lo que podemos ver con los ojos y tocar con los dedos? Sobre esta idea fundaba Giovanni su confianza en Beatrice, aunque en realidad se debía más a la fuerza de

las virtudes de ella que a una fe profunda y generosa. Mas ahora su espíritu era incapaz de sostenerse a la altura a que lo había elevado el primer entusiasmo de la pasión; se desmoronaba titubeando entre dudas terrenas y manchaba así la pura blancura de la imagen de Beatrice. No es que fuera a abandonarla; sólo quería probarla. Resolvió hacer alguna prueba decisiva que pudiera convencerle, de una vez por todas, de que aquellas terribles cualidades físicas no tenían correspondencia en su alma. Quizá sus ojos le habían engañado a causa de la distancia en lo referente al lagarto, al insecto y a las flores. Tenía que comprobar estando junto a ella si al tocar una flor recién cortada ésta se marchitaba en su mano. Entonces no cabría ninguna duda.

Con esta idea corrió a la floristería y compró un ramillete que estaba aún perlado con las gotas de rocío de la mañana.

Era la hora acostumbrada de su entrevista con Beatrice. Antes de bajar al jardín, Giovanni no resistió la tentación de mirarse al espejo, vanidad que puede disculparse en un joven guapo, aunque con ello demuestre cierta frivolidad de sentimientos y un carácter poco formado. Se miró, y se dijo que sus facciones nunca habían sido tan graciosas, ni sus ojos habían tenido nunca aquella vivacidad, ni sus mejillas un tinte de salud como entonces.

«Al menos —pensó—, su veneno no ha penetrado aún en mi organismo. No soy una flor para marchitarme en una mano.»

Con este pensamiento volvió sus ojos al ramillete que mantenía en su mano. Un estremecimiento de horror indefinible sacudió todo su cuerpo al notar que aquellas flores húmedas de rocío estaban comenzando a ajarse; te-

nían el aspecto de haber sido frescas el día anterior. Giovanni se puso blanco como el mármol y se quedó inmóvil delante del espejo mirando a su propia imagen como si estuviese viendo algo terrible. Recordó el comentario de Baglioni acerca de la fragancia que parecía inundar la habitación.

¡Su aliento debía de estar envenenado! Se estremeció. Luego, recobrándose de su estupor, comenzó a observar con ojos curiosos una araña que estaba atareada fabricando su tela en la antigua cornisa de su habitación, cruzando y recruzando el ingenioso sistema de hilos entrelazados; era una araña tan vigorosa y activa como todas las que se columpian en un techo viejo. Giovanni se inclinó hacia el insecto y exhaló una profunda y larga bocanada de aire. La araña interrumpió de pronto su tarea, la tela vibró por el temblor transmitido desde el cuerpo del pequeño artesano. Giovanni volvió a lanzar el aliento sobre ella, aún con más fuerza que la vez anterior y con un sentimiento venenoso en su corazón; no sabía si era un perverso o es que estaba desesperado. La araña contrajo sus miembros convulsivamente y quedó colgada, muerta, a través de la ventana.

«¡Maldito! ¡Maldito! —murmuró para sí Giovanni—. ¿Te has vuelto tan venenoso como para que este insecto muera solamente con tu aliento?»

En aquel momento ascendió desde el jardín una dulce y agradable voz.

—¡Giovanni! ¡Giovanni! Ya pasa de la hora. ¿Por qué tardas? ¡Baja!

«Sí —murmuró Giovanni—. Ella es el único ser al que mi aliento no puede asesinar. ¡Ojalá pudiera hacerlo!»

Bajó corriendo y en un segundo se halló ante los ojos brillantes y adorables de Beatrice.

Un momento antes su rabia y desesperación eran tan fieros que no habría deseado nada tanto como el poder destruirla con una mirada, pero en su presencia surgían influencias demasiado reales e intensas para poder librarse de ellas. Recordaba los ratos en que con su femenina dulzura lo había envuelto en una paz religiosa, los arrebatos santos y apasionados de su corazón ante su presencia.

Estos agradables recuerdos convencieron a Giovanni de que Beatrice era un ángel, algo celestial, y que sólo una persona alucinada podría achacarle aquellos horribles misterios. La ira de Giovanni se apaciguó y transformó es un estado de hosca insensibilidad.

Beatrice, con un vivo sentido espiritual, comprendió al momento que entre ellos había un mar de tinieblas que ninguno de los dos podría atravesar. Pasearon juntos, tristes y en silencio, y llegaron hasta la fuente de mármol y al charco de agua del suelo en medio del cual crecía la planta de flores como gemas. Giovanni se sorprendió del placer —o mejor, del apetito— con que él mismo inhalaba la fragancia de las flores.

—Beatrice —preguntó de pronto—, ¿de dónde vino esta planta?

—La creó mi padre —respondió ella con sencillez.

—¡La creó! ¡La creó! —repitió Giovanni—. ¿Qué quieres decir, Beatrice?

—Es un gran conocedor de los secretos de la naturaleza, y en el mismo momento en que yo comencé a respirar por vez primera, esta planta se alzó del suelo; es el producto de su ciencia, de sus conocimientos, mientras que yo no soy más que su hija mortal.

¡No te aproximes! —continuó ella, al observar con terror que Giovanni se estaba acercando a la planta—. Tiene cualidades que apenas podrías soñar. Yo, queridísimo Giovanni, he crecido y me he desarrollado con la planta y me nutro con su aroma. Es mi hermana y la amo con afecto humano. Pero, ¡ay!, ¿no lo sospechaste?, hay un destino terrible en ella.

Entonces Giovanni la miró tan ceñudo que Beatrice se detuvo y tembló. Pero la fe en su cariño la alentó e hizo que se ruborizara un momento por haber dudado de él.

—Ahí hay un destino terrible —repitió—, efecto del fatal amor de mi padre por la ciencia, que me aleja de toda sociedad con los de mi clase. Hasta que el cielo te envió, mi adorado Giovanni, ¡qué sola estuvo tu pobre Beatrice!

—¿Era ése un duro destino? —preguntó Giovanni fijando en ella sus ojos.

—Sólo ahora sé lo duro que era —contestó ella con ternura—. ¡Oh!, sí, y mi corazón estaba adormecido.

La ira de Giovanni brotó de sus hocas tinieblas como un relámpago saliendo de una nube negra.

—¡Estoy maldito! —gritó con un desprecio y rencor venenosos—. Hallando tu soledad aburrida, me has separado igualmente de todo lo noble de la existencia y atraído a esta región de inenarrable horror!

—¡Giovanni! —exclamó Beatrice, mirándolo con sus grandes ojos brillantes. No había comprendido del todo el significado de sus palabras, estaba simplemente asombrada.

—¡Sí, criatura ponzoñosa! —repitió Giovanni, acercándose con pasión—. ¡Tú me has puesto así! ¡Tú llenaste mis venas de veneno! ¡Me hiciste una criatura tan odiosa,

tan horrenda, tan aborrecible y fatal como tú misma! ¡Ahora, si nuestro aliento es por suerte tan fatal para nosotros mismos como para los demás, unamos nuestros labios en un beso de indecible odio y muramos!

—¿Qué me está pasando —murmuró Beatrice dando un profundo gemido—. ¡Virgen Santa, ten piedad de mí, una pobre niña con el corazón roto!

—Tú, ¿puedes tú rezar? —exclamó Giovanni, con desprecio diabólico—. Tus oraciones, al salir de tus labios tienen la atmósfera de muerte. Sí, sí, recemos. ¡Vayamos a la iglesia y mojemos nuestros dedos en la pila de agua bendita! ¡Los que vengan detrás morirán apestados! ¡Hagamos en el aire el signo de la cruz! ¡Serán maldiciones esparcidas con apariencia de símbolos sagrados!

—Giovanni —dijo Beatrice, ya calmada, pues su pena era menor que su amor—, ¿por qué te unes conmigo en esas palabras terribles? Yo, es verdad, soy la cosa horrible que me has llamado. Pero tú, ¿qué has de hacer tú, sino estremecerte ante mi miseria espantosa y marchar lejos del jardín y olvidarte de que se arrastran por la tierra monstruos semejantes a la pobre Beatrice?

—¿No pretenderás ignorarlo? —preguntó Giovanni, mirándola ceñudo—. ¡Mira, este poder me lo ha proporcionado la cándida hija de Rappaccini!

Había allí un enjambre de insectos volando en el aire en busca del alimento prometido por el olor de las flores del jardín fatal. Rodearon, formando un círculo, la cabeza de Giovanni; era evidente que se sentían atraídos hacia él por el mismo influjo que los había atraído por un instante a varios de los arbustos. Él sopló entre ellos y sonrió con amargura a Beatrice cuando por fin una veintena de insectos cayeron muertos al suelo.

—¡Ya veo! ¡Ya veo! —gritó ésta—. ¡Es la ciencia fatal de mi padre! ¡No, no, Giovanni! Yo no fui. ¡Nunca! Yo sólo soñé con amarte y estar contigo un poco de tiempo y luego dejar que te fueras, pero guardando en mi corazón tu imagen. Créelo, Giovanni, aunque mi cuerpo se haya nutrido de veneno, mi espíritu es una criatura de Dios y suplica amor como alimento cotidiano. Pero mi padre nos ha unido con esta terrible afinidad. Sí, despréciame, pisotéame, mátame. ¿Qué es la muerte después de oír palabras como las tuyas? Pero no fui yo. Ni por toda la felicidad del mundo lo hubiera hecho.

El ardor de Giovanni se apagó tras aquella explosión de sus sentimientos. Comenzó a sentir una sensación triste y no desprovista de ternura ante la íntima y peculiar afinidad entre Beatrice y él. Estaban, prácticamente, en soledad absoluta, aunque les rodeara una multitud de gente. ¿Estando abandonados de esta forma por la humanidad, no era lógico que ambos se unieran? Si se trataban con crueldad, ¿quién iba a ser amable con ellos? Por otra parte, pensaba Giovanni, ¿no había una esperanza de volver a entrar en los límites de la normalidad y conducir a Beatrice, la Beatrice redimida, de la mano? ¡Oh, espíritu débil, egoísta y vil, que pensaba aún en una unión terrena y en una felicidad vulgar después de que un amor como el de Beatrice había sido infamado por palabras tan horribles como las dichas por Giovanni! No, no podía caber tal esperanza. Ella debía pasar lentamente, con el corazón partido, a través de las fronteras del tiempo, lavar sus heridas en alguna fuente del paraíso y olvidar su pena en la luz de la inmortalidad, y allí sería feliz.

Pero Giovanni no sabía eso.

—Querida Beatrice —dijo aproximándose a ella, que retrocedía como lo hacía siempre que él se le había acercado, pero ahora con impulso diferente—, mi querida Beatrice, nuestro estado no es todavía tan desesperado. ¡Mira! Tengo aquí una medicina enérgica, según me aseguró un médico prestigioso, y con una eficacia casi divina. Está compuesta de ingredientes opuestos por entero a aquellos que tu terrible padre ha vertido sobre nosotros acarreándonos esta calamidad. Está compuesto de hierbas benditas. ¿Podemos tomarlo juntos y purificamos del mal?

—Dámelo —dijo Beatrice extendiendo la mano para coger la pequeña redoma de plata que Giovanni sacó de su bolsillo. Y añadió con su énfasis peculiar—: Lo beberé, pero tú espera hasta ver el resultado.

Llevó a sus labios el antídoto de Baglioni. En aquel mismo momento surgió por el pórtico la figura de Rappaccini, que venía lentamente hacia la fuente de mármol. Cuando estuvo cerca, el hombre de ciencia mostraba una expresión de triunfo al contemplar a la hermosa pareja como si se tratara de un artista que después de pasar toda su vida en la creación de un cuadro o de un grupo escultórico, al final se sentía orgulloso de su éxito. Se detuvo; su cuerpo encorvado se enderezó consciente de su poder; extendió sus manos hacia ellos en actitud de un padre implorando la bendición de sus hijos, pero esas manos habían sido las mismas que introdujeron el veneno en el cauce de sus vidas. Giovanni tembló, Beatrice se estremeció y se oprimió el corazón con la mano.

—Hija mía —dijo Rappaccini—, ya no estarás sola nunca más. Arranca de tu planta hermana una de esas preciosas gemas y ruega a tu prometido que la lleve en su

pecho. Ahora ya no le hará daño. Mi ciencia y la simpatía que existe entre tú y él lo ha traído a formar parte de tu constitución y se aparta de la de los hombres normales, mientras que la tuya lo hace de la de las demás mujeres. Pasaréis por el mundo queriéndoos y siendo temidos por el resto de la gente.

—Padre mío —dijo Beatrice débilmente, siempre con la mano sobre el corazón—, ¿por qué otorgaste este destino miserable a tu hija?

—¿Miserable? —exclamó Rappaccini—. ¿Qué quieres decir, insensata? ¿Consideras miserable el estar dotada con dones maravillosos contra los que la fuerza y el poder de un enemigo no servirían de nada? ¿Miserable ser capaz de matar al más fuerte con sólo el aliento? ¿Miserable ser tan terrible como hermosa? ¿Hubieras preferido, entonces, la condición de una mujer débil, expuesta a todo daño e incapaz de hacer ninguno?

—Hubiera preferido ser amada a ser temida —murmuró ella cayendo al suelo—. Pero ya no importa. Me voy, padre, a donde el mal que te has esforzado en mezclar con mi ser desaparecerá como un sueño, como la fragancia de estas flores venenosas que no teñirán más mi aliento entre las flores del Paraíso. ¡Déjame, Giovanni! Tus palabras de odio son como plomo que entristece mi corazón, pero también desaparecerán cuando yo suba.

El afán científico mal entendido de su padre había transformado a Beatrice en un ser tan innatural que, del mismo modo que el veneno había constituido su alimento, el antídoto supuso su muerte. Y así, la pobre víctima de la ingenuidad y la torcida naturaleza de un hombre, así como de la fatalidad, que corona de modo ineludible

los perversos deseos, pereció allí, a los pies de su padre y de su amado.

En ese preciso instante, el profesor Pietro Baglioni se asomó a la ventana del aposento de Giovanni y, con un tono en el que se mezclaban el triunfo y el horror, gritó al anonadado científico:

—¡Rappaccini! ¡Rappaccini! ¡He ahí el resultado de tu experimento!

WAKEFIELD



RECUERDO haber leído en alguna revista o periódico viejo la historia, relatada como verdadera, de un hombre —llamémoslo Wakefield— que abandonó a su mujer durante un largo tiempo. El hecho, expuesto así en abstracto, no es muy infrecuente, ni tampoco —sin una adecuada discriminación de las circunstancias— debe ser censurado por díscolo o absurdo. Sea como fuere, este, aunque lejos de ser el más grave, es tal vez el caso más extraño de delincuencia marital de que haya noticia. Y es, además, la más notable extravagancia de las que puedan encontrarse en la lista completa de las rarezas de los hombres. La pareja en cuestión vivía en Londres. El marido, bajo el pretexto de un viaje, dejó su casa, alquiló habitaciones en la calle siguiente y allí, sin que supieran de él la esposa o los amigos y sin que hubiera ni sombra de razón para semejante autodesierto, vivió durante más de veinte años. En el transcurso de este tiempo todos los días contempló la casa y con frecuencia atisbó a la desamparada esposa. Y después de tan largo

paréntesis en su felicidad matrimonial cuando su muerte era dada ya por cierta, su herencia había sido repartida y su nombre borrado de todas las memorias; cuando hacía tantísimo tiempo que su mujer se había resignado a una viudez otoñal, una noche él entró tranquilamente por la puerta, como si hubiera estado afuera sólo durante el día, y fue un amante esposo hasta la muerte.

Este resumen es todo lo que recuerdo. Pero pienso que el incidente, aunque manifiesta una absoluta originalidad sin precedentes y es probable que jamás se repita, es de esos que despiertan las simpatías del género humano. Cada uno de nosotros sabe que, por su propia cuenta, no cometería semejante locura; y, sin embargo, intuye que cualquier otro podría hacerlo. En mis meditaciones, por lo menos, este caso aparece insistentemente, asombrándome siempre y siempre acompañado por la sensación de que la historia tiene que ser verídica y por una idea general sobre el carácter de su héroe. Cuando quiera que un tema afecta la mente de modo tan forzoso, vale la pena destinar algún tiempo para pensar en él.

A este respecto, el lector que así lo quiera puede entregarse a sus propias meditaciones. Mas si prefiere divagar en mi compañía a lo largo de estos veinte años del capricho de Wakefield, le doy la bienvenida, confiando en que habrá un sentido latente y una moraleja, así no logremos descubrirlos, trazados pulcramente y condensados en la frase final. El pensamiento posee siempre su eficacia; y todo incidente llamativo, su enseñanza.

¿Qué clase de hombre era Wakefield? Somos libres de formarnos nuestra propia idea y darle su apellido. En ese entonces se encontraba en el meridiano de la vida. Sus sentimientos conyugales, nunca violentos, se habían

ido serenando hasta tomar la forma de un cariño tranquilo y consuetudinario. De todos los maridos, es posible que fuera el más constante, pues una especie de pereza mantenía en reposo a su corazón dondequiera que lo hubiera asentado. Era intelectual, pero no en forma activa. Su mente se perdía en largas y ociosas especulaciones que carecían de propósito o del vigor necesario para alcanzarlo.

Sus pensamientos rara vez poseían suficientes ímpetus como para plasmarse en palabras. La imaginación, en el sentido correcto del vocablo, no figuraba entre las dotes de Wakefield. Dueño de un corazón frío, pero no depravado o errabundo, y de una mente jamás afectada por la calentura de ideas turbulentas ni aturdida por la originalidad, ¿quién se hubiera imaginado que nuestro amigo habría de ganarse un lugar prominente entre los autores de proezas excéntricas? Si se hubiera preguntado a sus conocidos cuál era el hombre que con seguridad no haría hoy nada digno de recordarse mañana, habrían pensado en Wakefield. Únicamente su esposa del alma podría haber titubeado. Ella, sin haber analizado su carácter, era medio consciente de la existencia de un pasivo egoísmo, anquilosado en su mente inactiva; de una suerte de vanidad, su más incómodo atributo; de cierta tendencia a la astucia, la cual rara vez había producido efectos más positivos que el mantenimiento de secretos triviales que ni valía la pena confesar; y, finalmente, de lo que ella llamaba «algo raro» en el buen hombre. Esta última cualidad es indefinible y puede que no exista.

Ahora imaginémosnos a Wakefield despidiéndose de su mujer. Cae el crepúsculo en un día de octubre. Componen su equipaje un sobretodo deslustrado, un sombrero

cubierto con un hule, botas altas, un paraguas en una mano y un maletín en la otra. Le ha comunicado a la señora de Wakefield que debe partir en el coche nocturno para el campo. De buena gana ella le preguntaría por la duración y objetivo del viaje, por la fecha probable del regreso, pero, dándole gusto a su inofensivo amor por el misterio, se limita a interrogarlo con la mirada. Él le dice que de ningún modo lo espere en el coche de vuelta y que no se alarme si tarda tres o cuatro días, pero que en todo caso cuente con él para la cena el viernes por la noche. El propio Wakefield tengámoslo presente, no sospecha lo que se viene. Le ofrece ambas manos. Ella tiende las suyas y recibe el beso de partida a la manera rutinaria de un matrimonio de diez años. Y parte el señor Wakefield, en plena edad madura, casi resuelto a confundir a su mujer mediante una semana completa de ausencia. Cierra la puerta. Pero ella advierte que la entreabre de nuevo y percibe la cara del marido sonriendo a través de la abertura antes de esfumarse en un instante. De momento no le presta atención a este detalle. Pero, tiempo después, cuando lleva más años de viuda que de esposa, aquella sonrisa vuelve una y otra vez, y flota en todos sus recuerdos del semblante de Wakefield. En sus copiosas cavilaciones incorpora la sonrisa original en una multitud de fantasías que la hacen extraña y horrible. Por ejemplo, si se lo imagina en un ataúd, aquel gesto de despedida aparece helado en sus facciones; o si lo sueña en el cielo, su alma bendita ostenta una sonrisa serena y astuta. Empero, gracias a ella, cuando todo el mundo se ha resignado a darlo ya por muerto, ella a veces duda que de veras sea viuda.

Pero quien nos incumbe es su marido. Tenemos que correr tras él por las calles, antes de que pierda la individualidad y se confunda en la gran masa de la vida londinense. En vano lo buscaríamos allí. Por tanto, sigámoslo pisando sus talones hasta que, después de dar algunas vueltas y rodeos superfluos, lo tengamos cómodamente instalado al pie de la chimenea en un pequeño alojamiento alquilado de antemano. Nuestro hombre se encuentra en la calle vecina y al final de su viaje. Difícilmente puede agradecerle a la buena suerte el haber llegado allí sin ser visto. Recuerda que en algún momento la muchedumbre lo detuvo precisamente bajo la luz de un farol encendido; que una vez sintió pasos que parecían seguir los suyos, claramente distinguibles entre el multitudinario pisoteo que lo rodeaba; y que luego escuchó una voz que gritaba a lo lejos y le pareció que pronunciaba su nombre. Sin duda alguna una docena de fisgones lo habían estado espiando y habían corrido a contárselo todo a su mujer. ¡Pobre Wakefield! ¡Qué poco sabes de tu propia insignificancia en este mundo inmenso! Ningún ojo mortal fuera del mío te ha seguido las huellas. Acuéstate tranquilo, hombre necio; y en la mañana, si eres sabio, vuelve a tu casa y dile la verdad a la buena señora de Wakefield. No te alejes, ni siquiera por una corta semana, del lugar que ocupas en su casto corazón. Si por un momento te creyera muerto o perdido, o definitivamente separado de ella, para tu desdicha notarías un cambio irreversible en tu fiel esposa. Es peligroso abrir grietas en los afectos humanos. No porque rompan mucho a lo largo y ancho, sino porque se cierran con mucha rapidez.

Casi arrepentido de su travesura, o como quiera que se pueda llamar, Wakefield se acuesta temprano. Y, des-

pertando después de un primer sueño, extiende los brazos en el amplio desierto solitario del desacostumbrado lecho.

—No —piensa, mientras se arroja en las cobijas—, no dormiré otra noche solo.

Por la mañana madruga más que de costumbre y se dispone a considerar lo que en realidad quiere hacer. Su modo de pensar es tan deshilvanado y vagaroso, que ha dado este paso con un propósito en mente, claro está, pero sin ser capaz de definirlo con suficiente nitidez para su propia reflexión. La vaguedad del proyecto y el esfuerzo convulsivo con que se precipita a ejecutarlo son igualmente típicos de una persona débil de carácter. No obstante, Wakefield escudriña sus ideas tan minuciosamente como puede y descubre que está curioso por saber cómo marchan las cosas por su casa: cómo soportará su mujer ejemplar la viudez de una semana y, en resumen, cómo se afectará con su ausencia la reducida esfera de criaturas y de acontecimientos en la que él era objeto central. Una morbosa vanidad, por lo tanto, está muy cerca del fondo del asunto.

Pero, ¿cómo realizar sus intenciones? No, desde luego, quedándose encerrado en este confortable alojamiento donde, aunque durmió y despertó en la calle siguiente, está efectivamente tan lejos de casa como si hubiera rodado toda la noche en la diligencia. Sin embargo, si reapareciera echaría a perder todo el proyecto. Con el pobre cerebro embrollado sin remedio por este dilema, al fin se atreve a salir, resuelto en parte a cruzar la bocacalle y echarle una mirada presurosa al domicilio desertado. La costumbre —pues es un hombre de costumbres— lo toma de la mano y lo conduce, sin que él se percate en lo más

mínimo, hasta su propia puerta; y allí, en el momento decisivo, el roce de su pie contra el peldaño lo hace volver en sí. ¡Wakefield! ¿Adónde vas?

En ese preciso instante su destino viraba en redondo. Sin sospechar siquiera en la fatalidad a la que lo condena el primer paso atrás, parte de prisa, jadeando en una agitación que hasta la fecha nunca había sentido, y apenas si se atreve a mirar atrás desde la esquina lejana. ¿Será que nadie lo ha visto? ¿No armarán un alboroto todos los de la casa —la recatada señora de Wakefield, la avispada sirvienta y el sucio pajecito— persiguiendo por las calles de Londres a su fugitivo amo y señor? ¡Escape milagroso! Cobra coraje para detenerse y mirar a la casa, pero lo desconcierta la sensación de un cambio en aquel edificio familiar, igual a las que nos afectan cuando, después de una separación de meses o años, volvemos a ver una colina o un lago o una obra de arte de los cuales éramos viejos amigos. ¡En los casos ordinarios esta impresión indescriptible se debe a la comparación y al contraste entre nuestros recuerdos imperfectos y la realidad. En Wakefield, la magia de una sola noche ha operado una transformación similar, puesto que en este breve lapso ha padecido un gran cambio moral, aunque él no lo sabe. Antes de marcharse del lugar alcanza a entrever la figura lejana de su esposa, que pasa por la ventana dirigiendo la cara hacia el extremo de la calle. El marrullero ingenuo parte despavorido, asustado de que sus ojos lo hayan distinguido entre un millar de átomos mortales como él. Contento se le pone el corazón, aunque el cerebro está algo confuso, cuando se ve junto a las brasas de la chimenea en su nuevo aposento.

Eso en cuanto al comienzo de este largo capricho. Después de la concepción inicial y de haberse activado el lerdado carácter de este hombre para ponerlo en práctica, todo el asunto sigue un curso natural. Podemos suponerlo, como resultado de profundas reflexiones, comprando una nueva peluca de pelo rojizo y escogiendo diversas prendas del baúl de un ropavejero judío, de un estilo distinto al de su habitual traje marrón. Ya está hecho: Wakefield es otro hombre. Una vez establecido el nuevo sistema, un movimiento retrógrado hacia el antiguo sería casi tan difícil como el paso que lo colocó en esta situación sin paralelo. Además, ahora lo está volviendo testarudo cierto resentimiento del que adolece a veces su carácter, en este caso motivado por la reacción incorrecta que, a su parecer, se ha producido en el corazón de la señora de Wakefield. No piensa regresar hasta que ella no esté medio muerta de miedo. Bueno, ella ha pasado dos o tres veces ante sus ojos, con un andar cada vez más agobiado, las mejillas más pálidas y más marcada de ansiedad la frente. A la tercera semana de su desaparición, divisa un heraldo del mal que entra en la casa bajo el perfil de un boticario. Al día siguiente la aldaba aparece envuelta en trapos que amortigüen el ruido. Al caer la noche llega el carruaje de un médico y deposita su empelucado y solemne cargamento a la puerta de la casa de Wakefield, de la cual emerge después de una visita de un cuarto de hora, anuncio acaso de un funeral. ¡Mujer querida! ¿Irá a morir? A estas alturas Wakefield se ha excitado hasta provocarse algo así como una efervescencia de los sentimientos, pero se mantiene alejado del lecho de su esposa, justificándose ante su conciencia con el argumento de que no debe ser molestada en semejante coyuntura. Si algo más lo detiene, él no lo

sabe. En el transcurso de unas cuantas semanas ella se va recuperando. Ha pasado la crisis. Su corazón se siente triste, acaso, pero está tranquilo. Y, así el hombre regrese tarde o temprano, ya no arderá por él jamás.

Estas ideas fulguran cual relámpagos en las nieblas de la mente de Wakefield y le hacen entrever que una brecha casi infranqueable se abre entre su apartamento de alquiler y su antiguo hogar.

—¡Pero si sólo está en la calle del lado!— se dice a veces.

¡Insensato! Está en otro mundo. Hasta ahora él ha aplazado el regreso de un día en particular a otro. En adelante, deja abierta la fecha precisa. Mañana no... probablemente la semana que viene... muy pronto. ¡Pobre hombre! Los muertos tienen casi tantas posibilidades de volver a visitar sus moradas terrestres como el autodesterrado Wakefield.

¡Ojalá yo tuviera que escribir un libro en lugar de un artículo de una docena de páginas! Entonces podría ilustrar cómo una influencia que escapa a nuestro control pone su poderosa mano en cada uno de nuestros actos y cómo urde con sus consecuencias un férreo tejido de necesidad. Wakefield está hechizado. Tenemos que dejarlo que ronde por su casa durante unos diez años sin cruzar el umbral ni una vez, y que le sea fiel a su mujer, con todo el afecto de que es capaz su corazón, mientras él poco a poco se va apagando en el de ella. Hace mucho, debemos subrayarlo, que perdió la noción de singularidad de su conducta.

Ahora contemplemos una escena. Entre el gentío de una calle de Londres distinguimos a un hombre entrado en años, con pocos rasgos característicos que atraigan la atención de un transeúnte descuidado, pero cuya figura

ostenta, para quienes posean la destreza de leerla, la escritura de un destino poco común. Su frente estrecha y abatida está cubierta de profundas arrugas. Sus pequeños ojos apagados a veces vagan con recelo en derredor, pero más a menudo parecen mirar adentro. Agacha la cabeza y se mueve con un indescriptible sesgo en el andar, como si no quisiera mostrarse de frente entero al mundo. Obsérvelo el tiempo suficiente para comprobar lo que hemos descrito y estará de acuerdo con que las circunstancias, que con frecuencia producen hombres notables a partir de la obra ordinaria de la naturaleza, han producido aquí uno de estos. A continuación, dejando que prosiga furtivo por la acera, dirija su mirada en dirección opuesta, por donde una mujer de cierto porte, ya en el declive de la vida, se dirige a la iglesia con un libro de oraciones en la mano. Exhibe el plácido semblante de la viudez establecida. Sus pesares o se han apagado o se han vuelto tan indispensables para su corazón que sería un mal trato cambiarlos por la dicha.

Precisamente cuando el hombre enjuto y la mujer robusta van a cruzarse, se presenta un embotellamiento momentáneo que pone a las dos figuras en contacto directo. Sus manos se tocan. El empuje de la muchedumbre presiona el pecho de ella contra el hombro del otro. Se encuentran cara a cara. Se miran a los ojos.

Tras diez años de separación, es así como Wakefield tropieza con su esposa. Vuelve a fluir el río humano y se los lleva a cada uno por su lado. La grave viuda recupera el paso y sigue hacia la iglesia, pero en el atrio se detiene y lanza una mirada atónita a la calle. Sin embargo, pasa al interior mientras va abriendo el libro de oraciones. ¡Y el hombre! Con el rostro tan descompuesto que el Londres

atareado y egoísta se detiene a verlo pasar, huye a sus habitaciones, cierra la puerta con cerrojo y se tira en la cama. Los sentimientos que por años estuvieron latentes se desbordan y le confieren un vigor efímero a su mente endeble. La miserable anomalía de su vida se le revela de golpe. Y grita exaltado:

—¡Wakefield, Wakefield, estás loco!

Quizás lo estaba. De tal modo debía de haberse amoldado a la singularidad de su situación que, examinándolo con referencia a su semejantes y a las tareas de la vida, no se podría afirmar que estuviera en su sano juicio. Se las había ingeniado (o, más bien, las cosas habían venido a parar en esto) para separarse del mundo, hacerse humo, renunciar a su sitio y privilegios entre los vivos, sin que fuera admitido entre los muertos. La vida de un ermitaño no tiene paralelo con la suya. Seguía inmerso en el tráfico de la ciudad como en los viejos tiempos, pero las multitudes pasaban de largo sin advertirlo. Se encontraba —digámoslo en sentido figurado— a todas horas junto a su mujer y al pie del fuego, y sin embargo nunca podía sentir la tibieza del uno ni el amor de la otra. El insólito destino de Wakefield fue el de conservar la cuota original de afectos humanos y verse todavía involucrado en los intereses de los hombres, mientras que había perdido su respectiva influencia sobre unos y otros. Sería un ejercicio muy curioso determinar los efectos de tales circunstancias sobre su corazón y su intelecto, tanto por separado como al unísono. No obstante, cambiado como estaba, rara vez era consciente de ello y más bien se consideraba el mismo de siempre. En verdad, a veces lo asaltaban vislumbres de la realidad, pero sólo por momentos. Y aun

así, insistía en decir “pronto regresaré”, sin darse cuenta de que había pasado veinte años diciéndose lo mismo.

Imagino también que, mirando hacia el pasado, estos veinte años le parecerían apenas más largos que la semana por la que en un principio había proyectado su ausencia. Wakefield consideraría la aventura como poco más que un interludio en el tema principal de su existencia. Cuando, pasado otro ratito, juzgara que ya era hora de volver a entrar a su salón, su mujer aplaudiría de dicha al ver al veterano señor Wakefield. ¡Qué triste equivocación! Si el tiempo esperara hasta el final de nuestras locuras favoritas, todos seríamos jóvenes hasta el día del juicio.

Cierta vez, pasados veinte años desde su desaparición, Wakefield se encuentra dando el paseo habitual hasta la residencia que sigue llamando suya. Es una borrascosa noche de otoño. Caen chubascos que golpetean en el pavimento y que escampan antes de que uno tenga tiempo de abrir el paraguas. Deteniéndose cerca de la casa, Wakefield distingue a través de las ventanas de la sala del segundo piso el resplandor rojizo y oscilante y los destellos caprichosos de un confortable fuego. En el techo aparece la sombra grotesca de la buena señora de Wakefield. La gorra, la nariz, la barbilla y la gruesa cintura dibujan una caricatura admirable que, además, baila al ritmo ascendiente y decreciente de las llamas, de un modo casi en exceso alegre para la sombra de una viuda entrada en años. En ese instante cae otro chaparrón que, dirigido por el viento inculto, pega de lleno contra el pecho y la cara de Wakefield. El frío otoñal le cala hasta la médula. ¿Va a quedarse parado en ese sitio, mojado y tiritando, cuando en su propio hogar arde un buen fuego que puede calentarlo, cuando su propia esposa correría a buscarle la

chaqueta gris y los calzones que con seguridad conserva con esmero en el armario de la alcoba? ¡No! Wakefield no es tan tonto.

Sube los escalones, con trabajo. Los veinte años pasados desde que los bajó le han entumecido las piernas, pero él no se da cuenta. ¡Detente, Wakefield! ¿Vas a ir al único hogar que te queda? Pisa tu tumba, entonces. La puerta se abre.

Mientras entra, alcanzamos a echarle una mirada de despedida a su semblante y reconocemos la sonrisa de astucia que fuera precursora de la pequeña broma que desde entonces ha estado jugando a costa de su esposa. ¡Cuán despiadadamente se ha burlado de la pobre mujer! En fin, deseémosle a Wakefield buenas noches.

El suceso feliz —suponiendo que lo fuera— sólo puede haber ocurrido en un momento impremeditado. No seguiremos a nuestro amigo a través del umbral. Nos ha dejado ya bastante sustento para la reflexión, una porción del cual prestar su sabiduría para una moraleja y tomar la forma de una imagen. En la aparente confusión de nuestro mundo misterioso los individuos se ajustan con tanta perfección a un sistema, y los sistemas unos a otros y a un todo, que con sólo dar un paso a un lado cualquier hombre se expone al pavoroso riesgo de perder para siempre su lugar. Como Wakefield, se puede convertir, por así decirlo, en el Paria del Universo.